

Apuntes de Patrología



Mauricio Beuchot

Producciones Especiales



Mauricio Beuchot (Torreón, Coahuila, México, 1950) es un intelectual muy conocido a nivel internacional, sin embargo, es habitual ubicarlo como un filósofo dejando de lado su conocimiento sobre teología católica. No obstante, es importante recordar que es Doctor en filosofía y magister en Teología, un alto grado académico en esta especialidad. En especial, este saber es puesto en ejecución en el actual libro, dedicado a hacer un recuento de los padres de la iglesia católica, de ahí, su breve nombre **Apuntes de Patrología**.

Portada:

Dibujo a lápiz de **Agustín de Hipona** realizado por Sharon Cuevas Barroso especialmente para esta edición.

APUNTES DE PATROLOGÍA

Mauricio Beuchot

APUNTES DE PATROLOGÍA

Mauricio Beuchot



Beuchot Puente, Mauricio

Apuntes de patología / Mauricio Beuchot
Puente. – México : Publicar al Sur, 2022.

156p. ; 21 cm. (Colección Producciones
especiales ; 1)

Incluye bibliografía.

ISBN 978-607-99662-2-5

1. Padres de la Iglesia. 2. Teología -- Historia -- Iglesia
primitiva, ca. 30-600.

CDD: 230.09

LC: BR67

Primera edición: febrero de 2022

© Derechos reservados por el autor

Primera edición: febrero del 2022

D. R. © 2022 Sello Editorial Publicar al Sur

Calle Xaxalco MZ5 It4 san Miguel Topilejo, Tlalpan,

Ciudad de México, c. p. 14500.

El dominio en la Web es <http://publicaralsur.com/>

Usuario del registro nacional de editores: Pis200305196

Prohibida la reproducción de este libro, por cualquier
medio o en alguna de sus partes, sin el permiso escrito
de la Editorial.

Este libro se publica luego de un dictamen por el sistema
de doble enmascaramiento (“doble ciego”), según los
criterios vigentes en la política editorial vigente.

Diseño y cubierta: Equipo Editorial de Publicar al Sur
Impreso y hecho en México

| | |
|---|-----|
| Introducción | 9 |
| Primer período (ss. I-II) | 13 |
| Segundo período. Literatura cristiana del siglo III Inicios de la ciencia teológica | 41 |
| Tercer período. La edad de oro de la literatura patristica (ss. IV-V) | 63 |
| Cuarto período. Decadencia y fin de la literatura patristica (s. VI) | 125 |
| Conclusión | 141 |
| Bibliografía | 147 |

INTRODUCCIÓN

La época patristica es la que ocuparon los padres de la Iglesia, desde los comienzos del cristianismo hasta el siglo VI.¹ Se llama *patristica*, porque es el tiempo de los padres de la Iglesia Católica. Tal es el objeto de la *patrología*, disciplina que estudia sus ideas y la evolución de los dogmas. Padre de la Iglesia es considerado aquel que brilló por la ortodoxia de su doctrina, la santidad de su vida, la aprobación eclesial y la antigüedad. Varios de ellos fueron canonizados como santos; algunos fueron, además, nombrados doctores de la Iglesia, lo cual es índice de una enseñanza completamente segura.

La religión se valió de la filosofía para explicar y defender sus contenidos de fe. En eso consistió su teología. En cuanto religión, no podía ligarse indisolublemente a una corriente filosófica en particular. Esto se ha podido constatar en la historia. Muestra de ello es la *teología patristica* (que llenó los seis primeros siglos del cristianismo), la cual se sirvió casi exclusivamente del platonismo; también habrá algo de estoicismo; pero poco a poco se iría inclinando al aristotelismo.

Fue el tiempo en el que se forjó paulatinamente la teología, con su parte dogmática y su parte moral. Se trató de establecer y conservar la tradición que venía desde el Sal-

¹G. Rauschen, *Compendio de patrología, con atención especial a la historia de los dogmas*, Friburgo de Brisgovia (Alemania): Herder, 1909; M. J. Rouët de Journel, *Enchiridion patristicum*, Friburgo de Brisgovia: Herder, 1920; F. Cayré, *Patrologie et histoire de la théologie*, Paris – Tournai – Rome: Société de S. Jean l'Évangéliste – Desclée et cie., 1938 (3a. ed.), t. I; J. Quasten, *Patrología*, Madrid: BAC, 1961 ss., 3 vols.; B. Altaner, *Patrología*, Madrid: Espasa-Calpe, 1962; E. Denzinger, *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona: Herder, 1963; P. J. Hamell, *Handbook of Patrology*, New York: Alba House, 1968; R. Trevijano, *Patrología*, Madrid: BAC, 1994; H. R. Drobner, *Manual de Patrología*, Barcelona: Herder, 1999.

vador y los Apóstoles. Pero muy pronto hubo que luchar con herejías, lo cual también ayudó a que se fuera cribando y depurando el depósito de la fe. Además, las formulaciones de los dogmas fueron evolucionando poco a poco, a veces con errores y equivocaciones, hasta que se logró darles la precisión adecuada; por ejemplo, con San Agustín. Pero antes tuvieron que pugnar por ello San Atanasio, San Basilio y muchos otros.

Por eso, aun cuando han desaparecido muchas de las opiniones o tesis falsas o inconvenientes, y la doctrina de la fe se ha depurado mucho, el estudiar esta época resulta ilustrativo, no solamente para conocer la historia de la Iglesia, o de su teología, sino también para ver por dónde ha habido equivocaciones y hubo que reorientarse, con el fin de encontrar el camino. Es la historia de una tradición, y conocerla ayudará a potenciarla para hacerla ir hacia adelante.

Aquí se dividirá la época patristica en cuatro periodos: 1) los orígenes (siglos I-II); 2) los inicios de la ciencia teológica (s. III); 3) la edad de oro (ss. IV-V), y 4) la decadencia y el fin.

Las fuentes son numerosas, pero sólo aludiremos a las más recientes. Está la colosal colección dirigida por el abate Migne, con una serie latina de 217 volúmenes y 4 de índices (PL, 1844-1855) y la serie griega, con 161 volúmenes (PG, 1857-1866). Ahora son más asequibles otras colecciones: *Sources chrétiennes*, iniciada por H. de Lubac y J. Daniélou, Paris: Cerf, 1941 ss., así como *Corpus christianorum*, editada por los benedictinos, Turnhout: Brepols, 1954 ss., ambas con numerosos volúmenes y siguen en proceso. Otras series editan, junto con otros textos, muchos de los santos padres, como la Loeb Classical Library, London – New York, 1912 ss.

Introducción

En este libro quisiera hacer una lectura analógica de los Santos Padres, es decir, encontrar cómo se va desarrollando, gracias a ellos, la aplicación del correspondiente concepto en la teología, es decir, cómo se va llegando, a lo largo de esa historia, a una hermenéutica analógica en esa disciplina.

PRIMER PERÍODO (SS. I-II)

Queda poco de este período, que es el inicial del cristianismo. Por eso es llamado post-apostólico o de la literatura pre-nicena, es decir, antes del Concilio de Nicea, que fue fundamental y decisivo. Son, en todo caso, los padres apostólicos. Suele comenzarse con algunos apócrifos veterotestamentarios y neotestamentarios, pero los dejaremos de lado. Además, con diversas versiones del Credo de los apóstoles, pero únicamente lo registraremos y de inmediato pasaremos a la *Didaché* y a los principales autores de esta época.

Por lo que hace a los padres apologistas, éstos tuvieron que luchar contra el paganismo, a veces también con el judaísmo, y, sobre todo, con las nuevas sectas heréticas que empezaban a surgir. Una que ya tenía antecedentes era el *gnosticismo*, que se recrudeció al contacto con el cristianismo. Por eso fue el principal enemigo, y los ingenios se polarizaron hacia él, para combatirlo. En lo primero sobresale San Justino, que escribió apologías a favor de los cristianos, porque se les hacían muchas acusaciones falsas, y para atacar a la religión pagana; y en lo segundo se destacó San Teófilo de Antioquía, que, además de defender a los cristianos contra los paganos, también escribió contra los judíos; y, en lo tercero, San Ireneo de Lyon, campeón contra el gnosticismo. Ya empezaban algunas sectas heréticas más, pero que se consolidarían en los siglos posteriores y en ellos serán combatidas.

Veremos que, tanto en la construcción de la doctrina de la fe como en su defensa de sus oponentes, estuvo presente una racionalidad analógica, la cual se manifestó en la medida prudencial de las fórmulas y leyes, y con el apoyo del conocimiento divino en las cosas creadas, desde las cuales se remonta el ser humano hasta la trascendencia.

Padres apostólicos

GENERALIDADES

Los primeros padres de la Iglesia reciben el nombre de *apostólicos*, porque se dedicaron a la explicación de la doctrina cristiana, recibida de los apóstoles, a los griegos y romanos, especialmente. Se supone que conocieron a los apóstoles o que estuvieron en sus círculos. Por eso tenían el legado evangélico de primera mano. De hecho, uno de esos textos, el de la *Didaché*, fue considerado canónico durante algún tiempo. La espiritualidad de esta época era de testimonio, tanto de predicación como de martirio, ya que estaban en pleno rigor las persecuciones.

Pero ya en ellos se va gestando esa racionalidad analógica que constituirá la teología, ya que comenzaron interpretando la Sagrada Escritura, la revelación divina, con el fin de estructurar su sistema y discutir con los judíos; pero también la naturaleza, para dialogar con los paganos y mostrarles la excelcitud del Dios cristiano.

EL SÍMBOLO DE LOS APÓSTOLES

Lo más propio del siglo I que nos queda es el *Símbolo* o *Credo de los Apóstoles*. Claro que recibió varias redacciones, y el que recitamos ahora partió de alguna de ellas, pero se fue elaborando sucesivamente. Es célebre la fórmula llamada del *Orden romano*, que dice así: “Creo en Dios Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen, padeció bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; creo en el

Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna”.² Se usaba en el bautismo.

*LA DIDACHÉ*³

Viene, luego, la *Didaché*, o doctrina de los doce apóstoles. De autor desconocido, fue escrita a fines del siglo primero o antes del 120, en Palestina, Siria o Egipto. Consta de tres partes. La primera (cc. 1-6) plantea dos caminos, el de la vida y el de la muerte. Instruye en la moral cristiana a los catecúmenos y los guía hacia el bautismo. La segunda (cc. 7-10) trata de la liturgia, sobre todo del bautismo y la eucaristía. La tercera (cc. 11-15) es un inicio del derecho canónico, pues norma las relaciones con los superiores eclesiásticos, así como el comportamiento de los misioneros, profetas y doctores. La conclusión (c. 16) exhorta a estar vigilantes, en vista del juicio final, que el autor veía como ya próximo.

Aquí ya se ve despuntar al uso de la analogía, puesto que se emplea el símil de los caminos, esos dos que llevan, uno a la vida y el otro a la muerte. Es como una prolongación de las parábolas evangélicas, procedimientos icónicos para transmitir el legado de la fe.

*LA EPÍSTOLA DE BERNABÉ*⁴

Esta carta fue escrita a finales del siglo I o entre el 100 y el 120, quizás en Alejandría, y aprovechó la *Didaché*. Se atribuyó al apóstol de ese nombre, pero no puede ser de él

²En E. Denzinger, *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona: Herder, 1963, núm.7, p. 6.

³J. J. Ayán Calvo, *Didaché*, Madrid: Ed. Ciudad Nueva, 1992.

⁴D. L. Mondésert, “Pseudo-Barnabé, Lettre”, en *Les écrits des pères apostoliques*, t. III, Foi Vivante, Paris: Cerf, 1979, pp. 5-53.

(menciona la destrucción de Jerusalén, a la que no parece que hubiera podido sobrevivir). Consta de dos partes, una dogmática (cc. 1-17), que desacredita el valor del Antiguo Testamento, y otra moral (cc. 18-21), que —a semejanza de la *Didaché*— señala dos caminos: uno de luz y otro de tinieblas.

Es decir, también aquí se usa el procedimiento icónico, a saber, el mismo símil de los dos caminos, el de la luz y el de las tinieblas. Esto tiene la fuerza de la parábola y de la metáfora, a saber, de la razón analógica.

SAN CLEMENTE DE ROMA, PAPA (¿?-101)

Fue el cuarto papa (90/92-101), y hacia el 96 o 97 escribió a los corintios una carta, porque se habían insurreccionado contra sus jerarcas (obispos, diáconos y presbíteros), y los invita a la concordia. Se habla de otra misiva a los mismos, pero no parece ser auténtica. Tiene también unas *Constituciones apostólicas*, unas *Clementinas* y dos epístolas *Ad virgines*. Hay, además, unas *Recognitiones*, o revisiones, que son como novelas que narran peripecias del santo, y homilías; pero unas y otras parecen ser espurias.

El uso teológico de la prudencia en este santo padre consiste en llamar al orden o concordia, esto es, a la armonía, que tiene como base la proporción, que en griego se dice, precisamente, *analogía*.

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA (¿?-105/135)

Habiendo sido obispo de esa ciudad, pasó de Siria a Roma, y se decía que había sido martirizado por orden del emperador Trajano, en 107, pero ahora se pone eso en duda. En todo caso, su muerte (incluso por martirio) parece que fue hacia 135. Escribió siete cartas (las demás no se han aceptado como auténticas) a diferentes iglesias, instándolas a permanecer fieles a Jesucristo. Se opone al *docetismo*,

que veía la encarnación, muerte y resurrección de Cristo como aparentes, y asevera que fueron reales, al igual que lo es su presencia en la eucaristía. Habla de la jerarquía eclesiástica y ya de una “iglesia católica”, quizá por primera vez, aludiendo a la de Roma.

La mentalidad analógica de este santo padre lo hizo evitar el docetismo, ya que una interpretación equívoca hace ver a Cristo como hombre sólo en apariencia, y eso es destruir el contenido del dogma.

SAN POLICARPO DE ESMIRNA (70?-155/156)

Fue obispo de esta ciudad, consagrado por el propio San Juan. Murió mártir entre 155 y 156. Nos queda una epístola suya a los filipenses, fechada después de la muerte de San Ignacio, ya que en ella pide datos sobre ese acontecimiento. Contiene enseñanzas generales y exhorta a obedecer a las autoridades eclesiásticas.

Es otro autor que aprovecha la noción analógica de orden o armonía (que es proporción entre las partes de un todo, en este caso el de la Iglesia), para conducir a los cristianos a la obediencia de las autoridades eclesiásticas y configurar el todo de la iglesia, que tiene que ser orgánico y armónico.

PAPÍAS DE HIERÁPOLIS (C. 130)

Fue obispo de esta ciudad frigia. Había escuchado la predicación de San Juan y era amigo de San Policarpo. Escribió, entre 130 y 140, cinco libros con el título de *Explicaciones de las sentencias del Señor*, que se conservan en fragmentos, donde registró lo que había oído a los discípulos de los apóstoles, así como a las hijas de San Felipe. Ya que luchaba contra los gnósticos, prefirió, en lugar de libros del Nuevo Testamento (también apreciados por ellos), ciertas tradiciones orales. Fue quiliasta o milenarista,

es decir, creía que pronto vendría Jesús a reinar durante mil años, después de los cuales tendría lugar el juicio final. Sin embargo, esta idea fue criticada y rechazada por otros santos padres.

En él se observa lo difícil que es mantener el equilibrio proporcional que da la prudencia, pues interpretó literalmente lo de la vuelta del señor y, por eso mismo, cayó en el milenarismo. Sin embargo, hay que decir en su descargo que esa idea quiliasta estuvo muy extendida por ese entonces.

EL PASTOR DE HERMAS (SIGLO II)⁵

No es el personaje de este nombre aludido por San Pablo (Rom 16:4), sino alguien que nació entre 130 y 140 en Roma. Fue liberto y pequeño comerciante. Aparece como autor de un escrito voluminoso intitulado *El pastor* (porque es el personaje que más figura en la obra), el cual redactó cuando trabajaba un campo, cerca de Roma, y había recibido unas revelaciones. Tiene tres partes: 5 visiones, 12 mandamientos y 10 semejanzas o parábolas. En las visiones contempla a la Iglesia como una matrona vestida de blanco, que le pide que llame a la penitencia. Ve a los pecadores como piedras sueltas de la torre de la Iglesia. En la última visión se le aparece el ángel de la penitencia como un pastor, y le dicta los mandamientos y las semejanzas. Los primeros son un resumen de la moral cristiana (mandan la fe en un Dios, la simplicidad, la veracidad, la castidad, la paciencia, el discernimiento, el temor de Dios, la templanza, la esperanza y otras cosas así). Las semejanzas son como las visiones, y en una de ellas el ángel le pregunta a Hermas qué está haciendo y él le dice que ayunando, a lo que el pastor le replica que el verdadero

⁵J. J. Ayán Calvo, *El pastor*, Madrid: Ed. Ciudad Nueva, 1995.

ayuno es abstenerse del pecado. Este libro se leyó mucho en las asambleas y hasta se contuvo en algún canon como inspirado. Pero el autor identifica al Hijo con el Espíritu Santo, que se vistió de la carne humana, lo cual es error grave.

Volvemos a ver el uso de la analogía en teología. La parábola, los relatos de visiones angélicas, etc., sirven para transmitir la enseñanza evangélica, y se ha mostrado útil y efectiva. Eso requiere traspasar las posturas unívocas, pero evitando las equívocas o meramente alegóricas, y equilibrarse en una que sea proporcional.

Éstos han sido los principales padres apostólicos. Son los que transmitieron el legado de Jesús y los apóstoles. Por eso fueron paradigmáticos para los primeros cristianos. Entregaron los fundamentos de la fe, que serían desarrollados luego. Y sentaron las bases de la disciplina eclesiástica, con sus directrices y exhortaciones a la obediencia. Fueron tiempos de martirio y heroísmo, en los que la Iglesia fue muy lacerada, pero era el comienzo. Varios de estos pensadores dieron su sangre por el evangelio y aportaron las bases de la cristiandad que surgía. Por eso son tan importantes, por ser las piedras fundacionales en las que hubo de asentarse la construcción eclesial, apenas emergente.

La espiritualidad de estos santos padres se centró mucho en el martirio, en ese testimonio supremo por el evangelio. Era debido a las persecuciones que se habían desatado contra el cristianismo. También puede decirse que estaba fijada en el estudio devoto de la Sagrada Escritura, ya con inicios del alegorismo o sentido espiritual.

Y también se percibe en ellos, como instrumento de su construcción teológica, los antecedentes de una hermenéutica analógica, que les permite abrir el buen cami-

no. El establecimiento de las fórmulas dogmáticas estuvo presidido por una prudencia a toda prueba, que serviría mucho a la hora de defender su contenido en contra de los adversarios de la misma.

Padres apologistas

GENERALIDADES

Otros padres fueron apologistas y defendieron la doctrina cristiana contra los judíos, los filósofos grecorromanos y contra los pensadores gnósticos. Ya habían comenzado, en efecto, las herejías, y había que defender la ortodoxia frente a la heterodoxia. Por eso todos estos teólogos son grandes dialécticos, que usaron la lógica como herramienta conceptual para preservar la pureza de la fe en contra de varios movimientos que se le enfrentaban. La espiritualidad era de testimonio, pero no solamente con la predicación y el martirio, sino también con la defensa del cristianismo. Y ya se empleaba el instrumento de la analogía, para combatir esas desviaciones doctrinales, que obedecían principalmente a la falta de proporción analógica en la interpretación de la Sagrada Escritura.

CUADRATO (C. 124)

Era del Asia Menor y fue discípulo de los apóstoles. Escribió una *Apología del cristianismo* dirigida al emperador Adriano. Sólo queda un breve fragmento en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio (IV, 3), en el que dice que las obras de Jesucristo fueron hechas a la luz, porque eran buenas.

Se trata de un hermoso aprovechamiento de las palabras evangélicas sobre las obras hechas a la luz, cosa que se cumple eminentemente en el Señor, y es una aplicación de la proporción, de una hermenéutica analógica.

ARÍSTIDES DE ATENAS (C. 125)

Era filósofo en esa ciudad. También dirigió una apología a Adriano (quizás a Antonino Pío), a favor de los cristianos. Dice que éstos tienen la verdadera idea de Dios, pues lo ven como eterno, impassible, perfecto, conocido a través de la naturaleza (c. 1). Habla de cuatro cultos: el de los bárbaros, que adoraban a los elementos (cc. 3-7); el de los griegos, que han dado a sus dioses las pasiones de los humanos (cc. 8-13); el de los judíos, que veneran más a los ángeles que a Dios y se quedaron en las prácticas exteriores (c. 15); y el de los cristianos, que tienen pureza de costumbres. Termina invitándolo a no perseguir a los cristianos y a convertirse a su doctrina (c. 17).

Arístides nos da un claro ejemplo de la utilización de la analogía en la teodicea católica: el orden del universo exige un creador, el cual no puede ser como los viciosos dioses paganos, ni como el de los judíos, que es incompleto, sino que sea la Trinidad, a la cual representó, entre nosotros, nuestro señor Jesucristo.

ARISTÓN DE PELLA (C. 140)

De esa ciudad de Decápolis, Palestina. Presumiblemente fue el primero en lanzar una apología contra los judíos. Entre 135 y 175 publicó una *Discusión entre Jasón y Papisco concerniente a Cristo*. Jasón representa a un judío cristiano que prueba el cumplimiento de las profecías en Cristo, de tal modo que el judío Papisco se convierte y pide el bautismo. Aunque la obra está perdida, San Jerónimo cita un fragmento. La refieren Orígenes y Celso, este último desfavorablemente (porque era contrario al cristianismo).

*SAN JUSTINO, MÁRTIR (H. 100-165)*⁶

Nació en Flavia Neápolis (la antigua Siquem, de Samaria, la actual Nablus, en Palestina), hacia el año 100, en el seno de una familia pagana (griega o romana). Después de tener un maestro estoico, otro peripatético o aristotélico, otro pitagórico, y otro platónico, un anciano, junto al mar, le habló de los profetas judíos y de Jesucristo. Por eso se convirtió al cristianismo en el año 133, pues en esa doctrina había encontrado la verdad y la paz, y se dedicó a defenderla y propagarla, vestido con el manto de filósofo. Fue a varios países y fundó escuela en Roma. A causa de su fe cristiana, fue martirizado allí, hacia el año 165. Redactó varias obras, de las que nos quedan dos *Apologías*, una dirigida al emperador Antonino Pío (138-161) y a su hijo Marco Aurelio (al que llama “filósofo”), así como otra a ellos y al Senado; y, también, *Diálogo con Trifón*, un judío. Otras obras suyas se han perdido.

La primera apología, bastante amplia, tiene una parte inicial en la que se refutan las acusaciones hechas a los cristianos (cc. 1-12) y otra en la que se expone y defiende su doctrina. Allí Justino trata de demostrar la divinidad de Jesucristo, usando a los profetas (cc. 30-53). La segunda apología se queja de la ejecución de tres cristianos que fueron asesinados por el solo hecho de tener esa fe. Obtuvo una carta del emperador, dirigida al procónsul de Asia, Minucio Fundano, en la que le pide un trato más digno y justo a los cristianos. Las dos apologías fueron escritas poco después del año 150.

⁶M.-J. Lagrange, *Saint Justin. Philosophe, martyr*, Paris: Gabalda, 1914; E. R. Goodenough, *The Theology of Justin Martyr. An Investigation into the Conceptions of Early Christian Literature and its Hellenic and Judaistic Influences*, Jena: Verlag Frommannsche Buchhandlung, 1923.

Se creía que el diálogo con Trifón había sido con Rabí Tarfón, de Éfeso, pero no parece cierto. Fue escrito después de la primera apología, pues la cita. Tiene tres partes: la primera (cc. 9-47) sostiene que las leyes ceremoniales judías eran pasajeras; la segunda (cc. 48-108) asevera que la adoración de Jesucristo no va contra el monoteísmo; y la tercera (cc. 109-142) dice que los paganos también están llamados a la Iglesia, que es el nuevo Israel.

Justino piensa que los filósofos griegos tomaron sus doctrinas de las Sagradas Escrituras, idea que ya habían expresado los judíos, como Filón de Alejandría, y que repetirán muchos padres de la Iglesia. La revelación es superior a la filosofía, pero esta última es muy atendible (*Diálogo con Trifón*, 2). Centra su reflexión en la noción estoica del *Logos*, Razón Eterna o Verbo, que sostiene que se encarnó en Jesucristo. Él alumbró a todos los hombres, y los hace conocer todo lo que han reunido de verdadero, aun antes de su encarnación. Distingue el Verbo perfecto de Dios, que es divino, y el Verbo seminal o espermático (semejante al de los estoicos, pero sólo en el nombre), que es como una semilla sembrada en la razón de los seres humanos para que lleguen a la verdad. Así, todo lo que los filósofos han dicho de verdadero viene de esas semillas del Verbo, *semina Verbi*; entre ellos, sobresalen Heráclito y Sócrates.

Justino ve a Dios como sin origen ni nombre. Parece negar su omnipresencia, pues lo pone reducido a las regiones supracelestes. Algunos han dicho que con esto exagera la trascendencia de Dios, en sentido platónico, sin contacto posible con el mundo; pero el padre Lagrange ha demostrado que no es así (*op. cit.*, pp. 157 ss.). En su nexo con el mundo es el *Logos*, que tiene nombre y puede aparecer en la tierra. Él es el que nos hace ver a Dios.

También se ha creído que Justino es subordinacionista, pues dice que el *Logos* procede del Padre pero no es totalmente igual a Él (*Apología* II, 6). Sin embargo, Lagrange mueve a contextualizar estas expresiones, en un tiempo en el que todavía pesaba mucho el monoteísmo judío. Más bien fue un error exegético, pues asevera que el *Logos* nació de la voluntad libre del Padre. También se ha dicho que negaba la creación *ex nihilo*, pero el propio Lagrange hace ver que eso no se encuentra en ninguna de sus obras, pues nunca pone al *Logos* como un demiurgo puesto por Dios como encargado de crear. Por otra parte, afirma al Espíritu Santo.

Dios creó al hombre por su Verbo perfecto y lo hizo libre de obrar el bien o el mal. Con todo, el alma no es inmortal por su esencia, sino por un don de Dios; y todos, al morir, van al Hades, hasta el juicio final, después del cual pasan al cielo o al infierno. Justino fue quiliasta, como Papías; dice que muchos cristianos no creen en ese próximo reinado de Cristo durante mil años, y que por ello son imperfectos (*Diálogo*, 80). Sostiene claramente la presencia real de Cristo en la eucaristía. Su espiritualidad fue de testimonio, tanto por la predicación o enseñanza como por su martirio y, además, por la defensa que hizo del cristianismo.

El conceder a los gentiles unas semillas del Verbo hace que aplique una *analogia rationis*, es decir, un múltiple sentido de la razón, según el cual también los que no conocieron al Verbo o *Logos*, que es Cristo, han recibido cierta revelación o iluminación. Es una teoría de la participación, que funda la analogía. Además, su sensibilidad hacia la filosofía pagana hace que aprecie en ella la manifestación del intelecto divino. Sin embargo, la filosofía cristiana es el analogado principal, la mejor o auténticamente verdadera. Igualmente, se basa en la

analogía para el conocimiento de Dios: sobre todo de su omnisapientia. Dios es conocido por nosotros por sus operaciones, aunque ningún nombre alcanza para denominarlo plenamente (*Apología* II, 6).

TACIANO EL SIRIO (H.120-POST 172?)

Nació en Siria o en Mesopotamia, hacia el 120, hijo de paganos. Estudió filosofía y religiones, iniciándose en varios misterios. Así llegó a Roma, donde se hizo cristiano y discípulo de San Justino. Regresó al Oriente en 172 y fundó una secta gnóstico-encratita (*enkratés*: continente, moderado), muy exigente, que prohibía el matrimonio, comer carne y beber vino, y en la eucaristía suplía el vino por agua. Nos queda de él un *Discurso a los griegos*, compuesto hacia el 170, donde defiende el cristianismo por su elevada doctrina (cc. 1-30) y su gran antigüedad (cc. 31-41), pues deriva de Moisés. Pero en esa obra aparecen también sus ideas heréticas, como el subordinacionismo, pues hace al Hijo inferior al Padre: sólo fue engendrado para crear el mundo y fungir como intermediario. Asimismo, dejó un *Diatésaron*, o historia de Jesucristo sacada de los cuatro evangelios.

A pesar de haber sido analógico en el conocimiento de Dios, a partir de las creaturas, como ordenador, su separación de la ortodoxia (al ver al Hijo como inferior al Padre) y la fundación del encratismo, tan rígido, son muestras de su univocidad. Se habla de su carácter duro y de sus exageradas invectivas en contra del mundo pagano, inclusive contra la filosofía griega, como causas de su extravío.

APOLINAR DE HIERÁPOLIS (C. 172)

Fue obispo de esa ciudad cuando imperaba Marco Aurelio. Dejó cierto número de obras, mencionadas por Eu-

sebio, pero no queda ninguna. Eran una apología de la fe dirigida a ese emperador (172), cinco libros contra los griegos y dos contra los judíos. Escribió, además, una carta circular contra los montanistas (secta rigorista que rechazaba a los pecadores y sólo aceptaba los sacramentos impartidos por un ministro sin pecado), que tuvo buen efecto entre los obispos.

A diferencia del anterior, en Apolinar se muestra la medida o equilibrio proporcional en su rechazo del montanismo, con su excesivo rigor moral. Con lo cual suavizó la práctica evangélica y atrajo a muchos.

*ATENÁGORAS DE ATENAS (C. 177)*⁷

La tradición lo hace originario de Alejandría, de familia pagana. Otros dicen que nació en Asia Menor. Analizó las *Escrituras* para refutarlas. En todo caso, ya convertido, estudió en la escuela catequética de su ciudad. El código del siglo X que conserva sus obras dice que fue filósofo cristiano en Atenas, pero no se sabe si así fue o solamente lo dice ese texto. Apreciaba la filosofía griega, sobre todo la platónica. Tiene dos obras: *Súplica por los cristianos* y *De la resurrección de los muertos*.

La primera, escrita hacia 177, es una apología que, según algunos, había dirigido a Adriano y a Antonino Pío. Pero la introducción muestra que iba dirigida a Marco Aurelio y a su hijo Cómodo. En ella defiende a los cristianos de tres acusaciones: ateísmo, antropofagia e inmoralidad. Además, señala que el *Logos* está desde la eternidad en Dios, y salió de Él para crear el mundo, pero sin ser creatura él mismo (*Súplica*, 10). Es decir, aunque se ha

⁷A. A. Lucks, *The Philosophy of Athenagoras*, Washington: The Catholic University of America, 1936; L. W. Barnard, *Athenagoras: A Study in second Century Christian Apologetic*, Paris: Beauchesne, 1972.

querido ver allí subordinacionismo, no lo hay: las tres divinas personas son iguales. Por otra parte, dice que los demonios se hicieron adorar en los ídolos.

La otra obra versa sobre la resurrección de los muertos. Ese milagro es posible por la omnipotencia de Dios (cc. 1-10). Asimismo, por la conveniencia de que el hombre, en cuanto racional, ha de vivir eternamente y el alma sería sólo una parte suya, por lo que necesita el cuerpo (cc. 11-17). También por la retribución que se le va a dar (cc. 18-23). Y porque el destino del hombre es la felicidad, inalcanzable en la tierra (cc. 24-25). A diferencia de Justino y Taciano, su estilo es ordenado y bello.

Atenágoras es analógico, lo cual le permite evitar la subordinación del Hijo al Padre, ya que ambos han de tener el rango proporcional, y éste es el de igualdad, como se da en toda la Trinidad. Demuestra, además, la existencia de Dios basado en el orden de las creaturas. Sobre todo se basa en la perfección del hombre, hacia el cual apunta toda la creación, y que manifiesta a Dios, porque es inmortal (*De la resurrección*, 12).

SAN TEÓFILO DE ANTIOQUÍA (POST 181)

Sirio, nacido cerca del Éufrates, pero de cultura griega. Se convirtió siendo ya adulto, y fue hecho obispo de la ciudad que acompaña su nombre, la cual presidió de 169 a 180. Sólo se conserva su obra *Ad Autolicum*, con tres discursos, escritos después del 180. Su amigo Autólico, pagano, le había escrito: “Muéstrame tu Dios”, ya que se burlaba de Él por ser invisible. Teófilo le contestó: “Muéstrame tu hombre, y yo te mostraré mi Dios”, pues el ser humano puede verlo con el alma (lib. I, c. 2 y c. 14).

Así, el discurso primero trata de ese Dios invisible que adoran los cristianos. En el segundo, ataca la mitología pagana con base en el *Génesis*. En su cap. 15 habla por primera vez de la Trinidad, usando esa expresión (*trías*), y distinguiendo tres personas: Dios, el Verbo y la Sabiduría. En el libro tercero responde a varias calumnias levantadas contra los creyentes (antropofagia e inmoralidad) y a la objeción de su amigo, de que el cristianismo era reciente, responde que los escritos judíos (que son los mismos de los cristianos) se remontan a Moisés, el cual era anterior a la guerra de Troya. En cuanto a los escritos del Nuevo Testamento, este padre fue el primero en llamarlos inspirados. Añade, además, que el alma es inmortal, pero no de suyo, sino por un don de Dios, pues si tuvo principio deberá tener fin (lib. II, c. 27).

Se opone a la filosofía pagana, pero sin la dureza que hemos visto en otros padres. Guarda un equilibrio o debida proporción en sus invectivas. Lo hace para poner como analogado principal de la sabiduría al cristianismo.

MELITÓN DE SARDES (+C.195)

Fue obispo de esa ciudad en Lidia (Asia Menor). Dirigió a Antonino Pío (en realidad a Marco Aurelio) una apología del cristianismo, hacia 172. Además, dejó un relato de la muerte de la Virgen, según el cual los apóstoles fueron transportados milagrosamente a esa escena, luego sepultaron a la madre de Dios en el huerto de Getsemaní, pero Jesucristo la resucitó y la llevó al cielo. Se le atribuyen otros escritos, pero no parece seguro que sean de su autoría.

MILTIADES (C. 192)

Era del Asia Menor, coetáneo de Taciano y posiblemente discípulo también de San Justino. Defendió al cristianismo de judíos, paganos y herejes (montanistas y gnósticos, sobre todo valentinianos). Escribió, en la segunda parte del siglo II, tres apologías, una contra los griegos, otra contra los judíos y otra defendiendo la filosofía que él seguía (es decir, la cristiana), pero sus obras se han perdido.

Así, su espíritu prudente le hizo poner a la filosofía cristiana como superior a la pagana, pero como principal, es decir, reconociendo lo valioso en la otra.

LA CARTA A DIOGNETO (FINES DEL SIGLO II)⁸

Posiblemente esa misiva fue dirigida al filósofo estoico de ese nombre, maestro de Marco Aurelio. El autor, desconocido, se dice discípulo de los apóstoles. La carta se sitúa en las proximidades del año 200. Es una respuesta a ese personaje, que había preguntado a un cristiano qué culto daban a Dios, por qué condenaban el de judíos y paganos, qué es el célebre amor al prójimo, y por qué tardó tanto en llegar esa religión. El cristiano responde sobre todo describiendo la vida de los creyentes (cc. 5-6) y señalando que Dios mandó a su Hijo a revelarla (cc. 7-8). Concluye diciéndole que, si se convierte, tendrá el verdadero amor. El autor es todo un retórico y de buen estilo literario.

Se trata de una *analogía amoris*, según la cual la caridad cristiana es la más excelsa entre todas las clases de amor. Eso era, en efecto, lo que caracterizaba a los cristianos y lo que movía a otros a la conversión.

⁸F. Louvel – H.-I. Marrou, “Lettre à Diognète”, en *Les écrits des pères apostoliques*, t. III, Foi Vivante, Paris: Cerf, 1979, pp. 56-74.

HERMIAS (C. 200)

No se sabe casi nada de él, pero se le supone de fines del siglo II. Era filósofo. Escribió una *Sátira de los filósofos profanos*, indicando sus contradicciones. Sobre todo, se burla de lo que habían dicho los pensadores griegos acerca del alma humana (cc. 1-2) y del universo (cc. 3-10).

Con ello se opone al univocismo de algunos filósofos en cuanto al alma humana, y al equivocismo de otros que no la valoraban suficientemente.

MINUCIO FÉLIX (FINES DEL SIGLO II)⁹

Marco Minucio Félix era abogado en Roma, pero probablemente había nacido en África. Educado en el paganismo, se convirtió ya de avanzada edad. Al parecer durante el reinado de Cómodo (180-192), redactó el *Octavius*, apología en forma de diálogo entre el autor (con el nombre de Marco) y dos amigos: Octavio Januario, cristiano, y Cecilio Natal, pagano, que van de paseo de Roma a Ostia, y toman como pretexto el saludo de Cecilio a una estatua de Serapis, a la que le había enviado un beso. Marco es el juez del diálogo. Después de una introducción (cc. 1-4), Cecilio realiza una defensa del paganismo, diciendo que los dioses han dado bonanza a Roma. Además, haciendo profesión de agnosticismo, pondera que el universo es un enigma y que los sabios no se han puesto de acuerdo sobre lo divino, por lo que el Dios de los cristianos es fantasía, y gracias a eso logran conversiones sólo entre los ignorantes. Hacen mal en adorar a un crucificado y en creer en la resurrección. Además, en sus reuniones cometen actos deshonestos (cc. 5-13). Luego Octavio expone el cristianismo desde

⁹H. J. Baylis, *Minutius Felix and his Place among the Early Fathers of the Latin Church*, London: Society for Promoting Christian Knowledge, Macmillan Co., 1928.

el punto de vista de la filosofía, pues el universo mismo, con su armonía, prueba la existencia de Dios. Su doctrina consiste en el monoteísmo, la inmortalidad y la pureza de costumbres. Además, va respondiendo a cada acusación a los cristianos, mostrando que son falsas. Señala lo humanos que son los dioses paganos, por lo que no merecen respeto, y agrega que no dieron a Roma su gloria, sino que ella misma la adquirió con sus rapiñas (cc. 14-38). Cecilio ve que está vencido y se convierte, por lo que los tres amigos regresan felices (cc. 39-41).

Al parecer, Minucio Félix fue de los primeros en escribir sobre temas eclesiásticos en latín, tal vez la primera obra literaria cristiana en ese idioma, pues se cree anterior al *Apologeticum* de Tertuliano. Asimismo, vio con mayor aceptación la filosofía para el estudio de la revelación. Sostenía que la verdadera filosofía no podía menos que ser cristiana, sobre todo la de Pitágoras y la de Platón (*Octavius*, 34, 5-6). En su diálogo imita a Cicerón (*De natura deorum* y *De divinatione*) y usa a Séneca (*De providentia* y *De superstitione*). Ciertamente le faltó hablar mucho de los dogmas cristianos, pero su interés era principalmente dar una introducción a la fe para los romanos cultos.

Aplica la analogía al sostener que podemos conocer a Dios por el orden admirable y constante del universo; también, a partir de esa armonía, su unidad; y por remoción de límites, su poder, su inmensidad en esencia, presencia y potencia; pero también, a partir de su invisibilidad, su incomprensibilidad (PL 3, col. 290).

§

Tal fue el inicio de la era apologética de la Iglesia. Había comenzado con defensas de los cristianos frente a los paganos y los judíos. A los seguidores del evangelio se les habían levantado varias calumnias, y por eso era preciso

alzar la voz y recusarlas. Después serían libradas las batallas con las sucesivas herejías que ya surgían. Pero el principio sirvió de entrenamiento, pues muchos de los recursos argumentativos serán utilizados en las pugnas que vendrían después. Éstas iban a ser sobre todo para defender la pureza de la fe, contra las falsas opiniones de muchos que desviaban de la ortodoxia, ya fuera el gnosticismo u otras sectas más recientes. Su espiritualidad es, así, de lucha, tanto contra las acusaciones de los paganos como contra las doctrinas de los herejes.

También se ve, en estos padres apologistas, un talante analógico, por afirmar que la filosofía es compatible con la revelación, en forma de filosofía cristiana, que ya conocía sus orígenes. En el uso del orden y belleza de las creaturas para acceder al conocimiento de Dios como en un silogismo analógico.

La lucha contra el gnosticismo

GENERALIDADES

Capítulo especial merece esta pelea. Los gnósticos provenían de una mezcla de la filosofía helenística y doctrinas asiáticas.¹⁰ El *gnosticismo* es un conglomerado de doctrinas teosóficas, a veces estrambóticas, en seguimiento de Filón y el neoplatonismo. Además de un sentido literal, obvio y exotérico (de la *pistis* o fe), fantaseaban un sentido escondido y esotérico (de la *gnosis* o conocimiento ocultista), abusando del sentido alegórico. Era el reinado de la equivocidad, y algo muy pretencioso.

¹⁰H. Cornelis – A. Leonard, *La gnosis eterna*, Andorra: Casal i Val, 1961; J. Monserrat Torrens, *Los gnósticos*, Madrid: Gredos, 1983; Ch. Marksches, *La gnosis*, Barcelona: Herder, 2002.

Así, el gnosticismo no tenía carácter popular, sino aristocrático; los pensadores que lo elaboraron deseaban incorporar al cristianismo muchas ideas filosóficas y religiosas que vagaban por el ambiente, sobre todo para explicar el mal y el dolor. Los gnósticos concebían a Dios como bueno, pero alejado del universo (el gran Silencio o Profundidad), por lo que no podía ser causa del mal. Entre Dios y el universo había una muy complicada escala de dioses intermedios (eones), al modo de los platónicos y neoplatónicos. La primera pareja (*syzygy*), de masculino y femenino, fue creada directamente por Dios, y ellos hicieron a los demás, siendo el conjunto de esos seres el Pleroma. Uno de éstos, último en la escala y además pecador o malo, fue el demiurgo (el dios de los judíos) que fabricó el mundo sensible con la materia (que es eterna), la cual es mala por culpa de él. En Cristo se encarnó un eón, el día de su bautismo.

El hombre no está totalmente corrompido, sino que tiene una parte mala, el cuerpo, y otra buena, el alma, la cual proviene de arriba y está prisionera en la materia. Había que purificarla. Por eso se daban tres clases de hombres: *pneumáticos*, o gnósticos, que tienen ese elemento divino en el espíritu; *psíquicos*, que pueden ser salvados por la gnosis; e *hílicos* o materialistas, influenciados por los sentidos y sin esperanza de salvación. Según los gnósticos, había que liberar el alma (esa parte divina) y devolverla a su origen, para lo cual realizaban ciertas prácticas ascéticas. Uno de los primeros eones se unió a Jesús en el bautismo y hasta la pasión, tomando la apariencia de hombre (docetismo); por lo que la salvación no se obtiene gracias a los méritos de Jesús, sino por la gnosis que le fue revelada. Después de la redención del elemento divino, se dará una restauración universal, en la que el mundo material será destruido, junto con los hombres que no estaban destinados a la salvación. En cuanto a la moral,

unos decían que el gnóstico podía hacer lo que quisiera; otros, que tenía que dominar el cuerpo, pero la mayoría aseveraba que podía gozar sin ser castigado. Los encrítas prohibían el matrimonio, porque procreaba; y los antinomianos decían que todo poder viene del demiurgo y que por eso es malo, tiránico, y que debe ser derrocado.

Se incorporaron ideas cristianas a la gnosis samaritana (Simón el Mago), la siríaca (Cerinto, Menandro y Saturnino o Satornilo), la alejandrina (Basílides, Isidoro, Carpócrates, los cainitas, los sethianos y los ofitas), la itálica (Valentín, que llevó la gnosis de Basílides a Egipto y a Roma), y la persa, también llamada maniqueísmo, fundada por Manes. Igualmente, se dio el marcionismo, que era un gnosticismo más moderado, el de Marción y Cerdón. El primero llegó a Roma hacia el 135, en que escribió su obra *Antítesis*, colección de contradicciones entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Rechazó el Antiguo y depuró el Nuevo, según él corrompido por los judíos. Sostuvo el docetismo y una moral rígida. El segundo, Cerdón, fue discípulo de Valentín en Roma.

De esta suerte era el *maniqueísmo* (llamado así por su propugnador, el persa Manes, Mani o Maniqueo, que se inspiraba en Zoroastro o Zaratustra). Manes nació el año 216, comenzó a predicar en Persia y Babilonia el año 240 y fue crucificado por orden de un monarca sasánida en el año 273. Esta secta era dualista, y atribuía la creación a dos principios antagónicos: Dios, el bien, el espíritu o la luz, y el Diablo, el mal, la materia o la obscuridad. También admitía numerosos eones. Uno de ellos, príncipe de las tinieblas, Saclas, engendró de su mujer a Adán y Eva. Otro de ellos, Mitra, formó el mundo. Adán tenía elementos luminosos y elementos oscuros. Eva se encargó de la perdición, y unida a Satanás engendró a Caín y a Abel, Y con Adán engendró a Set. Jesús es doble: uno pasible, con

partes oscuras, y otro impasible, con partes luminosas. El impasible y luminoso descendió a enseñar a los hombres a diferenciar la luz y las tinieblas, pero no fue comprendido. Por eso Jesús les envió el paráclito, que era Mani mismo, el cual les enseñó a liberar su parte luminosa de su parte oscura. Los maniqueos dividían a los seres humanos en *elegidos*, *oyentes* y *pecadores*. Estos últimos irían al infierno en la conflagración final, que será la separación definitiva de la luz y las tinieblas, con un incendio purificador, que llevará a las partes luminosas al reino de la luz y a la materia quedará oscura para siempre. Mani tuvo doce discípulos, que eran los maestros, y setenta y dos obispos, con sacerdotes y diáconos. Poseían bautismo y eucaristía. Mani negaba el Antiguo Testamento, y mutilaba a su antojo el Nuevo. Esto trató de aplicarse al cristianismo, pero, obviamente, resultaba una mezcla inaceptable por herética.

Hubo otras herejías. El montanismo se opuso a la autoridad de la Iglesia. El frigio Montano se dio a la profecía (c. 152 o 172). Hablaba de una tercera y última revelación, la del Espíritu Santo, del cual él era el vocero. Por eso se propuso resucitar los carismas. Fue quiliasta, pues la parusía era inminente. Su moral era rígida, ya que prohibía las segundas nupcias, y al principio las primeras; los pecados cometidos después del bautismo no se perdonaban, y multiplicaba los ayunos. Sus secuaces pretendieron permanecer en la Iglesia, como un grupo selecto, pero no lo consiguieron. El quiliatismo o milenarismo consistía en creer que el mesías tendría un reinado temporal, como ya decía el judaísmo. Sería de mil años, como estableció el Apocalipsis. Y sería pronto, casi inmediato, cuando Jesucristo vendría glorioso a gobernar la tierra durante ese milenio con los justos. Después seguiría la resurrección general y el reino eterno. Por su parte, el encratismo (de *enkrateia*, templanza) era una

tendencia ascética, de moral rigorista, que, de manera parecida al montanismo, prohibía el matrimonio, comer carne y beber vino.

HEGESIPO (110?-180?)

Judío, nacido en Siria, se convirtió al cristianismo. Pasó del Oriente a Roma, para estudiar mejor la doctrina, cuando era papa Aniceto (155-166) y posiblemente después de Eleuterio (174-179). Volvió a su tierra, donde escribió sus memorias: *Cinco libros de cosas memorables*, que, además de aportar datos históricos, fueron una polémica contra los gnósticos. Hace una lista de sectas judías y gnósticas y, para la defensa de la Iglesia, resalta la sucesión apostólica de los obispos. Murió bajo el reinado de Cómodo (180-192).

Su aportación fue el uso de los sucesos que para él eran memorables con el fin de polemizar contra los gnósticos. Le sirvieron para hacer una lectura teológica de la historia y combatir la herejía gnóstica.

SAN IRENEO DE LYON (C.140-202/3)¹¹

Nació en Asia Menor y fue discípulo de San Policarpo en Esmirna. Se fue a Lyon, en las Galias, donde esa comunidad lo envió como sacerdote a Roma, en 177, con una carta. Volvió a Lyon y fue hecho obispo. Luchó contra el gnosticismo. San Jerónimo dice que murió mártir, y esto fue hacia el 200, a saber, en la persecución de Septimio Severo. Compuso varias obras, pero sólo se conservan dos: la *Demostración de la predicación apostólica*, que es un

¹¹R. Forni, *Problemi della tradizione. Ireneo di Lione*, Milano: Vita e Pensiero, 1939; J. I. González Faus, *Carne de Dios. Significado salvador de la Encarnación en la teología de San Ireneo*, Barcelona: Herder, 1969; A. Orbe, *Antropología de San Ireneo*, Madrid: BAC, 1969.

compendio de la fe cristiana y de sus pruebas; y, sobre todo, el *Desenmascaramiento y refutación de la falsa gnosis*, de 180, más conocida como *Contra los herejes (Adversus haereses)*, en cinco libros.

En el primer libro de esa obra expone el sistema gnóstico de Valentín, el de su discípulo Tolomeo y el de Marcos, un galo, y les opone la doctrina ortodoxa. Luego resume la historia de la gnosis desde Simón el Mago. En el segundo libro efectúa la refutación filosófica, esto es, con la razón, haciéndoles ver a los gnósticos el dilema en el que se encuentran: o caen en el dualismo o en el panteísmo (si separan la creación de Dios, sucede lo primero; si la colocan en Dios, pasa lo segundo). En el tercero, los combate con la tradición. Y, en el cuarto, con los dichos de Jesús y los profetas. El quinto habla de los novísimos, ahí defiende la resurrección de los cuerpos y se muestra inclinado al milenarismo. La obra es muy buena.

Sobresale el segundo libro, en el que combatió con argumentos muy exactos a los gnósticos: si no aceptan la creación, la materia es increada, y entonces hay otro Dios, lo cual es imposible, o Dios se confunde con el mundo, lo cual es panteísmo, igualmente inaceptable (*Adv. haer.*, II, 10). Así rechazó la tesis que distingue entre Dios y el creador del mundo o demiurgo. Con ello era optimista frente a la razón filosófica, y la ponía al servicio de la fe; pero pensaba que la fe debía movernos a evitar cuestiones abstrusas (*Adv. haer.*, II, 26).

Por su parte, el libro tercero se centra en la tradición, que es la norma de la fe. Con ello San Ireneo se constituye en el gran padre de la teología católica. Para defenderla se basa en la sucesión apostólica, de papas y obispos, y trata de atender a todas las iglesias fundadas por los apóstoles, sobre todo la de Roma, que

es la más grande y antigua. Es donde se conserva la doctrina apostólica.

Además de combatir la idea gnóstica de un creador distinto de Dios, defiende la unidad y trinidad en Él. Se le ha atribuido el subordinacionismo, pero no hay tal, es sólo en la expresión (que toma del evangelio y de San Pablo). Además, señala la *circumincessio* en la Trinidad, es decir, cada una de las divinas personas está en la otra (III, 6, 2). Y la *communicatio idiomatum* o comunicación de propiedades: el Verbo de Dios, hecho carne, colgó de la cruz (V, 18, 1). Como los demás apologistas, no habla de la eternidad del Hijo con el Padre, pero mantiene la coexistencia de ambos desde el comienzo, antes de la creación del mundo. Además, el Verbo iluminaba a los hombres previamente a su encarnación, como en las epifanías del Antiguo Testamento. En cuanto a la cristología, avanzó mucho: la redención no se hizo sólo por la comunicación de la gnosis, sino por la encarnación del Hijo, que es divinización del hombre. Jesús fue el nuevo Adán y la Virgen la nueva Eva. Así, Cristo *recapitula* en sí toda la humanidad, como nuevo Adán, y la reconcilia con Dios (III, 18, 1). Habla, además, del pecado original (V, 2, 1; VI, 1). La eucaristía consiste en participar del cuerpo y la sangre de Cristo, prenda de la resurrección de la carne (V, 2, 3). Pero su escatología es la parte más débil, ya que tuvo dos opiniones que ahora se consideran heréticas: igual que San Justino y Tertuliano, cree que las almas van al Hades hasta el día del juicio universal, y también es, como ellos, quiliasta (V, 32, 1).

La espiritualidad que nos muestra este autor es la de lucha contra la herejía, señaladamente la del gnosticismo. Fue un apostolado necesario, para proteger el depósito de la fe, y, además, era algo que implicaba mucho estudio y oración.

San Ireneo hace un uso notable de la noción de la analogía en su lucha contra el gnosticismo. Por ejemplo, a la pretendida incognoscibilidad de Dios como abismo, contraponen el conocimiento analógico y discursivo que es propio del ser humano (PG, VII, col. 734). A las emanaciones panteísticas, opone un Dios creador de esa maravilla que es la creación y que lo refleja. Esta creación, libre, está guiada por las ideas arquetípicas de la mente divina. Asimismo, frente a la lectura excesivamente alegórica o equívoca de muchos gnósticos, y la literalista o unívoca de los maniqueos, opone una lectura intermedia, es decir, analógica.

Éste fue el comienzo de la pugna contra el gnosticismo, que precedía al cristianismo (Quasten, t. I, p. 243), y que aprovechó muchas de sus doctrinas para fortalecerse y diseminarse entre las gentes. Fue una lucha en la que grandes intelectos se aprestaron a pelear, desde San Ireneo hasta San Agustín, junto con muchos otros.

SEGUNDO PERÍODO. LITERATURA CRISTIANA DEL SIGLO III. INICIOS DE LA CIENCIA TEOLÓGICA

GENERALIDADES

En la teología patristica del siglo III hubo dos escuelas muy importantes, la de Alejandría y la de Antioquía. Los alejandrinos fueron los más influyentes, pues ponían en la catequesis elementos de la filosofía griega y tenían una hermenéutica alegorista o simbolista, que aplicaban a la Biblia. Además, tendían a una exposición sistemática de la doctrina cristiana. Los antioqueños, en cambio, preferían la exégesis literal. Ambas escuelas tuvieron que lidiar con varias herejías, aunque cayeron también en algunas o, por lo menos, en ideas no tan ortodoxas. Faltaba la mediación de una exégesis intermedia entre el univocismo del literalismo y el equivocismo del alegorismo, una exégesis analógica.

HEREJÍAS DE ESA ÉPOCA¹²

En este siglo la principal heterodoxia trinitaria fue el modalismo, que veía a las divinas personas no como reales, sino como modos de una sola y misma persona. Según sus manifestaciones, se le llamó monarquianismo, es decir, una sola persona, y, sobre todo, patripasianismo, porque, si el padre era igual que el Hijo, había padecido en la cruz. Se debió a Práxeas y a Noeto, los siguieron Epígono y Cleomenes, también Sabelio. El sabelianismo es un poco más sutil y establece que hay un solo Dios, que es unidad, Padre-Hijo. Se llama Verbo en cuanto creador; Padre en cuanto legislador del Antiguo Testamento; Hijo en cuanto redentor, y Espíritu Santo en cuanto santificador.

¹²M. L. Cozens, *Manual de herejías*, Barcelona: Herder, 1964.

Por otra parte, el adopcionismo niega también la pluralidad de las personas divinas, pero, sobre todo, la divinidad de Cristo, el cual no es Dios, sino que fue adoptado por el Padre en el bautismo. Esta postura se debe a dos personajes de nombre Teodoto, llamados el viejo y el joven para distinguirlos, y a un tal Artemas. Pablo de Samosata, obispo de Antioquía, sostuvo una forma modalista del adopcionismo. Para él, se puede hablar de Trinidad al dar el bautismo y en la enseñanza teológica, pero suprimía al Hijo y al Espíritu Santo. Cristo no era Dios, sino un hombre al que le fue comunicada la sabiduría divina más que a ningún otro profeta, por la inhabitación de la virtud de Dios. Este adopcionismo preparó el arrianismo y el nestorianismo.

ESCRITORES EN LENGUA GRIEGA

Estos escritores se asentaron en Alejandría y en Antioquía. Los primeros ejercieron una lectura predominantemente alegórica de la Sagrada Escritura, y los segundos prefirieron el sentido literal más que el alegórico.

LOS ALEJANDRINOS

ESCUELA CATEQUÍSTICA DE ALEJANDRÍA

La escuela catequística de Alejandría fue célebre, llegó a grandes alturas. Esta ciudad ya tenía prestigio cultural por su biblioteca y otros centros de estudio; también por la presencia de sabios judíos, como Filón. Cuando hacia el 180 se puso al frente de esa escuela el estoico Panteno (+200), converso de Sicilia, llegó a ser toda una academia, en la que se estudiaban las ciencias profanas como preparación para la teología, y en esta última sobresalía el cultivo de la exégesis bíblica, con fuerte presencia de la interpretación alegorista. Esto causó la reacción de la escuela de Antioquía, que prefería el sentido literal.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (H.140/150-215/6)¹³

Tito Flavio Clemente nació, de padres paganos, en Atenas o en Alejandría, entre 140 y 150. Estudió con maestros de Grecia, del sur de Italia, de Siria, de Palestina y de Egipto, lo que le dio una gran erudición. Entre 180 y 190 se estableció en Alejandría. Convertido al cristianismo ya maduro, fue discípulo de Panteno en la escuela de esa ciudad, y sucedió a su maestro como jefe de la misma (200). Allí tuvo al gran Orígenes como discípulo. No se sabe si Clemente llegó a ser ordenado sacerdote. En 202 la persecución de Septimio Severo hizo que se fuera a Palestina, donde murió entre el 215 y el 216.

Su obra principal es una introducción al cristianismo, y consta de tres partes. La primera es una *Exhortación a los gentiles*, que es una apología de la fe cristiana, con exhortaciones a los paganos para que se conviertan. La segunda es el *Pedagogo*, que es un tratado sistemático de moral y ascética, de las cuales el pedagogo es Jesucristo, Él da la verdadera gnosis. Y la tercera consta de ocho libros de *Stromata* (tapices o mosaicos), en los que recogió muchas opiniones de los filósofos. También tiene un *Protrepticus*, o pequeña apología.

En los *Stromata*, el primer libro o *stromate* es una introducción, en la que, aun cuando señala la superioridad de la Sagrada Escritura sobre la filosofía, tiene a ésta en buena opinión. Para él, la filosofía es el pedagogo que conduce a Cristo. Hace suya también la idea (presente en

¹³G. Catalfamo, *Clemente Alessandrino*, Brescia: La Scuola Editrice, 1951; E. F. Osborn, *The Philosophy of Clement of Alexandria*, Cambridge: Cambridge University Press, 1957; P. Valentin, *Clément d'Alexandrie*, Paris: Les Éditions Ouvrières, 1963; S. Lilla, *Clement of Alexandria. A Study in Christian Platonism and Gnosticism*, Oxford: Oxford University Press, 1971.

San Justino y Tertuliano) de que los filósofos griegos tomaron sus doctrinas de la Biblia, movidos por el Espíritu Santo, y los cristianos las recuperan con toda justicia para purificarlas y dirigir las a Dios. Trata de concordar la Sagrada Escritura con la filosofía. El libro segundo es su propia doctrina, según la cual solamente la fe puede conducir a Dios y al verdadero saber (*Strom.*, II, 4, 15); habla de las virtudes, la apatía, la caridad y la gnosis; la coronación es la gnosis, junto con la caridad; y describe al auténtico gnóstico (el cristiano), que, en seguimiento de la Escritura y de Platón, vence las pasiones. El libro tercero versa sobre el matrimonio, defendiéndolo de las críticas de los gnósticos como pecado permitido. El libro cuarto habla del martirio. El quinto trata del conocimiento perfecto de Dios, y señala sus caminos: la fe, el uso del simbolismo y preferir la teología negativa, para evitar el antropomorfismo (*Strom.*, V, 12, 81). (Solamente podemos conocerlo a través del *Logos*, *Protrep.*, XI, 88, 114.) El libro sexto ataca a los paganos, que han tomado su saber de la Biblia; pero admite que la filosofía es útil si prepara para la fe cristiana. El libro séptimo describe al gnóstico perfecto, es decir, al cristiano, unido a Dios, en continua oración y con una vida moral irreprochable.

Clemente practica el eclecticismo, teniendo por costumbre integrar lo que no vaya contra la fe. Pone a esta última como norma o regla. Se inspira sobre todo en Platón, en el estoico Musonio Rufo y en Filón. Clemente dio un lugar muy especial a la lógica aristotélica. Su centro teórico es el *Logos*, aún más que en San Justino. Se le ha acusado de subordinacionismo, esto es, de sostener que el Hijo de Dios es creatura del Padre, pero no incurre en eso, a pesar de ciertas expresiones desconcertantes. Puede hablarse, empero, de un docetismo muy suavizado (pues dice que Cristo tuvo necesidades en su cuerpo, pero que su alma estuvo libre de pasiones). Sin embargo, reconoce

en él la dualidad de naturalezas y la unidad de persona. Tampoco se le puede adjudicar que la materia es eterna ni la preexistencia de las almas, como se le ha atribuido (por su cercanía a Platón y a Filón).

Clemente pone la moral como anterior a cualquier otra parte de la filosofía, pues se necesita la rectitud de corazón para poder filosofar. Invita a combinar la apatía estoica con la caridad cristiana. En el hombre admite, al igual que lo hará Orígenes, la tricotomía platónica: cuerpo (*soma*), alma (*psyche*) y espíritu o mente (*nous*). En metafísica pone como fundamento las categorías de Aristóteles, lo cual habla de su peripatetismo además de su platonismo. El culmen de la metafísica es el conocimiento de Dios, el cual se da partiendo de las creaturas, y llega hasta la gnosis verdadera, que es la cristiana (*Strom.*, I, 9, 740). Así, el gnóstico, al morir, entrará como los ángeles en el cielo, en tanto que los demás hombres tendrán que expiar sus pecados en un lugar intermedio, en una especie de purgatorio.

En cuanto a la espiritualidad, este santo llama al cristiano “verdadero gnóstico”. El que accede a esa gnosis tiene el conocimiento directo de Dios, sin mediación de ángel u hombre alguno. Lleva la imagen de Cristo, por lo que pasa al nivel del amor, de la contemplación en tres niveles: purificación, iluminación y unión; por la fe, el conocimiento y el amor. Pero la unión mística sólo se recibe de Dios.

Clemente tuvo ya la idea de hacer un sistema teológico. Sacaba al hombre del paganismo, lo iniciaba en la vida cristiana y le daba la verdadera gnosis. Mantenía, pues, una *analogia gnoseos*, según la cual, la verdadera gnosis era la ortodoxa, no la de los gnósticos. Tiene el ideal del sabio platónico y estoico. Piensa que los nombres de Dios,

ya que son analógicos, nos dicen más lo que no es que lo que es (PG, IX, col. 122). Se opone tanto a los cristianos que rechazaban la filosofía como a los gnósticos, que pretendían explicar los dogmas filosóficamente de manera exhaustiva (*Strom.* l. I, c. 4). Evitaba el univocismo de estos últimos y el equivocismo de aquellos otros, para colocarse en un equilibrio proporcional, esto es, analógico. La filosofía es apreciable. Y la gnosis auténtica, que preludia las grandes síntesis escolásticas, consiste en un sano eclecticismo, que aprovecha lo bueno de las escuelas filosóficas, de manera equilibrada, y armoniza la fe con la razón. Tuvo una racionalidad analógica a toda prueba.

ORÍGENES (185-255)¹⁴

Este importante personaje nació en Alejandría, de familia cristiana, cuyo padre, San Leónidas, fue mártir. Como confiscaron sus bienes, Orígenes tuvo que abrir una escuela de gramática, para sostener a su madre y seis hermanos menores. Al mismo tiempo, el obispo Demetrio le encargó la formación de los catecúmenos. Además, habiendo sido discípulo de Clemente en Alejandría, en la escuela catequética de esa ciudad, muy joven sucedió a su maestro (cuando éste tuvo que huir, por la persecución) en la jefatura de esa institución, en la que permaneció mucho tiempo. También escuchó las clases de Ammonio Saccas, según algunos el maestro de Plotino y fundador de la corriente neoplatónica. Interpretó rigoristamente Mt 19:12 y se castró. Fue a Roma y se encontró con San Hipólito, luego a Cesarea y a Jerusalén. Los obispos de allí le pidieron que predicara, a pesar de que era laico, lo cual levantó las protestas de Demetrio, obispo de Alejandría. También fue a Jordania y, hacia el 220,

¹⁴J. Daniélou, *Orígenes*, Buenos Aires: Sudamericana, 1958; H. Crouzel, *Origène*, Roma: Borla, 1986.

a Antioquía, invitado por Julia Mammea (madre del emperador Alejandro Severo) para darle lecciones a ella. El año 231 fue invitado por los obispos de Acaya, en Grecia, a discutir con herejes. Al pasar por Palestina fue ordenado sacerdote, a pesar de que se había castrado (eso lo inhabilitaba para la ordenación). Demetrio lo degradó por esta irregularidad y lo desterró. Orígenes volvió a Palestina y fundó escuela en Cesarea. En ella enseñó de 231 a 254, y tuvo como alumno, entre otros grandes, a San Gregorio Taumaturgo. El año 244 fue a Arabia y convirtió al obispo patripasiano Berilo de Bostra (esa secta sostenía que el Padre había padecido con el Hijo, por ser ambos el mismo). En la persecución del emperador Decio (251) fue encarcelado en Tiro, donde fue torturado. No lo mataron, esperando que abjurara en público un personaje tan conocido. Resistió y fue liberado, pero, quebrantada su salud, murió allí, hacia el 254.

Escribió muchísimo, pero ha quedado muy poco. En cuanto a la traducción de la Biblia, las *Hexaplas*, que contenían varias versiones del texto sagrado. En exégesis, comentarios, escolios y homilías. En apologética, su escrito *Contra Celso*, personaje que había redactado un *Discurso verdadero* (*Alethes Logos*), atacando a los cristianos. Su obra dogmática más importante es *De los principios*, considerada la primera suma teológica. Compuesta en Alejandría el año 230, contiene cuatro libros: 1) sobre Dios y las tres Personas Divinas, el Padre como incorpóreo e invisible —a diferencia de Tertuliano, que lo veía como corpóreo—, el Hijo como Verbo y Sabiduría, el Espíritu Santo que es *por* el Hijo, y el mundo de los espíritus con su jerarquía; 2) sobre el mundo material, con la creación, y acerca del hombre, su alma, su redención y su fin; 3) habla de los fundamentos de la moral, la libertad humana, la lucha contra el demonio, el mundo y la carne, y el triunfo final del bien; y 4) la Escritura como inspirada

y la interpretación bíblica como literal, moral y mística. También una obra Sobre los principios (*Peri Arjon* o *De principiis*), especie de suma teológica. Elaboró lo que se puede considerar el primer sistema filosófico-teológico cristiano, inspirándose en el platonismo, el estoicismo, el filonismo y el neopitagorismo; a pesar de su intensa fe, se nota en él un cierto racionalismo. Fue el autor más influyente en la iglesia griega, como Agustín en la latina. Con todo, fue tenido por hereje y, ciertamente, incurrió en varios errores.

Orígenes distinguía tres sentidos en la Escritura: el somático, el psíquico y el espiritual (*De princ.*, IV, 11). Anteponía el sentido espiritual (*pneumático*) al histórico-gramatical (*somático*). Se esforzó por demostrar que Dios es incorpóreo, y que está por encima de todas las cosas (*De princ.*, VI, 64). En cuanto a Celso, filósofo platónico, refutó su *Discurso verdadero*, en el que en el año 178 presentaba a Cristo como mentiroso, decía que sus milagros eran patrañas de sus secuaces y que los ignorantes se convertían por miedo al juicio universal, ya próximo, y al fuego del infierno. Orígenes alude a los milagros que aún hacían los cristianos, por la pureza de sus costumbres. Es su *Contra Celsum*.

En su obra *De los principios*, Orígenes sostiene varios errores: a pesar de que acepta que el Hijo es eterno e igual al Padre (*homoousios*), es subordinacionista, porque el Hijo es intermedio entre lo increado y lo creado (*Comentario a San Juan*, II, 10, 72 y XIII, 151-152). Así, el Hijo es inferior al Padre. Además, el Espíritu Santo proviene del Padre de manera mediata por el Hijo (*diá*), es decir, es inferior a éste; sin embargo, le concede todos los atributos divinos. Esto indica cierta jerarquía entre las Personas Divinas. Designa la naturaleza como *ousía* y la persona como *hypóstasis*, pero a veces las hace equivalentes y eso

vicia todo. Sin embargo, hay otros, como Quasten, que lo eximen del subordinacionismo, alegando que se da más en la expresión que en la idea (t. I, pp. 388-390). Con todo, incluso después de su muerte, fue acusado de esta herejía en el Concilio de Nicea.

En cuanto al mundo, decía que la omnipotencia de Dios hizo que Él se manifestara desde la eternidad. Hubo muchos mundos antes de éste, porque no podía estar inerte (*De princ.*, I, 2, 10), pero no se han repetido cíclicamente, debido a la libertad divina. Así, Dios creó el mundo de los espíritus *ab aeterno*, y el visible en el tiempo, para excluir la eternidad de la materia, ya que el espiritual es eterno y, por lo tanto, anterior a ella (*De princ.*, II, 9, 2). Antes de la creación de este mundo visible, una parte de los espíritus cayó, y entre ellos iban las almas de los hombres, con lo cual sostenía la preexistencia de éstas, como Platón. Incluso la reencarnación, pues esos espíritus deben purificarse. El mundo material es para purificar las almas caídas (*De princ.*, I, 6, 3). La diferencia en la medida de la gracia se da en cada hombre según la gravedad del pecado cometido por su espíritu antes de la creación del mundo material.

Por otra parte, Dios creó el mundo a través de su Verbo o *Logos*, que es la idea de las ideas (*Cont. Cels.*, VI, 64). Jesucristo es Dios y hombre, pero la unión de las dos naturalezas no fue real, sino moral (docetismo). La ciencia de Cristo, durante su paso por la tierra, tuvo un aumento progresivo. En su resurrección, la naturaleza humana se compenetró con la divinidad. Igual que Platón, Orígenes divide el alma en *psyche* y *nous*. Sostiene, además, la *apocatástasis*, según la cual, las almas de los pecadores son llevadas a un purgatorio, y todos, incluidos los demonios, van purificándose paulatinamente, hasta resucitar como cuerpos etéreos (*Cont. Cels.*, IV, 67-68; *De princ.*, I, 6, 1-2;

III, 6, 3-6). Al dotar de materia espiritual a los seres incorpóreos, sostiene un hilemorfismo universal (*De princ.*, II, 2, 2). Dios volverá a ser todo en todos. Pero esa restauración será temporal, y entonces sí se sucederán infinitos mundos, como también ya había dicho Platón. Y, en cuanto a la Eucaristía, Orígenes llega a decir que era cuerpo simbólico de Cristo, pero no parece quedarse en la alegoría, sino que admite la presencia real.

La creación eterna del mundo, la preexistencia de las almas y la apocatástasis provienen de su apego al platonismo. En cambio, habló bien del pecado original, de la confesión privada y de los ángeles custodios. Reconoce el bautismo de niños, por el pecado anterior a la creación. Si el confesor pide al penitente confesión pública, éste debe hacerla. Fue uno de los primeros en llamar a la Virgen “Madre de Dios” (*Theotókos*).

Tuvo un anticipo de la cuestión de la predestinación, pues Dios conoce las acciones futuras, pero sin perturbar la libertad del hombre, pues las conoce en la eternidad. “Conociendo Dios, al iniciar la creación del mundo, que nada se hace sin causa, recorre con su mente cada una de las acciones futuras, viendo que cuando tal ha sido hecha, tal otra se sigue de ella, y así sin termino recorriendo rodando las cosas, sabe las que serán, no siendo en absoluto para cada una de ellas la causa de que sucedan” (*Comentario al Génesis*, 3, 6).

Josep-Ignasi Saranyana ha dicho que Orígenes no sostuvo la preexistencia de las almas, pues sólo la aceptaba dialécticamente en su discusión con Celso, que la tomada de los pitagóricos —en el platonismo medio—, para combatirla; tampoco habría tenido la idea de la apocatástasis, pues decía que no todos habían aceptado la salvación de Cristo cuando éste bajó a los infiernos (el

limbo de los justos) a ofrecerla; ni la de la metempsícosis o transmigración de las almas, pues la asume por dialéctica contra los pitagóricos, pero la declara indigna de ser permitida por Dios; por último, tampoco habría sido subordinacionista cristológico, sino que cuando habla del Hijo como “Dios segundo” deseaba resaltar al Padre como origen, contra Celso, que se burlaba de que el “Dios primero” se cansara creando el mundo y después descansara al acabarlo (Saranyana, pp. 34-44).

Por lo que hace a la espiritualidad, este padre exaltó mucho la oración; y a ella dedicó un escrito. Asimismo, encomió el estudio de la Sagrada Escritura. También habló de la triple vía de la contemplación: purificación, conocimiento y amor (que serán la purgativa, la iluminativa y la unitiva). Esto en su *Comentario al Cantar de los Cantares*, en el que describe el desposorio místico con Cristo. Así recibe los dones y los frutos del Espíritu Santo.

De gran talento, Orígenes siguió a Clemente en el intento de concordar la fe con la filosofía, sobre todo platónica, en un sistema filosófico-teológico. Pero le faltó sentido de la proporción, y conservó demasiadas cosas del platonismo y del gnosticismo. Con su alegorismo, se inclinó excesivamente al equivocismo, y por eso, aunque fue sin querer, cayó en varias herejías, aunque siempre aceptó el fallo de la Iglesia, e influyó mucho en los teólogos posteriores. Se ha visto en su pensamiento demasiada presencia del platonismo, del gnosticismo e incluso de la India (se dice que Panteno viajó hasta allá y pudo llevar doctrinas de ese ámbito a la escuela de Alejandría).

OTROS AFRICANOS

Orígenes hizo que muchos se levantaran contra él y escribieran impugnando sus errores. Así **San Dionisio de Alejandría** (del cual sobresale un *De natura*, contra

los epicúreos, del año 247), **San Gregorio Taumaturgo** (quien trató de defender a Orígenes en un panegírico), **San Metodio** (cuyo *Sobre el libre albedrío* va contra el determinismo de los gnósticos y su principio del mal) y **Adamancio**, que fueron más pastoralistas, aunque el último se batió contra los gnósticos. Pero hubo otros teólogos que no eran de la escuela de Alejandría, que veremos en seguida.

Estos padres usaron el pensamiento para oponerse a filosofías griegas inconvenientes, como la de los epicúreos y también a los gnósticos, siguiendo el camino ya trazado por sus célebres antecesores.

ESCRITORES EN LENGUA LATINA

Estos padres fueron muy célebres, en tiempos difíciles de herejías, y podemos dividirlos en africanos y romanos. Algunos de ellos se apartaron de la ortodoxia.

LOS AFRICANOS

Uno de estos escritores famosos fue Tertuliano, aunque cayó en la herejía montanista, dado su carácter tan rígido; sin embargo, varias de sus obras han sido usadas para la teología dogmática.

*TERTULIANO (H. 160 - POST 220)*¹⁵

Quinto Septimio Florencio Tertuliano fue cartaginés, nacido en 160 de familia pagana. Recibió una educación esmerada. Se dedicó a la jurisprudencia y, hacia el 193, fue converso. Se dice que, aun cuando era casado, recibió la ordenación sacerdotal y se dedicó a defender el cris-

¹⁵G. Calloni Carretti, *Tertuliano. Vita – Opere – Pensiero*, Modena: Tip. Editrice Immacolata Concezione, 1957; J. C. Fredouille, *Tertullien et la conversion de la culture*, Paris: Vrin, 1972.

tianismo. Alrededor del 207, quizá por su carácter agrio, se acercó a la secta montanista (demasiado rígida, que negaba las segundas nupcias y rechazaba a los que pecaban mortalmente), hasta romper con la Iglesia Católica en 213, y llegando a ser jefe de una de esas facciones. Estuvo en Cartago hasta su muerte, después del 220.

Fue gran escritor latino, aunque no tan buen dialéctico. Hizo escritos apologéticos (contra paganos y judíos), dogmático-polémicos y práctico-ascéticos. De entre los primeros sobresalen el *Apologeticus* y el *Ad nationes*, contra los paganos, de 197. De los segundos, el *De praescriptione haereticorum*, o rechazo de sus acusaciones; y el *Adversus Marcionem*, ya montanista, en cuyos primer y segundo libros prueba que Dios creó el mundo; en el tercero, que Cristo no era un eón con cuerpo aparente; en el cuatro y el quinto, ataca a Marción, y le dice que no hay contradicciones entre el Antiguo Testamento y el Nuevo. Otros textos defienden el cristianismo contra alguna gnosis. Por ejemplo, el *Contra Praxeas* ataca el patripasianismo de éste; el *De carne Christi* combate el docetismo de los gnósticos; el *De anima* es un tratado de psicología, quizá el más antiguo del cristianismo: la primera parte (cc. 1-22) es sobre la naturaleza del alma, la segunda (cc. 23-41) sobre su origen, y la tercera (cc. 42-58) sobre su destino después de la muerte. Va contra los gnósticos, pero sostiene que el alma posee cierta corporeidad y adopta el traducianismo. Sus escritos ascéticos versan acerca de la oración, la paciencia, los mártires, la penitencia y la pudicia, etc.

Tertuliano privilegiaba la fe en la tradición, y se oponía a lo que él llamaba la *racionalización de la religión* con el uso de la filosofía (*De praescr.*, 7). Decía que los filósofos paganos habían tomado su sabiduría de la Biblia. De la naturaleza se puede inferir la existencia de un Dios (*De*

resurrectione carnis, 3), y de la carencia de principio de Éste, su perfección (*Adv. Hermogenes*, 28). Da la impresión de que fue influido por los estoicos, y que por eso imagina a Dios corpóreo; sin embargo, tal vez lo ve como espiritual, y sólo es que “cuerpo”, para él, es “substancia” (*Cont. Prax.*, 7). Esto es algo que ya había visto san Agustín en nuestro autor, y así trata de disculparlo. También el alma es corpórea, como un aire resplandeciente; sin embargo, espiritual —por lo mismo de antes— (*De anima*, 7, 9). En cuanto a la Trinidad, acepta una economía divina, es decir, una distribución del ser divino que, sin romper la unidad, forma la trinidad. Así, Dios es *unum*, no *unus*, distinguiendo la substancia (naturaleza) divina de las personas, pues fue quien encontró la fórmula afortunada: *tres personae, una substantia*. Mantiene el subordinacionismo, ya que el Verbo fue primero inmanente y luego proferido (como el *Logos endiáthetos* y el *Logos prophorikós* de los padres orientales); es decir, la generación del Hijo fue gradual. De hecho, el Verbo sólo por la creación salió del Padre en un nacimiento perfecto. Así, el Hijo no es coeterno con Dios, sino como cualidad (Sabiduría) y tampoco es igual a Él, al menos en grado (*Cont. Prax.*, 8-9). El Padre tiene la plenitud de la divinidad, y el Hijo sólo en parte. Sin embargo, el subordinacionismo del Hijo y del Espíritu Santo se percibe menos en la naturaleza que en el origen de ambos. Por otro lado, Tertuliano es el primero en usar la palabra “persona” en sentido técnico (*Cont. Prax.*, 12). Su cristología es mejor, incluso impecable. Sostiene las dos naturalezas (*substantiae*), divina y humana, y señala su unión en una sola persona. De hecho, defiende las dos naturalezas en la misma persona de Cristo diciendo que los milagros prueban su divinidad, y los dolores, su humanidad (*De carne Christi*, 5). Sin embargo, para evitar el docetismo insiste en la realidad de la naturaleza humana de Cristo y, con el fin de hacer ver que el cuerpo de Cristo

era normal y no celestial, recalca el que surgió del seno de la Virgen. Pero por eso niega la virginidad de María *in partu y post partum*. Además, sostiene el traducianismo, según el cual los padres transmiten el alma a sus hijos —y no por creación directa de Dios— con el pecado original (*De anima*, 19, 36 y 37). Y no aconseja el bautismo de niños.

Por otro lado, se conocen sus errores montanistas: a) el milenarismo (*Adv. Marc.*, 3, 24); b) el reino del Espíritu Santo con una tercera revelación, que reforma las dos anteriores y separa los cristianos en espirituales (*pneumatici*) y psíquicos o carnales; c) la obligación de afrontar la persecución, haciendo del heroísmo la ley general; d) el rechazo de las segundas nupcias, en contra de la legislación paulina del matrimonio; e) un rigorismo excesivo en los ayunos y otras prácticas penitenciales; y f) la tesis de los pecados mortales como imperdonables. Ese rigor montanista ha hecho de su espiritualidad algo muy cerrado, alejándose así de la doctrina propia de la Iglesia Católica.

Por su rigidez de temperamento cayó en el univocismo. Por eso, no contento con el montanismo general, fundó otra secta dentro de él, aún más extremista. Por eso rechazó la filosofía pagana, y la filosofía en general, con lo cual se le atribuye el "*Credo quia absurdum*" (que más bien es glosa de una expresión suya en *De carne Christi*, V, 4). Pero cayó en el materialismo estoico, según el cual Dios y los espíritus tienen cierto cuerpo sutil. Quizás pretendía resaltar el carácter substancial y no intelectual de los espíritus, pero provocó el equívoco en muchos.

*SAN CIPRIANO (CA. 200-258)*¹⁶

Cecilio Cipriano Tascio probablemente nació en Cartago, de padres paganos, a principios del siglo III. Fue retórico y, en 246, converso. Recibió la ordenación sacerdotal y, a finales de 248 o principios de 249, se le consagró obispo de esa ciudad. Con la persecución de Decio tuvo que ocultarse, y regresó en 251. Durante 254-256 se enfrentó al papa Esteban, negando que el bautismo dado por herejes fuera válido, mientras que el papa decía que era válido si el bautismo era hecho con recta intención y administración correcta (cosa que aceptará la Iglesia). Pero ese papa murió en 257 y San Cipriano fue decapitado durante la persecución de Valeriano, en las cercanías de su ciudad, en 258.

Los escritos de San Cipriano son más bien de pastoral, tratados y cartas. De entre los primeros, sobresalen el *De la unidad de la Iglesia* y el *De los caídos*, de 251. En el primero combate los cismas de Felicísimo y Novaciano, y dice que la Iglesia de Cartago tiene que sujetarse a la de Roma. Es un antecesor de la famosa frase: “Extra Ecclesiam nulla salus”, bajo otra forma: “Salus extra ecclesia non est” (*Epístola* 72). En el segundo tratado deplora la apostasía por miedo al martirio, y a los que han caído les pide confesión y mucha penitencia. Tiene, además, otros tratados ascéticos y varias cartas. Rechaza el bautismo de los herejes; insiste en que la eucaristía no se centra en las oraciones del sacerdote o en las especies del pan y del vino, sino en el mismo Jesucristo. Sostiene que los mártires van directamente al cielo y los demás, después de la muerte, tienen que esperar a ser perdonados, pasando por un purgatorio.

¹⁶B. Melin, *Studies in Corpus Cyprianicum*, Uppsala: Commentatio Academica, 1946.

Manifiesta un cierto univocismo, por su rigorismo, el cual le hace privilegiar a los mártires muy por encima del común de los cristianos, después de la muerte.

ARNOBIO (H.260-H.327)

Fue originario de Sicca, en Numidia. Se convirtió al cristianismo por un sueño y, como el obispo dudara de la autenticidad de su fe, para mostrarla escribió un *Contra los paganos (Adversus nationes)*, donde, en los dos primeros libros, defiende a los cristianos de la acusación de causar las calamidades del imperio, pues dice que prefieren la paz a la guerra. En los cinco libros restantes ataca la mitología y los cultos paganos. Sin embargo, no comprende bien los dogmas. Para él, la creencia en Dios es innata. El Padre es el Dios principal; y parece sostener que abajo de Él hay otras deidades inferiores (las paganas, cuya inexistencia no es evidente) y que Cristo es una de ellas. Las almas humanas no vienen de Dios, sino de otro ser inferior a Él, pero elevado; y, al igual que otros padres, dice que el alma no es inmortal por naturaleza, sino por gracia del Dios cristiano (razón por la que él se había convertido a esta religión).

Participa del univocismo que hemos venido captando en Tertuliano. Incluso se dice que continuó el materialismo de éste, al considerar el alma como de suyo percedera.

*LACTANCIO (H.250-H.325)*¹⁷

Arnobio tuvo como discípulo a Lucio Cecilio Firmiano Lactancio, africano de Nubia (nacido h. 250). Se distinguió como retórico y Diocleciano lo puso de profesor en Nicomedia de Bitinia, entre 290 y 300. Allí pudo ser

¹⁷M. Spanneut, *Tertulien et les premiers moralistes africains*, Gombloux: Éditions J. Duculot, 1969.

maestro de Constantino el Grande, o al menos lo conoció. Se convirtió hacia el 303, porque fue cuando renunció a su cátedra y durante la persecución de Diocleciano vivió pobremente en Nicomedia. Hacia el 314 o 315, Constantino lo invitó a ser profesor de su hijo Crispo en Tréveris, en las Galias. No se conocen los últimos años de su vida, pero debió morir hacia el 325.

Tiene un latín muy elegante, en seguimiento de Tulio (de hecho, se le llegó a llamar “el Cicerón cristiano”). Su obra principal son las *Instituciones divinas*, en siete libros. Además de una apología del cristianismo, hace una exposición de la doctrina, la más antigua de Occidente, aunque deficiente. En los dos primeros libros ataca el paganismo y defiende el monoteísmo; en el tercero señala las contradicciones de los filósofos paganos; en el cuarto habla de Cristo como revelador de la sabiduría celestial; en el quinto y el sexto centra la perfección cristiana en la adoración de Dios; y el séptimo habla de los novísimos. Después hizo un epítome de esa obra. En su *De officio Dei* habla de que Dios creó al hombre y alude a la belleza y proporción del organismo, así como a la excelencia de la razón. También escribe sobre la ira de Dios (contra los epicúreos, que decían que no podía enojarse), sobre las terribles muertes de los perseguidores, y un poema sobre el ave fénix. Es binitario, no trinitario, pues no acepta al Espíritu Santo como distinto del Hijo, sino que habla de un tercer ser engendrado por Dios, pero que, celoso del Hijo, pecó y fue el diablo —con lo cual tiene un algo de maniqueísmo— (*Inst.*, II, 8). También es quiliasta (*Inst.*, VII, 14 y 24-26).

Hereda el univocismo de Tertuliano y Arnobio, por lo que resalta la ira de Dios, por indignación ante la maldad humana. Por eso también negó al Espíritu Santo y colocó, en lugar suyo, a un ser malo, de sabor maniqueo. También

de ahí viene el que haya interpretado literalmente lo de la vuelta de Jesucristo y haya sido quiliasta o milenarista. Se ve, con ello, la falta que hace una hermenéutica analógica para edificar convenientemente la teología católica.

LOS ROMANOS

En esta época, Roma no tuvo tanto esplendor como las iglesias orientales, pero hubo teólogos que sobresalieron en ella, como San Hipólito y Novaciano, además de algunos otros, de los que trataremos a continuación.

*SAN HIPÓLITO DE ROMA (C.170-235)*¹⁸

Nació entre 170 y 175. Fue discípulo de San Ireneo. Lo ordenó presbítero el papa Víctor en Roma. Luego fue obispo. Se opuso al papa Calixto, al que acusaba de monarquiano (Dios es sólo uno, no trino), mientras que éste lo acusaba de bi-deísmo. Sin embargo, San Hipólito cayó en el subordinacionismo (era común en su época). Además, se constituyó como antipapa. Fue desterrado junto con el papa Ponciano a Cerdeña. Murió allí (según algunos, como mártir), entre 235 y 236. Antes o durante su destierro se reconcilió con la Iglesia, y por eso fue sepultado en Roma. Orígenes fue su oyente cuando estuvo en Roma.

La obra principal de Hipólito es la *Refutación de todas las herejías*, en diez libros, el primero de los cuales era conocido como *Philosophumena*, por ser un compendio de filosofía. En esa obra dice que los herejes han sacado su doctrina no de la revelación, sino de la filosofía pagana. El libro primero resume dicha filosofía; los libros segundo, tercero y cuarto versan sobre mitología, la magia y los misterios; del quinto al noveno expone las herejías, en

¹⁸A. Zani, *La cristologia di Ippolito*, Brescia: Queriniana, 1984.

número de 33, pero sobre todo gnósticas; en el libro décimo se resume lo anterior y se declara la fe del autor. También escribió *Tradición apostólica*. Tiene comentarios exegéticos, por ejemplo a Daniel y al Cantar. En su obra *De Cristo y el Anticristo* es quiliasta. Además, cayó en cierto subordinacionismo, pues sostenía que el *Logos* no procedía del Padre como persona, sino más tarde, cuando éste lo quiso (*Contra Noetum*, 10-11 y 15). En cuanto a la penitencia, es rigorista.

Se resiente de univocismo, lo cual le hace admitir cierto subordinacionismo, al tomar literalmente ciertas expresiones del Evangelio, en las que se veía a Cristo como inferior a su Padre. Eso mismo lo hizo interpretar al pie de la letra la vuelta de Jesús en el milenio y fue quiliasta.

NOVACIANO

Casi no se poseen datos suyos. Natural de Roma, recibió el bautismo por una enfermedad grave, pero no fue confirmado. Por eso clero y pueblo se opusieron a que fuera ordenado por Fabiano. Estuvo como ermitaño hasta la persecución de Decio. Fue entonces, en 250, cuando lideró a los cristianos y ya era un miembro reconocido del clero romano en 251, cuando escribió dos cartas a San Cipriano apoyándolo en no recibir a los *lapsi* (o caídos en la idolatría, por miedo al martirio), de manera muy rigorista. Como no fue elegido papa, sino San Cornelio, que era de la misma opinión que Cipriano, Novaciano se erigió en antipapa, igual que San Hipólito, pero su secta duró hasta el siglo VI. No se sabe nada seguro sobre su muerte, aunque se dice que murió mártir en la persecución de Valeriano. Escribió esas cartas, un *De Trinitate*, en el que sostiene el subordinacionismo, ya que hace al Hijo inferior al Padre y al Espíritu Santo inferior al Hijo (*De Trin.*, 18), y un tratado sobre la comida judía, en el que

dice que los cristianos no están obligados a seguir los preceptos alimenticios de la ley de Moisés, sino que les basta con abstenerse de comer lo inmolado a los ídolos.

Padece del univocismo de los anteriores, lo cual le lleva a señalar subordinación del Hijo con respecto al Padre. Lo mismo le hizo rechazar a los que evitaron el martirio. Por eso fue antipapa y fundó su propia secta.

De ese tiempo (ca. 200) es la lista de escritos canónicos del Nuevo Testamento del llamado **Códice Muratori**. Por otro lado, se cree que **Comodiano** habría nacido en África o en Gaza de Palestina. Educado en el paganismo, se convirtió por leer la Escritura. Fue poeta cristiano, aunque de poca inspiración. Escribió *Instrucciones*, con 80 poemas acrósticos, y *Carmen apologeticum*. Como teólogo, fue patripasiano; además, fue quiliasta. Murió durante la persecución de Diocleciano (303-311). Por su parte, **San Victorino de Petavio** (actualmente Petau, Austria), obispo de esa ciudad, fue el exégeta más antiguo de la Iglesia latina. Al parecer, nació en Grecia, y murió mártir también en la persecución de Diocleciano. Escribió comentarios a las Escrituras, de los que se conserva poco, y de tono quiliasta (un comentario al *Apocalipsis*). **San Reticio de Autún** escribió contra Novaciano y comentó el *Cantar de los cantares*. Además, de este tiempo datan varias actas de martirios.

Nótese el espíritu unívoco en el que se da esta teología, la cual adolece de ciertas desviaciones, como el quilianismo, que fue muy extendido, así como el subordinacionismo y el patripasianismo, todo ello por la lectura literalista de la Escritura.

Tales fueron los comienzos de la teología cristiana, brillantes pero arriesgados. Había restos de herejías aun en los padres más sabios y santos. Es decir, todavía se

encontraban muchas cosas que había que limpiar y que pulir, para que fuera desarrollándose la dogmática de la Iglesia, con más seguridad. De hecho, encontraría épocas de mayor esplendor.

Las desviaciones se debieron al univocismo de la lectura literalista, así como en otros se debió al exceso del alegorismo. Esos tiempos de esplendor que vendrán se deberán al uso de la analogía, superando la univocidad y la equivocidad en la exégesis. Serán tiempos en los que se irá afianzando una hermenéutica analógica, la más apropiada para la teología.

TERCER PERÍODO. LA EDAD DE ORO DE LA LITERATURA PATRÍSTICA (SS. IV-V)

GENERALIDADES

Esta etapa puede situarse de 325 a 461. El edicto de Milán, de Constantino, secundado por Licinio, garantizaba la tolerancia a la Iglesia. Al final, Constantino manifestó su predilección por el cristianismo y Teodosio lo privilegió. Licinio y Juliano quisieron restablecer el paganismo, pero sin éxito (el primero, por haber sido vencido por Constantino, y el segundo, por haber muerto en la guerra contra los persas, en 363, después de un reinado de veinte meses). Se construyeron grandes templos y se establecieron misiones. Pero esa bonanza trajo consigo relajación y, en teología, demasiadas luchas doctrinales. Sin embargo, muchos talentos participaron en esas polémicas, y con ello se desarrolló grandemente la ciencia teológica.

La escuela de Alejandría conoció un renacimiento, con su exégesis alegórica, en San Atanasio, los capadocios y Dídimos el ciego. Floreció la escuela de Antioquía, literalista en la interpretación bíblica, fundada por Luciano, maestro de Arrio, con Diodoro de Tarso, Juan Crisóstomo, Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro, que fueron monjes o sacerdotes de esa ciudad.

HEREJÍAS DE ESTE TIEMPO

Las herejías que se tuvieron que combatir en el siglo IV fueron varias. La principal fue el arrianismo. Los arrianos, con su líder Arrio (Libia, 250/6 - Constantinopla, 336), negaban la divinidad del Verbo y, así, se quedaban sin Trinidad, sin encarnación ni redención. Los pneumatómacos negaban la divinidad del Espíritu Santo, y también anulaban la Trinidad. Fue un desarrollo del

arrianismo, pero más bien se les llamó Macedonianos, Maratonienses y Tropicistas. Los sabelianos, seguidores de Sabelio, eran modalistas y fueron llamados fotinianos, pues combinando ese error con el adopcionismo, lo defendió Fotino de Sirmium. Los apolinaristas, secuaces de Apolinar de Laodicea, defendían la divinidad de Cristo, pero al precio de negar su humanidad, diciendo que era incompleta, pues comprendía el cuerpo y el alma sensible, pero no el alma espiritual, que era sustituida por el Verbo o *Logos*. Los nestorianos, seguidores de Nestorio (Siria, c.386 – Tebaida, Egipto, c.451), negaban la unidad personal de Cristo; le asignaban dos personas, la divina y la humana. Los pelagianos, seguidores de Pelagio, defendían una suerte de omnipotencia de la voluntad humana en lo moral, por lo que negaban la existencia de la gracia o, por lo menos, su necesidad para hacer el bien y evitar el mal. Continuaban los origenistas, los estrictos, pues en la Escuela de Alejandría se dio un origenismo en sentido lato, con un alegorismo aceptable por moderado. También seguían los maniqueos. Y estaban los donatistas, de Donato de Cartago, que sólo admitía en la Iglesia a los justos y decía que los sacramentos únicamente eran válidos si el ministro tenía santidad. Una secta no muy clara fue la de Prisciliano, un español.

Escritores en lengua griega.

HISTORIADORES

Algunos historiadores sirvieron a la Iglesia y a la teología haciendo el registro de los datos de muchos personajes. El principal fue Eusebio, pero otros dieron continuidad a su obra.

*EUSEBIO DE CESAREA (260/264-340)*¹⁹

Fue el gran historiador, pero como teólogo incurrió en varios errores. Nació en esa ciudad de Palestina y se educó en la escuela que allí había dejado Orígenes. Después del martirio de su maestro Pánfilo, huyó a Tiro y luego a Egipto, en la Tebaida. Al terminar la persecución, en 313, fue hecho obispo de Cesarea. Lo apreció Constantino (del cual fue asesor), sobre todo por su tolerancia, ya que incluso acogió a Arrio cuando éste fue excomulgado en Alejandría. Además, apoyó las doctrinas de dicho heresiarca. Cuando el concilio de Nicea estableció el *homoousios* (el Hijo como consubstancial al Padre), lo aceptó de mala gana, por pensar que tenía resabios sabelianos y no distinguía suficientemente entre el Padre y el Hijo. Pero, a partir de entonces no se puso al lado de Arrio, y con ello no se dudó ya de su ortodoxia. Pronunció un discurso en el templo de Jerusalén, reedificado por Constantino y dedicado a la resurrección de Jesús. Falleció en 340.

Eusebio escribió una *Crónica* y una *Historia eclesiástica*. En la primera trata la historia de los pueblos antiguos y añade tablas sincrónicas de los principales hechos de la historia hebrea, la cristiana, la griega, la romana y la oriental, desde Abraham hasta el año 325 después de Cristo. La segunda obra va desde la fundación de la Iglesia hasta la victoria de Constantino sobre Licinio, en 324. Escribió, además, comentarios a la Biblia, y algunas obras apologéticas, como la *Preparación evangélica*, la *Demostración evangélica* y *De la teología eclesiástica*.

¹⁹D. S. Wallace-Hadrill, *Eusebius of Caesarea*, London: A. R. Mowbray, 1960.

En esta última obra habla sobre la Trinidad, en sentido origenista. Ve al Hijo como semejante al Padre, no igual (suscribió el credo de Nicea sólo por complacer al emperador). Nunca aceptó completamente el *homoousios*, y tenía a San Atanasio por sabeliano. Además, no captó la importancia de combatir el arrianismo. Con algunos padres primitivos, sostuvo que el Padre era el Dios supremo no engendrado, y que el Hijo no procedía de la esencia del Padre, sino de su voluntad, y que solamente lo representaba exteriormente. Del Espíritu Santo decía que fue creado por el Padre, y que era uno de los santos. En cambio, en cuanto a la eucaristía, acertadamente dice que su objeto es el cuerpo de Cristo. Rechaza el culto a las imágenes, incluso a la de Cristo. Hubo algunos continuadores de la historia de Eusebio y fueron los siguientes.

EUSEBIO

Al igual que Arrio, Eusebio se dejó llevar por el univocismo, y tomó al pie de la letra expresiones evangélicas que parecían indicar la inferioridad del Hijo con respecto al Padre. Por eso defendió a Arrio y aceptó de mala gana la declaración de la igualdad del Padre y del Hijo. Pero se ve ese subordinacionismo en su declaración de que el Espíritu Santo era creatura y uno de los santos.

TIRANIO RUFINO DE AQUILEYA (H.345-411/412)

Rufino nació en Concordia, hacia 345. Estudió en Roma, entre 358 y 368, siendo compañero de San Jerónimo. Regresó a Aquileya, donde se unió a unos monjes y recibió el bautismo. Luego se fue a Egipto, al monacato, y en Alejandría recibió clases de Dídimo el Ciego, con lo que conoció la teología origenista. Fundó un monasterio junto al Monte de los Olivos. Fue ordenado sacerdote entre 390 y 394. Defendió a Orígenes, contra San Jerónimo, pero luego se reconcilió con este último. Volvió a Roma

en 397 y siguió defendiendo el origenismo. Tradujo textos de Orígenes y defensas que se le hicieron. Se fue de nuevo a Aquileya, y escribió a favor de Orígenes y contra San Jerónimo. Siguió traduciendo al latín a Orígenes y, además, la *Historia* de Eusebio, a la que le añadió dos libros, hasta el 395. Cuando los godos invadían Italia, huyó a Roma (403), luego al monasterio de Pietum, junto al Mar Tirreno (408) y, después de la conquista de Roma en 410, se fue a Sicilia y murió en Mesina entre el 411 y el 412.

Rufino se vio tentado, más bien, por el equivocismo, propio de la exégesis alegórica de Orígenes, por eso lo sedujo este autor, y lo defendió en sus escritos.

Otros continuadores de dicha historia eusebiana fueron los siguientes. **Filostorgio de Capadocia**, que lo hizo con un sesgo arriano, pero quedan pocos fragmentos. **Sócrates de Constantinopla** llegó hasta el 439; ponderado en sus juicios y crítico con las fuentes, la mejor continuación. **Sozomeno de Constantinopla**, un tanto milagrero y dado a las vidas de monjes. **Teodoreto de Ciro**, cuya historia es todavía más legendaria. **Sulpicio Severo**, de Aquitania; enviudó y por consejo de San Martín de Tours dejó la abogacía y se fue a la soledad, pero es probable que se haya ordenado sacerdote, muriendo en 420. Escribió una *Crónica*, desde la creación del mundo hasta el año 400 d.C. De poco valor, es buena para los últimos decenios que narra, pues fue testigo, sobre todo de la historia del priscilianismo. También dejó una *Vida de San Martín*.

Los grandes teólogos de la Iglesia oriental

Les tocaron las grandes disputas, tanto sobre la Trinidad como sobre la Encarnación, ya que estaban íntimamente interconectadas. Llevaron su saber a las declaraciones de importantes concilios y sínodos.

*SAN ATANASIO EL GRANDE (C.300-373)*²⁰

Este doctor de la Iglesia nació en Alejandría, de una familia no cristiana. Lo bautizó el obispo San Alejandro y lo hizo diácono (318/319). Con él asistió al concilio de Nicea (325), donde se distinguió por su fuerza dialéctica contra los arrianos. Muerto su obispo en 328, lo sucedió en esa misma ciudad casi cincuenta años. Defendió la fe contra el arrianismo y, acusado falsamente por esos herejes, fue condenado por el sínodo de Tiro (335) y desterrado por Constantino a Tréveris. Fue exiliado varias veces, y se refugió con los monjes en el desierto de Egipto. Después de 337, por la amnistía que le concedía Constantino II, pudo volver a su sede. Pero, en 339 fue expulsado y se marchó a Roma. Regresó a su obispado en 346, con la ayuda del emperador Constante. Sufrió otras condenaciones como hereje, en los sínodos de Arlés (353) y de Milán (355). Atanasio se refugió con los monjes. En 362 pudo retornar a su ciudad, pero el emperador Juliano el Apóstata lo desterró. El emperador Joviano lo hizo regresar a su sede, pero el emperador Valente, arriano de cuño homoioano, lo exilió en 365; sin embargo, en 366 el mismo emperador lo hizo volver. Vivió en paz los siete años que le quedaban, con la amistad de San Basilio, estando en su sede hasta su muerte, en 373.

De joven, Atanasio escribió dos apologías: *Oratio contra gentes* y *De incarnatione Verbi*, que se editan como una, con el nombre de *Contra gentes*. Van contra paganos y judíos. Pero su obra principal son cuatro *Orationes contra arianos*, escritas del 356 al 362 en el desierto. En la primera trata del origen y de la identidad consubstancial del Hijo con el Padre; en la segunda y la tercera aduce textos bíblicos;

²⁰D. M. Gwynn, *Athanasius of Alexandria*, Oxford: Oxford University Press, 2012.

y en la cuarta establece la diferencia personal entre el Padre y el Hijo. En cartas a Serapión defiende la divinidad del Espíritu Santo. Su epístola a Epicteto defiende el dogma de la encarnación contra las falsas interpretaciones de los herejes. Se le adjudica el *Símbolo Atanasiano*, credo que contiene con claridad la doctrina de la Trinidad, pero no puede ser obra suya, pues se refiere al nestorianismo. Escribió algunas apologías históricas, para narrar lo que le hicieron los arrianos. Dejó comentarios exegéticos y cartas.

San Atanasio fue el campeón de la ortodoxia, defendiendo la fe como tradición de la Iglesia (en contra del racionalismo helenístico), sobre todo la del concilio de Nicea. Así, en cuanto a la Trinidad, evita todo subordinacionismo y considera iguales en substancia a las tres Divinas Personas. El Hijo es Dios, y procede del Padre desde la eternidad. El Espíritu Santo es Dios, y procede del Padre y del Hijo (es decir, por medio de Él). Asimismo, nuestro santo fue grande en cristología, porque defendió contra los arrianos y semiarrianos la consubstancialidad del Hijo con el Padre (era *homoousios*, no *homoiousios*) y explicó mejor que ninguno de los anteriores, la naturaleza y la generación del *Logos*, como coeterno con el Padre. El que el Hijo fuera consubstancial al Padre fue lo que hizo eficaz la redención. Cristo es Dios y hombre y es una persona, con ambas naturalezas. Así, el *Logos* sufrió, aunque mediatamente. En Cristo hay dos voluntades. Y puede adorarse en su naturaleza humana. Sin embargo, algunos lo han acusado de que dio poca importancia al alma de Cristo (Quasten, t. II, pp. 76-77). Por otro lado, atendiendo a esa divinidad de Jesucristo, la Virgen María es madre de Dios. En cuanto al ser humano, y siguiendo a Platón, demuestra la inmortalidad del alma porque se mueve a sí misma. Rechaza el bautismo de los arrianos, porque no lo hacen en nombre de la Trinidad verdadera.

La espiritualidad de este santo es muy elevada. A pesar de ser obispo, promovió mucho el monacato del desierto, inspirado en San Antonio Abad. Señala como algo principal la *deificación* en Jesucristo, por la unión íntima con Él; y por Él se va al Padre y al Espíritu Santo. Esta unión mística es fruto del ascetismo, que realiza la purificación del espíritu.

San Atanasio fue grande por su sentido de la analogía. Así evitó el univocismo de Arrio en la interpretación de las Escrituras, y combatió el subordinacionismo de éste y defendió la igualdad del Hijo con el Padre. Así fue el defensor de la ortodoxia católica, sancionada por el concilio Niceno.

SAN CIRILO DE JERUSALÉN (C.313-386)²¹

Este doctor de la Iglesia nació en Palestina y estudió en Jerusalén. En 325 era diácono y en 345, sacerdote. En 347 dio varias catequesis, que reunió en libro. Luego, en 348, fue nombrado obispo de Jerusalén. Pero Acacio, que era homoioano, lo destituyó en 358. Sin embargo, el Concilio de Seleucia, de 359, hizo caer a Acacio y Cirilo pudo regresar a Jerusalén. En ese Concilio de Seleucia Cirilo apoyó a la mayoría homoiousiana (es decir, creían que Cristo no era igual, sino semejante, al Padre), para adoptar una postura intermedia y conciliadora. Sin embargo, en sus catequesis combatió a los arrianos, que lo atacaron mucho y lograron que lo depusieran. Pudo regresar a su sede en 361, porque el emperador Juliano lo permitió. Pero el emperador Valente lo desterró de nuevo, y así estuvo cinco años. Muerto Valente, volvió a su sede en 378 y asistió al Segundo Concilio General de Constantinopla (381), en el que confesó la *homoousía*. Murió en el año 387.

²¹A. Paulin, *Saint Cyrille de Jérusalem catéchète*, Paris: Cerf, 1959.

Sus 23 *Catequesis* contienen la doctrina completa, pues tratan de la gracia que se recibe en el bautismo, del pecado, la penitencia, la fe, y los sacramentos. Aunque estuvo dudoso de la *homoousía* del Hijo con el Padre (y primero había adoptado la *homoiousía*), la proclamó en el mencionado concilio constantinopolitano. Es muy claro en sostener la presencia real de Cristo en la Eucaristía y la transubstanciación.

Su sensibilidad lo ayudó a superar la idea de que el Hijo era semejante al Padre y a defender su igualdad, como lo ratificó el segundo concilio de Constantinopla.

LOS CAPADOCIOS

Entre los padres posteriores que escribieron en griego sobresalen San Basilio, San Gregorio de Nacianzo y San Gregorio de Nisa llamados padres *capadocios*, por la región donde actuaron, la Capadocia, en la que recibieron la influencia de la escuela alejandrina y aprendieron a usar la filosofía helenística.

*SAN BASILIO EL GRANDE (329/330-379)*²²

Este doctor de la Iglesia es el primero de los padres capadocios, junto con su hermano San Gregorio de Nisa y su amigo San Gregorio Nacianceno. Nació en Cesarea de Capadocia, en 329/330. Su padre era retórico y miembros de su familia fueron santos (su abuela, su madre, sus hermanos Gregorio, Pedro y Macrina). Su abuela Santa Macrina era seguidora de San Gregorio Taumaturgo, y ella lo inició en la escuela alejandrina, en las enseñanzas de Orígenes. Estudió retórica en Cesarea, Constantinopla y Atenas. En la primera ciudad conoció al Nacianceno, durante los estudios, y también en Atenas. En la

²²J. Rivière, *San Basilio*, Madrid: M. Aguilar, s.f.

segunda fue alumno del retórico Libanio. En la tercera frecuentó la Academia y conoció al emperador Juliano. Volvió a su tierra hacia el 356, y enseñó retórica durante un tiempo, pero se fue al desierto. Recibió el bautismo e hizo vida monástica. Con el de Nacianzo compuso la *Filocalia* (antología de textos de Orígenes), y además ambos organizaron el monacato. Basilio se ordenó sacerdote y, tras haber participado en un sínodo de Constantinopla en 359/360, se disgustó con el obispo Eusebio de Cesarea y regresó al yermo. Basilio era homoousiano, fiel al Concilio Niceno, y contrario a la idea homoioana del emperador Valente. El 370 fue hecho obispo de Cesarea, en sustitución de Eusebio. Allí reformó las costumbres de la Iglesia y combatió el arrianismo. También pugñó por la unión con Roma, sobre todo cuestionando el cisma antioqueño. Agotado por el ascetismo, murió el 379, antes de cumplir cincuenta años.

Escrito dogmático de Basilio es el *Contra Eunomium*, en cinco libros (los dos últimos son de Dídimo). Eunomio era un obispo arriano. Contra él defiende la consubstancialidad del Hijo con el Padre y también la del Espíritu Santo. Escribió, asimismo, un opúsculo sobre el Paráclito. Textos exegéticos son sus quince *Homilías sobre el Hexaemeron*, en las que habla de la belleza de la creación, y quince homilías sobre los salmos. Además, otras veinticuatro homilías. Tiene también algunos tratados ascéticos y muchas cartas. Algunos han acusado a Basilio de ser semi-arriano, o que había sostenido que el Hijo no era idéntico (*homoousios*) al Padre, sino semejante (*homoiousios*), pero eso no es verdad, como se ve por su *Carta* 210, 5, según atestigua Quasten (t. II, p. 254).

En sus *Homilías sobre el Hexaemeron*, San Basilio manifiesta un buen conocimiento de las doctrinas filosóficas —platónica, aristotélica y estoica, sobre todo la de Posidonio de Apamea—, pero las usa con cierto desorden y hasta

desdén. Lo que le preocupa es la integridad del dogma religioso y el seguimiento de la tradición eclesiástica. Podemos conocer a Dios a partir de sus obras (contra Eunomio). Pero sólo alcanzamos a tener de Él un conocimiento negativo, aun a partir de las creaturas (*Hom. in Hexaem.*, 6). Ni siquiera en la otra vida podremos comprenderlo, porque es infinito. Igualmente, de Cristo sólo tenemos un conocimiento negativo. En la Trinidad admitía una esencia (*ousía*) con tres personas (*hipóstaseis*). Hay tres propiedades o relaciones: paternidad, filiación y santificación. Defiende la divinidad del Espíritu Santo, el cual procede del Padre por medio del Hijo (*Cont. Eunom.*, II, 34 y III, 1). Aunque a veces parece dar a la Eucaristía un valor simbólico, también le da un valor real.

El mundo ha sido creado libremente por Dios y, por consiguiente —en contra de Aristóteles y de Orígenes—, tuvo un comienzo. No hubo materia preexistente, sino que ella misma fue creada de la nada por Dios, igual que las cosas espirituales. Dios hace distintas clases de materia, de acuerdo con el grado de perfección de las cosas. En ella imprime las diversas formas ejemplares, que encuentran allí su concreción. El mal no proviene de Dios, sino que tiene su origen en la libre voluntad de la creatura.

La espiritualidad de este santo se orienta hacia el monacato. Su regla sirvió para la organización de grandes centros monacales. Privilegiaba la obediencia, es decir, la sumisión del espíritu más que las mortificaciones del cuerpo. Fue más suave que otras reglas, pero no dejaba de ser austera; por ese equilibrio fue tan seguida entre los monjes.

San Basilio acepta el conocimiento analógico de Dios, aunque se inclina a la teología negativa, por considerar

que no sólo a partir de las creaturas no alcanzamos a conocerlo apropiadamente, sino que no lo haremos ni siquiera en la otra vida. Pero, a pesar de todo, concedió que podemos garantizar la consubstancialidad de las tres divinas personas.

*SAN GREGORIO NACIANCENO (326-390)*²³

También doctor de la Iglesia, San Gregorio nació en la finca de Arianzo o en la ciudad de Nacianzo (en Capadocia), donde su padre era obispo. En la escuela superior de Cesarea conoció a San Basilio, del que fue gran amigo, también coincidieron en Atenas. En la Academia de esa ciudad conoció asimismo al futuro emperador Juliano el Apóstata. En 356 regresó a su patria y se dedicó a la enseñanza de la retórica; pero, invitado por San Basilio, se fue al desierto, en el monasterio de Annisi, donde ambos compilaron la *Filocalia*, antología de textos de Orígenes. Recibió el bautismo y fue ordenado sacerdote por su propio padre, en 361, para que lo ayudara. Pero prefirió las labores intelectuales. San Basilio lo consagró obispo de Sásima, pero se rehusó a tomar posesión y siguió ayudando a su padre hasta la muerte de éste. Entonces se fue a Seleucia, y en 378 fue hecho obispo de Constantinopla; sin embargo, como la mayoría era arriana, tuvo que residir en una casa particular, que sería la iglesia Anastasia (de la Resurrección). Allí pronunció, en 380, *Cinco discursos sobre la divinidad del Logos*, tan excelentes, que la valieron el apelativo de “El Teólogo”. San Jerónimo estuvo entre los que lo escucharon. El emperador Teodosio lo protegió y Gregorio entró triunfante a Constantinopla. El concilio de esa ciudad lo puso, a la muerte de Melecio,

²³J. Plaigneux, *Saint Grégoire de Nazianze théologien*, Paris: Éditions Franciscaines, 1952; P. Gallay, *Grégoire de Nazianze*, Paris: Les Éditions Ouvrières, 1959.

como presidente. Sin embargo, fue duramente atacado, a tal punto que dimitió y regresó a Nacianzo, donde fue obispo, hasta que lo sucedió, en 383, su primo Eulalio. Entonces se retiró a su finca de Arianzo y, tras penosa enfermedad, murió, hacia el 390.

El Nacianceno escribió cartas y poemas, así como 45 *Discursos teológicos*, entre los que se destacan cinco (del 27 al 31), en los que usa la filosofía contra los paganos y contra los herejes arrianos, eunomianos y macedonianos. En el primero de ellos señala, contra los eunomianos, las condiciones para hablar de Dios. En el segundo, dice que la razón puede llegar a probar la existencia de Dios, a partir del orden cósmico, e incluso conocer los atributos negativos de Dios, como la inmaterialidad, la simplicidad, la infinitud y la inmutabilidad, porque es incompreensible (contra Eunomio, en *Or. XXVIII*, 5). En el tercero defiende la doctrina de la Iglesia sobre la Trinidad (diversidad de las tres personas con igualdad de esencia, la consubstancialidad del Hijo con el Padre, la divinidad del Espíritu Santo, la circumincesión o compenetración entre las divinas personas, *Or. XXIX*, 2) y sobre la cristología (la unidad personal de Cristo con las dos naturalezas). En el cuarto responde a los arrianos, y en el quinto a los pneumatómacos.

Además de sostener la doctrina ortodoxa en cuanto a la Trinidad, resalta la importancia de las relaciones entre las Divinas Personas, a las que corresponden sus propiedades o nociones. En la cristología, recalca el que Cristo tuvo alma humana, y defiende la presencia real de Cristo en la eucaristía. Sostiene que la Virgen es madre de Dios (*theotókos*). Por otra parte, explica al hombre con la tripartición de Orígenes: cuerpo, alma e intelecto; pero dice que el intelecto no es algo distinto del alma, sino una potencia suya.

El Nacianceno fue consumado teólogo por su uso de la analogicidad, la cual le permitió ver que el atributo más propio de Dios es el del ser, de acuerdo a lo que Él reveló al decir “Yo soy el que soy” (*Discursos teológicos*, 4, 18). Asimismo, lo llevó a sostener una adecuada formulación de la doctrina de la Trinidad y atacar a las varias herejías de su tiempo. Lo mismo en el punto de la encarnación del Hijo de Dios en Jesucristo, y en la apreciación de la maternidad de María.

*SAN GREGORIO DE NISA (335/340 – H. 394)*²⁴

Gran filósofo, teólogo y místico, San Gregorio era hermano menor de San Basilio y también amigo del Nacianceno. Nació en Cesarea de Capadocia y, aunque no fue a las grandes escuelas a las que acudió su hermano, se ve que recibió buena educación. Primero fue retórico, luego se retiró al desierto, con su madre y su hermana, y después su hermano lo consagró obispo de Nisa. Fue el más profundo de los capadocios, incluso el más filosófico. En 370 destacó en el sínodo de Antioquía. El 376 fue acusado por los homoianos de malversación de fondos y fue desterrado. A la muerte del emperador Valente, en 378, pudo regresar a su sede. Participó en los concilios de Constantinopla de 381, 382, 383 y 394, y a partir de entonces no se sabe más de su vida.

Escribió *Gran catequesis*, *Contra Eunomio*, *Del alma y la resurrección* y *De la formación del hombre* (el célebre *De hominis opificio*). En la primera de esas obras aborda el tema de las relaciones entre fe y razón; esta última sirve a la primera de apoyo y ornato. La razón puede llegar al

²⁴J. Daniélou, *Grégoire de Nysse et son milieu*, Paris: Institut Catholique de Paris, s.f.; *L'être et le temps chez Grégoire de Nysse*, Leiden: Brill, 1970; L. F. Mateo-Seco, *Estudios sobre la cristología de San Gregorio de Nisa*, Pamplona: Eunsa, 1978.

conocimiento de la existencia de Dios y de sus atributos, y también a sistematizar el contenido de la Revelación. La esencia de Dios es el ser, por lo cual trasciende toda categoría y ante Él la creatura sólo es nada. Se inclina mucho hacia la teología negativa. Por lo demás, sostiene la doctrina católica de la Trinidad: la distinción entre las Personas depende de sus relaciones; *ad extra* actúa toda ella; *ad intra* es diferente, pues las relaciones son distintas: de Padre, de Hijo y de Espíritu Santo. El Hijo procede del Padre y el Espíritu Santo de los dos. Asimismo, Dios creó el universo mediante su *Logos*, por ello es inteligible, incluso lo es la materia. En el *Logos* están las Ideas, como en un platonismo cristiano. El mundo sensible resulta de la síntesis entre materia y principios espirituales (Ideas), como fuerzas activas y actos o perfecciones de la materia misma.

En el escrito contra Eunomio, además de defender a su hermano de las calumnias de ese hereje, sostiene la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo. En otro contra Apolinar sostiene que el *Logos* no ocupó en Cristo el lugar del *Nous*. Las dos naturalezas están en él sin mezcla. Y la Virgen es auténticamente madre de Dios. La presencia de Cristo en la Eucaristía es real. En el escrito sobre el alma y la resurrección se consuela por la muerte de seres queridos. Rechaza la preexistencia de las almas, una tesis de Orígenes, pero acepta su apocatástasis.

En la filosofía del Niseno el hombre es el fin y corona de la creación; algo divino y terrenal (*De hom. opif.*, 1). Los paganos le llamaban “pequeño mundo” (*microcosmos*), pero él prefiere llamarlo “pequeño dios” (*microtheos*). Tiene tres grados de vida: natural o vegetativa, sensitiva y espiritual. Pero tiene una sola alma, no tres. El alma espiritual, imagen de Dios —en lo cual consiste la dignidad humana—, es inmortal; sin embargo, no preexiste al

cuerpo, en contra de Orígenes. El alma, creada por Dios, es generada por los padres (cae en el traducianismo de Tertuliano). El alma está encerrada en el cuerpo (platonismo), pero compenetrada con él (aristotelismo); pues el hombre no es el alma sola, sino el compuesto hilemórfico de ambos. San Gregorio trata, así, de conciliar ambas corrientes. Las potencias o facultades del alma son varias, pero se unifican en una sola entidad (*Catech.*, 10). Por ser imagen de Dios, el hombre puede conocerlo a Él, no sólo de manera indirecta, por las creaturas, sino también directa, por la contemplación mística, que es un don divino. Eso lo tomó de Filón y de Plotino. San Gregorio siguió en varias cosas a Orígenes, por ejemplo en la exégesis alegórica.

La espiritualidad del Niseno puede llamarse *mística de la oscuridad*, ya que Dios se manifiesta en un “desconocimiento”. Va de la oscuridad a la luz y luego vuelve a la oscuridad. Es que debe renunciar a las imágenes mentales para acceder a Dios, que trasciende todo conocimiento. Nos unimos a Él por la oración, la mortificación y la caridad.

A pesar de su aprecio por Orígenes, el Niseno se mantuvo en perfecta ortodoxia por su sentido analógico. Así construyó un sistema teológico impecable, y usó la exégesis alegórica además de la literal, siempre sostenida en esta última. En contra de Eunomio sostiene que nuestro conocimiento de Dios es sólo analógico; tipifica las analogías que usamos para representarlo y, en cuanto a sus atributos, rechaza todo antropomorfismo (PG, XLIV, col. 262). Así, su teoría de los nombres divinos no es negativa, sino positiva, anticipándose a la doctrina de la analogía (*Cont. Eunom.*, I, 12). Además, ve al hombre como lazo y anillo de mundos contrapuestos, por constar de cuerpo y alma, con un hondo sentido de que es el microcosmos.

SAN EFRÉN EL SIRIO (306-373)

Este doctor de la Iglesia nació de padres cristianos en Nisibe, de Siria. Su obispo lo llevó al concilio de Nicea y luego lo puso al frente de una escuela. Se retiró al desierto y después, aun cuando sólo era diácono, predicó en la ciudad de Edesa. Hacia el 370 fue a Cesarea a visitar a San Basilio (se dice que él le había conferido el diaconado). Murió el año 373. Escribió en siríaco, sobre todo obras exegéticas, también homilías, cartas y poemas (himnos). Su exégesis era austera, como la de los antioqueños. Defendió la divinidad y la humanidad de Cristo, así como la pureza de María.

Así, a pesar de la gran influencia que tuvo en esos medios el gran Orígenes, campeón de la exégesis alegórica de la escuela de Alejandría, nuestro santo se mantuvo en el equilibrio, teniendo como contrapeso la exégesis literal, más propia de los representantes de la escuela de Antioquía. Llegó, pues, a una mediación, que lo previno de los errores característicos del alegorismo exacerbado de algunos padres de la época.

SAN ÉPIFANIO DE SALAMIS (310/320-402)

Nació en Eleuterópolis, de Judea, entre 310 y 320. Estudió idiomas y estuvo con los monjes en Egipto y, a su regreso, fundó un convento en su tierra, del que fue superior por 30 años. A título de ese convento fue ordenado sacerdote. En 366 fue nombrado obispo de Constancia, la antigua Salamis o Salamina (hoy Famagusta, en Chipre), que gobernó durante 35 años. Entre 374 y 377 combatió a Orígenes y defendió la doctrina de Nicea. En 393 fue a Jerusalén, de donde lo expulsaron por su predicación anti-origenista; luego a Constantinopla, a combatir a los seguidores de Orígenes, refugiados por el Crisóstomo; se opuso a este último y, cuando se realizó el sínodo llama-

do *ad quercum* (de la encina), se dio cuenta de que había hecho mal, al extralimitarse, por lo que se regresó a Salamis. Murió en el viaje, el 402.

Escribió el *Ancoratus*, u hombre anclado, exponiendo firmemente la doctrina de la Santísima Trinidad, sobre todo la divinidad del Espíritu Santo. En seguimiento de San Basilio, estableció claramente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Así combatía a los arrianos y semi-arrianos. Mayor obra es el *Panarium*, o cesta de medicinas (botiquín), en la que ataca 80 herejías, incluyendo las escuelas filosóficas griegas y las sectas judías. Además, dejó un estudio *Sobre pesos y medidas* en la Biblia y *Sobre las doce piedras preciosas* que llevaba en el pecho el sumo sacerdote judío. Se opuso al culto a las imágenes (es decir, fue iconoclasta).

La prudencia ayudó a este padre a separarse de los origenistas y a usar, sin embargo, la alegoría y la metáfora, como se ve ya por los títulos mismos que daba a sus obras, muy basadas en el simbolismo de la época.

EVAGRIO PÓNTICO (343-399)

San Gregorio Nacianceno lo ordenó diácono y reunió muchos seguidores en Constantinopla, a cuyo primer concilio ecuménico asistió. Santa Melania lo convenció de abandonar todo y hacerse monje en Egipto. Es uno de los representantes de la espiritualidad del monacato del desierto. Fue muy adicto de Orígenes, y cultivó una mística de la luz, que dividía en dos partes: práctica y gnóstica (es decir, ascética y mística). Procede por paradojas: hay que despojarse de imágenes para recibir la luz en el intelecto y ser “dioses” por la gracia, esto es, por participación. Es una gnosis que conduce a la *apatheia* o paz del alma. Hay que llegar, así, a la contemplación de Dios sin imágenes, ejercicio arduo, pero necesario.

*SAN JUAN CRISÓSTOMO (H.350-407)*²⁵

Este doctor de la Iglesia nació en Antioquía, hacia el 350, de padres cristianos. Fue discípulo del famoso retórico Libanio, teniendo de compañero a Teodoro de Mopsuestia. Estudió la doctrina con Melecio de Antioquía y fue bautizado en 369. También fue alumno de Diodoro de Tarso. Estuvo en el desierto, pero tuvo que regresar a Antioquía por mala salud. Melecio lo ordenó diácono (381) y Flaviano sacerdote (386). Este último obispo lo puso a predicar y con su elocuencia se ganó el apelativo de “Crisóstomo” o “boca de oro”. Fue hecho obispo y patriarca de Constantinopla en 398, pero, por enemistad con la emperatriz Eudoxia, tuvo que salir. De vuelta a su sede, acogió, aunque con reservas, a varios monjes expulsados de Egipto por ser origenistas. Por un sermón contra la vanidad y el lujo, Eudoxia se sintió aludida y lo expulsó mediante un sínodo (el “de la encina”). Pero un terremoto hizo que la emperatriz lo llamara y volvió; sin embargo, cuestionó una estatua de plata que ella se mandó a hacer y cayó nuevamente en desgracia. Huyó y supo que lo habían extraditado a Cúculo, en Armenia. Luego lo enviaron a uno de los últimos rincones del mundo conocido, a Pitio, en el Mar Muerto. Cuando se dirigía allá, murió en Comana, en el Ponto, por las penalidades del viaje, en 407.

Ya que se dedicó sobre todo a la cura de almas y a la oratoria sagrada, sus obras son principalmente discursos, la mayor parte homilías. Interpretó la Biblia en el sentido histórico o literal, según la escuela de Antioquía (con

²⁵F. Arraras, *San Juan Crisóstomo*, Madrid: Eds. Atlas, 1943; A. Moulard, *Saint Jean Chrysostome. Sa vie, son oeuvre*, Paris: Procure Générale du Clergé, 1949; B. H. Vandenberghe, *Saint Jean Chrysostome et la parole de Dieu*, Paris: Cerf, 1961.

todo, permitió algo de interpretación alegórica, como en el caso del profeta Isaías). Así comentó buena parte de la Escritura (Génesis, Salmos, Isaías, San Mateo, San Juan, San Pablo). Habló *De las estatuas*, *Del incomprendible*, *contra los anomeos* (que negaban la consubstancialidad del Hijo), *Contra los judíos* y *De las alabanzas de San Pablo*. Escribió tratados morales, como *De la vanagloria y la educación de los hijos* y *Del sacerdocio*, así como una *Exhortación a Teodoro*, el de Mopsuestia, que dejaba de ser monje por una mujer, y lo restituyó al monacato. Asimismo, dejó un texto *De la virginidad*. También 238 cartas.

En dogmática se ve libre del origenismo, señalando que las penas del infierno son eternas. Defiende las dos naturalezas de Cristo (*Hom. 7 in Hebr.*, n. 3). Sostiene la unipersonalidad de Cristo, la cual era negada por varios de los antioqueños (de lo que se acusaba a su amigo Teodoro de Mopsuestia); así evita lo que después será el error nestoriano (*Hom. 7 in Phil.*, nn. 2 y 3). A pesar de que parecía excluir el pecado original, pues dice que los niños, aunque son bautizados, están libres de toda culpa, San Agustín ya decía que no debía entenderse tan radicalmente. Más que la confesión individual, aconseja la comunitaria, usual en su tiempo. Además, es totalmente católico en cuanto a la eucaristía, en la que Cristo está presente por la transubstanciación, que Él mismo opera, como verdadero sacerdote que es (*Hom. 82 in Matth.*, n. 5). El Crisóstomo no añadió ninguna novedad a la teología, pero expresó sus contenidos con gran ortodoxia y elegancia retórica, lo cual lo hace muy didáctico, gran educador en la fe. Su espiritualidad se muestra en sus homilías, algunas de las cuales son verdaderos comentarios a la Sagrada Escritura, que sirvieron a los monjes de la época.

A pesar de no ser innovador, usó una teología muy consistente en su predicación, en la cual fue excelente. Es la exégesis analógica, aferrada a la realidad por el sentido literal, con lo cual pudo evitar los errores que estaban presentes en su momento.

*SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA (375/380-444)*²⁶

Este doctor de la Iglesia, nacido en Alejandría entre 375 y 380, era sobrino del patriarca de esa ciudad, Teófilo, y lo acompañó al “Sínodo de la encina” (403), que destituyó a San Juan Crisóstomo. Fue clérigo y tal vez monje por un tiempo. Sucedió a su tío en el patriarcado, en 412. Aprovechó para perseguir a paganos, judíos y herejes (sobre todo novacianos), pero no tomó parte en el asesinato de la gran filósofa Hipatia (415). Quizá el ambiente que fanatizó propició eso indirectamente. Se opuso a Nestorio, patriarca de Constantinopla, que negaba la unión física de las dos naturalezas en Cristo, y sólo aceptaba una unión moral, es decir, de la voluntad. Por eso ese heresiarca sostenía que María no era verdadera madre de Dios, y sostenía que el nacimiento en el pesebre y la muerte en la cruz eran fábulas paganas atribuidas a Dios. En 429 Cirilo acusó a Nestorio con el papa San Celestino I, quien amenazó al hereje con la excomunión. De hecho, el concilio de Éfeso (431) lo excomulgó y lo depuso, y fue a morir desterrado en el Alto Egipto. Cirilo murió en Alejandría, en 444.

Compuso un *Contra Juliano*, es decir, una refutación del apóstata; en dogmática escribió primero contra los arrianos, como en el *Tesoro de la santa y consubstancial Trinidad*, y luego contra los nestorianos, como en el *De la fe correcta*. Dejó

²⁶P. Galtier, “Saint Cyrille et Apollinaire”, en *Gregorianum*, 37 (1956), pp. 584-609.

muchas obras exegéticas en las que, como buen alejandrino, practicaba el alegorismo, por ejemplo en *Sobre el culto y adoración de Dios en espíritu* y en las *Elegantes elucidaciones* sobre la ley antigua (Pentateuco). Además, 88 cartas.

Su alegato contra Nestorio lo basó Cirilo en la redención (como San Ireneo y San Atanasio contra otros), pues si Cristo no fuera Dios, sus obras no tendrían valor infinito. Un hombre no alcanzaría para redimir a todos. La unión de las dos naturalezas en Cristo es física, es decir, real. Y es que los griegos no tenían distinción entre *hypóstasis* y *physis*, como sí la había en latín (*duae substantiae in una persona*, según decía Tertuliano). Por eso Cirilo hablaba indistintamente de “una *physis*” y de “una *hypóstasis*”. Fue en Calcedonia donde se fijó la expresión “unión según la hipóstasis” de las dos *physeis*. De hecho, con su discusión, se adelantó a ese concilio. Por lo demás, gracias a su cristología, pudo sostener que la Virgen era verdadera madre de Dios (*theotókos*).

Vemos cómo a este consumado teólogo una sensibilidad analógica lo capacitó para evitar el error nestoriano y combatir esa herejía. Las tres divinas personas son iguales, tienen la misma proporción entre ellas, y las dos naturalezas de Cristo se unen en una persona también de manera proporcional, según la analogía de atribución (es más excelsa la divina, pero participa con la humana de la personalidad de Jesucristo).

Otros escritores griegos

Hubo otros teólogos menores, también de lengua griega, que seguían muy activos, profundizando en la teología, sobre todo los de Alejandría y los de Antioquía, que tenían posturas diferentes en cuanto a la exégesis bíblica.

ALEJANDRINOS

La escuela de Alejandría siguió dando estudiosos de la Sagrada Escritura, con la pauta de Orígenes, esto es, en la línea de la exégesis alegórica. Privilegiaban ese sentido, apartándose a veces demasiado del sentido literal o histórico del texto bíblico.

DÍDIMO EL CIEGO (H.310-395)

Había perdido la vista desde niño, pero, oyendo y meditando, se procuró una muy buena formación. A pesar de ser laico y casado, dirigió la escuela catequética de Alejandría. Allí fue maestro de Rufino y de San Jerónimo. Siguió a Orígenes en la exégesis alegórica y en las tesis dogmáticas. Junto con él, se le declaró hereje en el quinto concilio ecuménico. Sin embargo, fue ortodoxo en cuanto a la Trinidad, como se ve en su *De la Trinidad* y su *Del Espíritu Santo*. En esas obras está de acuerdo con San Atanasio y sigue a los padres capadocios (con la afortunada fórmula *mía ousía, treis hypóstaseis*). Además, en contra de los arrianos, que negaban alma humana en Cristo, Dídimo recalca que la tuvo, en armonía con el *Logos* (así, lo humano y lo divino se unieron perfectamente, sin necesidad de hacer una tercera naturaleza). Sin embargo, en sus obras exegéticas a las epístolas católicas se detectan errores dogmáticos (debidos a Orígenes), como la preexistencia de las almas, el traducianismo y la apocatástasis.

Su seguimiento de Orígenes lo condujo al alegorismo exacerbado y a la equívocidad que lo acompaña. Pero en algunos puntos logró la analogicidad, al seguir a San Atanasio y los capadocios.

SINESIO (+H.403)

Nació en Cirene, de la Pentápolis líbica, de noble familia, probablemente cristiana; en todo caso, aparece como catecúmeno en 399/401. Estudió en Alejandría, con la famosa filósofa Hipatia, que le enseñó el neoplatonismo. (Ella pereció en un levantamiento popular de cristianos, en 415.) Fue embajador en Constantinopla (399-402). A su regreso, se casó con una dama de alcurnia, con la bendición del patriarca Teófilo. En 410 se le eligió obispo de Tolemaida. Retrasó la toma de posesión, reservándose el continuar, como obispo, con su vida matrimonial y con sus creencias platónicas en la preexistencia de las almas, la eternidad de la creación y la interpretación alegórica de la resurrección. Dejó muchos escritos, pero de sabor pagano-platónico, y únicamente lo tienen cristiano dos discursos (de cuando era obispo, al final de su vida), sus homilías y tres himnos de los diez que escribió. Dejó también 156 cartas.

Otra vez, es el alegorismo exacerbado el que lleva a la equivocidad en la doctrina, y por eso Sinesio mantuvo esas tesis neoplatónicas y una interpretación no realista de la resurrección.

ESCUELA DE ANTIOQUÍA²⁷

Así como la escuela de Alejandría privilegió la hermenéutica alegórica, así la de Antioquía lo hizo con la literal. Fue fundada por **San Luciano de Samosata**, martirizado en 312. En oposición a Orígenes, resaltaba el sentido histórico sobre el simbólico o espiritual; y, a diferencia de él, prefería la filosofía aristotélica a la platónica. Sin embargo, aceptaba, con Pablo de Samosata, que Cristo

²⁷M. Beuchot, "Algunos ejemplos de hermenéutica en la época patrística", en *Anámnesis*, VI/1 (1996), pp. 91-100.

sólo era hombre. De hecho, los de Antioquía cayeron en errores cristológicos, todos excepto el Crisóstomo. La prueba está en que Arrio y Nestorio pertenecieron a esa corriente literalista.

Así como la escuela de Alejandría, por su alegorismo excesivo fue llevada muchas veces al equivocismo, así la de Antioquía, por el literalismo que le opuso, cayó en el univocismo, y también llegó a posturas muy discutibles. Es el precio de no alcanzar una exégesis analógica.

DIODORO DE TARSO (H.330-394)

Sobresalió en dicha escuela exegética. Había nacido en Antioquía o en Tarso, de noble familia. Allí y en Atenas recibió educación esmerada, profana y teológica. Melecio lo ordenó sacerdote y con él fue desterrado en 372 a Armenia, donde fue a ver a San Basilio el Grande. Fue austero, superior de monjes en un convento, donde tuvo como discípulos notables a Teodoro de Mopsuestia, consumado teórico de la exégesis literal, y a San Juan Crisóstomo, que aplicó sus doctrinas a su labor expositiva mediante una poderosa retórica. Combatió a paganos, arrianos y apolinaristas. Fue desterrado pero volvió y fue consagrado obispo de Tarso de Cilicia, por Melecio, después de la muerte del emperador Valente, en 378. Probablemente murió en 394, porque ese año había nuevo obispo en su sede.

En su libro *Sobre la diferencia entre la teoría y la alegoría*, defendió el método literal. También escribió obras exegéticas contra los alegoristas, todas perdidas. A pesar de combatir a los arrianos, fue hereje, pues decía que el *Logos* había habitado en Jesús como en un templo (es decir, no como encarnado en él). De esa manera se lo considera el padre del nestorianismo.

Aquí se ve cómo el univocismo literalista conduce a herejías, al igual que lo había hecho el equivocismo alegorista. Fue lo que lo llevó a negar la cabal encarnación del Hijo en Jesucristo, y a verlo como una inhabitación en el cuerpo, al modo de un templo. Por eso es considerado como antecesor del nestorianismo.

APOLINAR (+390)

Fue obispo de Laodicea, en Siria. Escribió contra el neoplatónico pagano Porfirio. Comentó los Salmos; dejó *La fe por partes, Sobre la unión del cuerpo de Cristo con su divinidad, De la fe y la encarnación y Teoría sobre la divinidad encarnada*. Murió en 390. Luchó contra el arrianismo, pero cayó en herejía cristológica, preparando así el nestorianismo. El *Logos*, siendo Dios, no podía unir las dos naturalezas en una persona. La carne fue informada por un alma inferior, fungiendo el *Logos* como *nous*. Y, ya que fue destinado desde la eternidad a encarnarse, no es plenamente Dios, y la humanidad se hizo consubstancial con la divinidad. Fue condenado por el 2o. Concilio Ecuménico de Constantinopla.

A este padre su literalismo univocista lo llevó a separar la humanidad de la divinidad de Cristo, siendo, así, un antecesor del nestorianismo, que no veía unión en las dos naturalezas, y señalaba dos personas en el Señor, la divina y la humana.

TEODORO DE MOPSUESTIA (H.350-428)²⁸

Era de Antioquía, discípulo de Diodoro y de Libanio. Con este último conoció al Crisóstomo y se hizo amigo suyo.

²⁸R. Devreesse, *Essai sur Théodore de Mopsueste*, Città del Vaticano: Testi e Studi, 1948; R. A. Greer, *Theodore of Mopsuestia. Exegete and Theologian*, London: The Faith Press, 1961.

Lo siguió en el ascetismo y el estudio de la Escritura. Fue monje un tiempo, pero de repente lo dejó, se casó y se dedicó a la abogacía. Crisóstomo lo exhortó en su *Ad Theodorum lapsum*, y volvió al claustro y fue ordenado sacerdote en 383. Así estuvo unos diez años y luego pasó otros treinta como obispo de Mopsuestia, en Cilicia, desde 392. Murió en 428. Lo condenó póstumamente el II Concilio de Constantinopla, en 553, junto con Teodoreto de Ciro.

Comentó casi toda la Escritura. Se le ha acusado de haber defendido, aún más que su maestro Diodoro, la enseñanza de Nestorio, que había sido su discípulo y fue patriarca de Constantinopla en 428. Se dice que rechazaba la unión física de las dos naturalezas en Cristo; y por eso únicamente en sentido impropio podía decirse que la Virgen era madre de Dios. También se le atribuía el negar, como Pelagio, el pecado original. Más aún, el V Concilio de Constantinopla (553) condenó las obras nestorianas de Teodoro. Pero Quasten alega unas homilías recién descubiertas en las que enseña la unidad de las dos naturalezas en una sola persona (t. II, p. 461-464), y eso cambia la consideración que se tenía de él. Más bien, este patrólogo lo ve como alguien que hizo avanzar la cristología.

Teodoro tuvo su parte univocista, propia de su escuela, y, habiendo tenido como alumno a Nestorio, propició el literalismo de éste, conducente a la correspondiente herejía.

*TEODORETO DE CIRO (393-H.460)*²⁹

Era de Antioquía, donde nació en 393, de familia cristiana. Estudió con los monjes de allí y fue alumno del

²⁹H. M. Dieten – J. Daniélou, “Théodoret et le dogme d’Éphèse”, en *Revue des Sciences Religieuses*, 44 (1956), pp. 243-248.

Crisóstomo y de Teodoro de Mopsuestia, y también compañero de Nestorio. Estuvo en un monasterio en Nikertai, no lejos de Apamea. Durante 35 años fue obispo de Ciro, ciudad cercana a Antioquía, a partir de 423. En un principio se adhirió a Nestorio, atacando a San Cirilo, que lo condenaba, y tildó a éste de apolinarista. Por eso combatió a los eutiquenos, adversarios del nestorianismo (los primeros, siguiendo a Eutiques, eran monofisitas, es decir, sólo admitían una naturaleza en Cristo; los segundos admitían las dos naturalezas, pero separadas a tal punto que exigían dos personas en Cristo). En 451, en el Concilio de Calcedonia, anatematizó a Nestorio y a todo aquel que dividiera en dos al Hijo unigénito y único, y que no llamara madre de Dios a la Virgen. Pero el V Concilio Ecuménico condenó su obra contra Cirilo y algunos sermones y cartas. Murió hacia el 460.

De manera brillante recogió el saber exegético de los padres griegos. Comentó la Biblia. Dejó, también, una *Historia eclesiástica* y una *Historia religiosa*, así como vidas de anacoretas. También un *Compendio de las fábulas de los herejes* (historia de las herejías), desde Simón el Mago hasta Nestorio, terminando con un compendio de la doctrina ortodoxa. Su *Curación de las enfermedades paganas* es una apología muy completa. *El mendicante o el polimorfo* es un diálogo entre un mendigo y un ortodoxo. El primero representa al monofisismo, que mendigó de todas las herejías anteriores. Además, tiene una obra con el título *Sobre la encarnación del Señor* y quizá son suyas las *Preguntas y respuestas a los ortodoxos*. Además, unas cartas.

Después de tanto univocismo, con la exégesis literalista de la escuela antioqueña, hubo alguien, como Teodoreto, que supo lograr la analogicidad y escapar de la herejía de Nestorio, a pesar de que éste había sido su compañero de estudios, bajo la férula de Teodoro.

Según hemos podido apreciar, la teología oriental se vio distendida por el equivocismo del alegorismo de la Escuela de Alejandría y el univocismo del literalismo de la escuela de Antioquía. Sin embargo, varios de los padres alcanzaron el analogismo, como los capadocios, San Atanasio y otros. Fueron los primeros inspiradores de lo que en futuro sería la hermenéutica analógica en la historia de la síntesis católica.

La teología oriental fue grande, y sirvió mucho, porque fue utilizada por la occidental, lo cual ayudó al crecimiento de esta última. Por eso podemos decir que, cuando se encontraron y se unieron, llevaron a un desarrollo superior la reflexión sobre los dogmas de la Iglesia. Aunque la teología oriental fue excelente, la occidental también aportó su experiencia.

Escritores en lengua latina.

GRANDES TEÓLOGOS DE LA IGLESIA DE OCCIDENTE

Aunque al principio no tuvo tanta altura como la Iglesia Oriental, hubo en esta época pensadores muy connotados en la Occidental. De entre los padres que escribieron en latín, sobresalen San Hilario de Poitiers, San Ambrosio de Milán, San Jerónimo, sin duda San Agustín y también San León Magno.

*SAN HILARIO DE POITIERS (C.315-366/8)*³⁰

Este doctor de la Iglesia era hijo de una noble familia pagana de esa ciudad, llamada entonces Pictavis, en Aquitania, a comienzos del siglo IV. La meditación sobre el sentido de la vida lo llevó a la Sagrada Escritura y a con-

³⁰P. Galtier, *Saint Hilaire de Poitiers, le premier docteur de l'église latine*, Paris: Beauchesne, 1960.

vertirse al cristianismo. Algunos dicen que era casado; pero, aun así, el pueblo y el clero lo eligieron obispo el 350. En 356 un sínodo dirigido por los arrianos lo condenó, y el emperador Juliano lo desterró a Frigia. Del 356 al 359 estuvo allí, estudiando a los padres griegos y escribiendo su obra maestra. Por eso supo ser conciliador. En 359 asistió al sínodo de Seleucia. Pero el emperador Constancio, para unir su imperio, decretó el arrianismo en las Galias. Hilario, junto con Basilio de Ancira, buscó una vía media, acercándose a la fórmula *homoiousiana*, para lograr la conciliación. Regresó a las Galias en 360. Estuvo en el norte de Italia (donde colaboró con San Eusebio de Verceli para que se reconociera el concilio de Nicea); participó intensamente en el concilio que se llevó a cabo en París en 361, el cual adoptó las resoluciones del de Nicea, peleando contra Lucífero de Cagliari. Promovió el monacato a través de su discípulo San Martín de Tours. Y murió en 367 o 368.

Fue el primer dogmático y el mejor exégeta de la Iglesia occidental, a la que llevó las doctrinas de la oriental. Su obra maestra es el *De Trinitate*, en 12 libros. Va contra los arrianos y los sabelianos. Comienza preguntándose por el destino del hombre, que es conocer a Dios y a Jesucristo. Igualmente dice que el nombre más propio de Dios es el ser, de acuerdo con lo que le reveló a Moisés. “Yo soy el que soy” (*De Trin.*, I, 5). Establece la generación y la consubstancialidad del Hijo. También escribió *De los sínodos o de la fe de los orientales*, en que resume a esos teólogos y sus fórmulas, declarando las palabras *homoousios* y *homoiousios*, inclinándose a la primera, y aclarando que la segunda era católica también (aunque esta última fue rechazada por la Iglesia; de hecho, él prefería la otra). Su obra exegética abarca el evangelio de San Mateo, los Salmos y otras partes, donde sigue a Orígenes, sosteniendo que el sentido espiritual es el más elevado. También compuso himnos, aunque no fueron aceptados en la liturgia.

Fue enemigo del arrianismo, el Atanasio de Occidente. En cuanto al origen de las almas, sostiene el creacionismo, con Lactancio. Decía que el cuerpo de Cristo, ya en este mundo, era glorioso o celeste, y que la transfiguración y el andar sobre las aguas no fueron milagros, sino cosas naturales propias de su estado. Por eso no estaba sujeto a las necesidades físicas y era impasible; no sintió dolor ni en su pasión (cosa que, sin embargo, se acerca a la herejía docetista, pero lo decía para resaltar la divinidad de Jesús, contra los arrianos). Si murió fue por un acto de su voluntad. Y se vació de la majestad que tenía en el cielo, pero no de su divinidad.

San Hilario fue de tendencia neoplatónica. Parece haber sido el primero en señalar la identificación de la esencia y la existencia en Dios, ya que es el ser necesario. En cambio, el mundo es contingente, creado por Él. Hilario intentó conciliar la patristica griega con la latina. Con él entra el torrente de la Iglesia oriental a la Iglesia occidental, y seguramente beneficia a San Agustín, que sabe aprovechar lo mejor de esta aportación.

La espiritualidad de San Hilario se caracterizó por su profundo sentido de del misterio ante Dios, algo necesario contra los arrianos. Toma muy en cuenta la Santísima Trinidad, y especialmente a Cristo, cuya divinidad defendió. De ahí su devoción al Verbo encarnado.

Podemos apreciar el espíritu analógico de este padre, el cual le ayudó a establecer el nombre de Dios como el ser, al igual que la identidad de esencia y existencia sólo en Él, lo cual evita su confusión con las creaturas. Se permite la interpretación alegórica, pero siempre anclada en la literal, para que no se desboque. Aunque aceptaba la semejanza entre las Divinas Personas, prefirió la identidad o igualdad de esencia divina en la Trinidad. Y si

declaró el cuerpo de Cristo glorioso desde su vida en este mundo, fue por el gran respeto y veneración que sentía por el Señor.

*SAN AMBROSIO DE MILÁN (C.339-397)*³¹

Este doctor de la Iglesia nació en Tréveris, en las Galias, de noble familia romana. A la muerte de su padre, la familia se fue a Roma, donde Ambrosio recibió buena educación. Así, muy joven, sirvió al gobierno en Milán. Aun cuando había igual número de arrianos que de católicos (nicenos), el pueblo lo eligió obispo, aunque era sólo catecúmeno. Se resistió, pero tuvo que aceptar por voluntad del emperador Valentiniano I; recibió el bautismo y fue consagrado a finales del 373. Con la ayuda del sacerdote Simpliciano (que había convertido al filósofo Mario Victorino), Ambrosio estudió a los padres griegos, como Clemente Alejandrino, Orígenes, San Atanasio, San Basilio y Dídimo el ciego. Ejerció la predicación (San Agustín atribuye su conversión al uso que hacía de la exégesis alegórica). Mantuvo amistad con los emperadores, sobre todo con el gran Teodosio I. Cuando murió éste, Ambrosio dijo la oración fúnebre; y él mismo murió en 397.

Sus obras exegéticas son alegóricas y moralizantes, siguiendo a Filón, a Orígenes y a San Basilio. Así escribió, entre otras cosas, *Hexaemeron* o de los seis días de la creación, *Del paraíso*, *De Noé y el arca* y *De Isaac y el alma*. Comentó el Génesis, a Job, a Elías y a Tobías. También los Salmos y a San Lucas. Morales y ascéticas son *De los oficios de los ministros* (después de 386, equivalente al *De officiis* de Cicerón) y *De las vírgenes*. Obra dogmática es el *De la fe*, en la que profesa la fe trinitaria de Nicea, y defiende la divinidad del

³¹A. Paredi, *Sant' Ambrogio*, Milano: Rizzoli, 1985.

Hijo contra los arrianos; a diferencia de San Hilario de Poitiers, dice que el cuerpo de Cristo fue normal, no celestial. Otras obras suyas son *Del Espíritu Santo*, *De los misterios* (para los neófitos, sobre el bautismo —que acepta para los niños—, la confirmación y la eucaristía) y *De la penitencia* (contra los novacianos). También escribió discursos, cartas e himnos que fueron adoptados en la liturgia. A pesar de aceptar el pecado original, dice que el bautismo sólo borra los pecados propios. Parece atribuir, para la salvación, más fuerza a la voluntad que a la gracia (*In Ps. CXVIII sermo* 19, 30). Como muchos padres anteriores al concilio de Nicea, dice que las almas de los hombres permanecen en el Hades hasta el día del juicio, aunque los justos están en mejores condiciones que los malos. Es el primero en llamar *missa* a la eucaristía, y dice que es el sacrificio del mismo Cristo.

En punto de espiritualidad, sobresalen sus cartas sus escritos sobre la virginidad. Movieron a muchas jóvenes a consagrarse al Señor. Y tuvo especial devoción a la Santísima Virgen María, modelo de seguimiento de Cristo (*De virginibus*, II, 6-7).

Su talante equilibrado y proporcional se percibe en su adecuado uso de la exégesis alegórica, sin abusar de ella, cosa que influyó en San Agustín y lo acercó a su conversión. Lo mismo se ve en su acertada idea de aprovechar el *De officiis* de Cicerón para plantear los deberes de los eclesiásticos. Y para ver el cuerpo de Cristo en esta vida no todavía como glorioso, sino como el de los demás hombres, resaltando así su humanidad, sin desmedro de su divinidad.

*SAN JERÓNIMO (347/348-419/420)*³²

Este doctor de la Iglesia, llamado Sofronio Eusebio Jerónimo, nació en Estridón de Dalmacia (Eslovenia), de padres católicos, entre el 347 y el 348. En 360 fue a Roma a estudiar. Escuchó al gramático Elio Donato, que explicaba a Terencio y a Virgilio. Allí se hizo amigo de Rufino. Se centró en la gramática y la retórica. Fue bautizado, y trabajó como funcionario público en Tréveris. Luego estuvo en Aquileya, donde compartió con Rufino la vida monástica. En 373 se dirigió a Jerusalén, pero cayó enfermo en Antioquía y, aliviado, se fue al desierto de Calcis, cercano a esa ciudad. Aprendió el griego y el hebreo, este último con dificultad. Leyó a Orígenes, al que tradujo al latín. Fue ordenado sacerdote, pero pidió seguir como monje, sin cura de almas. Fue a Constantinopla y entró en contacto con San Gregorio de Nacianzo y San Gregorio de Nisa. Regresó a Antioquía y, después, con San Epifanio, pasó a Roma en 382, donde fue secretario del papa Dámaso I, quien le encargó revisar la traducción de la Biblia llamada ítala, de cuyos profundos estudios exegéticos resultó la que llamamos *Vulgata*. Como tenía varias dirigidas espirituales, el clero romano lo criticó severamente y él prefirió irse a Jerusalén, a donde lo siguieron Santa Paula y su hija Eustoquia. Fueron a Alejandría, para visitar los cenobios y a Dídimo (gran conocedor de Orígenes). Se establecieron en Belén, donde Jerónimo formó un convento para varones y Santa Paula uno para mujeres. Allí perfeccionó el hebreo y aprendió arameo. Cuando llegó el origenismo allí lo defendió y se opuso incluso a Rufino, su amigo de juventud, aunque luego se reconcilió con él en 397. Por su carácter fuerte, su relación con San Agustín no fue sencilla. En 411 Pelagio

³²A. Penna, *San Jerónimo*, Barcelona: Luis Miracle, 1952; J. Steinmann, *Saint Jérôme*, Paris: Cerf, 1958.

Tercer período. La edad de oro de la literatura patristica
(ss. IV-V)

mismo difundió por allí su herejía, y Jerónimo se puso en contra de él y a favor de San Agustín, hasta con peligro de su vida, pues los arrianos incendiaron sus monasterios. Pero resistió y siguió luchando por la religión hasta su muerte, en 419 o 420.

Fue el más docto de los padres de la Iglesia, erudito en la literatura latina, en la griega y en la hebrea, tanto en la eclesiástica como en la profana. Por eso fue célebre su traducción de la Sagrada Escritura, llamada *Vulgata* a partir del siglo XII (aunque la que ahora llamamos así sólo en parte es traducción suya). Dejó, igualmente, comentarios exegéticos. Asimismo, escritos historiográficos, como *De los varones ilustres* y *Crónica*, vidas de monjes y sermones. Escritos dogmáticos fueron *Altercado entre un luciferiano y un ortodoxo* y *Contra Helvidio, sobre la virginidad perpetua de la Bienaventurada María, Dialogo contra los pelagianos* y otros. También son célebres sus numerosas cartas.

Siempre se mantuvo en la doctrina de la Iglesia de Roma, y así sostuvo la doctrina de la Trinidad y de la Encarnación; defendió la virginidad de María antes del parto, en él y después de él; en cuanto al alma, fue creacionista; e insiste en la necesidad de la gracia de Dios. Sin embargo, tuvo algunos deslices. En su lucha contra los pelagianos exageró la debilidad humana, alegando que sólo Dios puede estar sin pecado. Además, considera los libros deuterocanónicos del Antiguo Testamento como apócrifos. En eclesiología, pensaba que al principio gobernaban las comunidades y que poco a poco se fueron apoderando del mando los obispos individuales. Asimismo, en escatología decía que los ateos y los no cristianos irán al infierno, pero que los cristianos no, aunque hayan sido muy pecadores, porque el día del juicio recibirán una sentencia módica y después de un tiempo de tormentos serán hechos bienaventurados (incluso los demonios). Mucho de esto se debe a su predilección por Orígenes.

Su espiritualidad es la de la vida religiosa, que promovió siempre. Apreció la soledad del retiro, y la vida comunitaria bajo un superior; la oración continua, especialmente la de los salmos; la austeridad en las costumbres y el estudio de la Sagrada Escritura, procurando que fuera en el original. Aunque no dejó una regla para sus monjes, de sus escritos sacaron lo que luego se llamó *Regla de San Jerónimo*. Fue muy influyente en el monacato.

Fue analógico en la teología dogmática, muy ortodoxo; y, si en teología moral se vio tocado de univocismo —al considerar que solamente Dios puede estar sin no pecado—, como si los hombres siempre estuvieran en él, eso se debe a su temperamento rigorista y demasiado fuerte, como él mismo lo manifestó y hasta le pedía perdón a Dios por él.

*SAN AGUSTÍN (354-430)*³³

Doctor de la Iglesia y el más representativo de los Padres latinos es sin duda San Agustín. Marcó a toda la Edad Media, principalmente a los que siguieron una corriente más platónica o neoplatónica. Fue uno de los padres del neoplatonismo cristiano, la línea que tuvo más seguidores. Para ser adoptado, adaptado o atacado, fue tomado en cuenta por todos los pensadores medievales y ha tenido un influjo sin igual sobre la generalidad de las escuelas. Es el genio que dejó los principios que la filosofía y la teología cristianas seguirían en su decurso posterior. Representa al pensamiento grecorromano, sobre todo al de la Roma tardía, y le toca el inicio de su pérdida, con las invasiones de los bárbaros.

³³H. I. Marrou, *San Agustín y el agustinismo*, Madrid: Aguilar, 1960; E. Przywara, *San Agustín. Perfil humano y religioso*, Madrid: Cristiandad, 1984 (2a. ed.); M. Beuchot, *La filosofía de San Agustín. Verdad, orden y analogía*, México: Ediciones Paulinas, 2015.

Tercer período. La edad de oro de la literatura patristica
(ss. IV-V)

Su pensamiento es racional, pero no exento de una profunda intuición; es intelectual, pero también cargado de una fuerte emoción. Tal vez debería decirse que en él predomina la intuición intelectual sobre el raciocinio científico, por ser más característica de la sabiduría; y también que predomina lo volitivo, emotivo y afectivo sobre lo intelectual, ya que hay una poesía muy grande y un misticismo muy elevado en lo que escribió. Todo esto lo heredó a la posteridad, y su herencia está marcada con estas características de su genialidad.

VIDA

Como cuenta en sus *Confesiones*, Aurelio Agustín nació en Tagaste (la actual Túnez), en 354, de padre pagano y madre cristiana: Santa Mónica. Estudió en Cartago, donde de joven se hizo maniqueo. Enseñó retórica en Tagaste y en Cartago, en Roma y en Milán. Del maniqueísmo ya se había pasado al escepticismo de la Nueva Academia, pero en Milán leyó —en traducción de Mario Victorino— a Plotino, el cual lo sacó de esa crisis y lo reorientó hacia el cristianismo. En esa ciudad, por influjo de San Ambrosio, se convirtió al catolicismo en 386, y fue bautizado en 387. Se retiró con su madre, su hijo Adeodato y otros amigos al campo, para estudiar. Trató de regresar al África, pero su madre murió en el puerto de Ostia a fines de ese año, y retrasó su partida hasta el 388. Poco después murió su hijo. Volvió a Tagaste, donde fue ordenado sacerdote en 391, y consagrado obispo coadjutor del obispo titular de Hipona en 395. Éste era ya muy anciano, y pronto lo sucedió, al año siguiente, 396. Rigió su sede con gran celo, y a eso se debe la mayoría de sus escritos. En efecto, luchó contra los paganos, los maniqueos, los donatistas, los pelagianos. Murió a los 76 años, en el 430, cuando se desataba la invasión de los vándalos en esas tierras. Sus obras han quedado como doctrina segura del catolicismo.

OBRA

Los primeros escritos de San Agustín son filosóficos, por ejemplo, antes de ser obispo, *Contra los académicos* (i.e. contra los escépticos), *De la vida feliz*, *Del orden*, *De la cantidad del alma*, *Del libre albedrío*, *Del maestro*, *Soliloquios*, *De la inmortalidad del alma*. Ya obispo, escribe: *Confesiones*, *De la naturaleza del bien*, *Del alma y su origen*, *De la ciudad de Dios* y *Retractaciones*. San Agustín discute mucho con los filósofos paganos, sobre todo con los escépticos de la Nueva Academia, y con los herejes y gnósticos, en especial maniqueos. Su filosofía es preponderantemente platónica, pues decía que Platón es “el que más se acerca al cristianismo” (*De civitate Dei*, VIII, 5); y, más exactamente, neoplatónica, sobre todo plotiniana, a pesar de algunas ideas estoicas y hasta aristotélicas que incorpora. No es sistemático, sino que sus textos obedecen a problemas de ocasión, escritos por el celo apostólico; es un gran retórico siempre, que escribe con gran elegancia y belleza; se mueve entre dos polos: el conocimiento de Dios y el conocimiento de sí mismo; busca la verdad, que está en el interior del hombre, al igual que a Dios.

Entre los escritos teológicos los hay dogmáticos, como el *Enquiridión*, o *de la fe, la esperanza y la caridad*, en el que expone el credo, el padrenuestro y los mandamientos; y el *De Trinitate*, que es el culmen de la investigación sobre el tema, en la línea de Atanasio y los capadocios; en él usa la Biblia y analogías tomadas del espíritu humano. Contra los maniqueos alega que no hay contradicción entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, y que el mal no es una substancia, en *De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos* y *Contra Fausto, maniqueo*. Frente a los donatistas sostiene que la verdadera Iglesia es la católica y alude a la auténtica fuerza de los sacramentos, en *Del bautismo* y *Contra las cartas de Petiliano*,

donatista. A los pelagianos les discutió la naturaleza humana, el pecado original, la justificación y la gracia, en *De los méritos de los pecadores y del perdón*, *De la naturaleza y la gracia*, *De la gracia y el libre albedrío*, *De la corrección y de la gracia* y *Contra Juliano*. Se opuso a los semipelagianos en *De la predestinación de los santos* y *Del don de la perseverancia*. Obras exegéticas son *De la doctrina cristiana*, *Del Génesis a la letra* (contra los maniqueos), *Locuciones*, *Cuestiones sobre el Heptateuco*, *Enarraciones sobre los Salmos*, *Del consenso de los evangelistas*, *Tratados sobre Juan* y *Del sermón del Señor en el monte*. También escribió *Contra la mentira*, *Del bien conyugal*, *De la santa virginidad* y *De cómo catequizar a los rudos*. Además de sermones y cartas.

DOCTRINAS TEOLÓGICAS

San Agustín cambió varias cosas en su trayectoria, por eso hay que atender a los tratados últimos y a lo que aclaró en sus *Retractationes*. Su base es “Entender para creer y creer para entender” (“*Intellige ut credas; crede ut intelligas*”: *Sermo* 43, 7, 9).

TEOLOGÍA FUNDAMENTAL

Nuestro santo sostiene que Dios ha dejado vestigios de su existencia en sus creaturas, sobre todo en el hombre. En las creaturas, por el orden que en ellas se encuentra, a nivel cósmico. En el hombre, por una cierta impronta que ha dejado en su espíritu, la cual conduce al consenso universal de los hombres en admitir un creador; y también porque el hombre, presa de la crisis gnoseológica, aquietta su duda fundamentando la verdad en la misma Verdad divina, completamente estable y eterna (*Conf.*, X, 6-8). Esto lo ve en todos los *principios* del ser, del conocer y del actuar. La mente aprehende en ellos lo necesario e inmutable, pero sólo Dios es lo verdaderamente necesario e inmutable; luego la mente lo aprehende a Él en

la noción misma de necesario e inmutable. La existencia de verdades eternas, inmutables y necesarias en nuestro espíritu no puede provenir de él mismo, ya que éste no es eterno, inmutable ni necesario; sólo puede explicarse por un Ser eterno, inmutable y necesario, que es Dios (*Conf.*, VII, 10-11). Él es la Verdad más alta y la fuente de todas las verdades. Vemos, además, que en todos los seres hay grados; pero debe haber un grado máximo del ser, y éste es el de Dios. Así, todas estas cosas conducen a la razón a aceptar la existencia de Él. De hecho, Agustín demuestra su existencia con base en argumentos tomados de esa certeza del yo pensante que ve en su interior la idea de un Dios que lo ha creado; pero también añade, con Cicerón, el ya mencionado consentimiento del género humano (*De doctr. chr.*, I, 7, 7), asimismo, por el orden del universo, la contingencia de las cosas y la verdad inmutable que todos somos capaces de conocer, la cual sólo puede tener como garante a Dios; igualmente, agrega los grados del ser, la finalidad de todo el cosmos, y la exigencia moral de la humanidad.

Así, Agustín prueba la existencia de Dios no sólo *a posteriori*, sino también *a priori*, por las ideas innatas; en efecto, el hombre tiene innata la idea de la verdad y de la felicidad, pero esto quiere decir que hay una verdad inmutable y un bien supremo, es decir, Dios (*De lib. arb.*, II, 8-12). Así, privilegia la prueba metafísica y la prueba psicológica, a saber, la de lo contingente que exige lo necesario y la de las ideas verdaderas, que exigen una Verdad.

Por otra parte, la naturaleza de Dios es simple, es acto puro sin mezcla de potencia (*De civ. Dei*, XI, 10, 2-3). Es decir, Dios *es* el ser mismo. Por ello esa Verdad divina no *tiene* propiamente ser ni atributos, porque *es* su propio ser y sus propios atributos; pero nosotros los distinguimos, para poder comprender algo de Él (*De Trin.*, VII, 5, 10).

Es perfecto, verdadero y bueno. Además, es inmutable, espiritual, sapiente, libre y bondadoso. Pero el Dios de Agustín no se queda en esa definición del Dios de los filósofos; presenta un Dios personal, con el que mantiene una relación de profundo amor, y que es providente, por lo que no crea el mal ni lo produce, sino solamente lo permite, tanto en la naturaleza (que actúa ciegamente) como en los hombres (que actúan con libertad).

LA TRINIDAD Y CRISTO

En contra de los paganos, que creían en muchos dioses, y en contra de los maniqueos, que ponían uno bueno y uno malo, Agustín sostiene que Dios es uno en esencia, aunque trino en personas.

En cuanto a la Trinidad, Agustín parte no de Dios Padre como origen, sino de la naturaleza divina, que es una y simple, y que abarca tres personas. Rechaza el subordinacionismo, diciendo que hay unidad de operaciones *ad extra*, igualdad absoluta de las personas y su circumcesión. Además, supera el modalismo, sosteniendo que la distinción entre las divinas personas se da por las relaciones, que no son aquí accidentales, sino substanciales. En la procesión del Espíritu Santo insiste en que es *a Patre Filioque*, subrayando que es principalmente a partir del Padre, el cual es el comienzo sin comienzo.

Para explicar esto, usa la analogía, un conjunto de comparaciones con el hombre. Así como el hombre tiene memoria, entendimiento y voluntad, así la generación del Hijo corresponde al entendimiento y la procesión del Espíritu Santo a la voluntad o amor. La actividad *ad extra* de Dios es por su esencia, por eso es común a los tres. De ahí que el Hijo tenga en común con el Padre la aspiración del Espíritu Santo (*De Trin.*, XIV, 17, 29) y fue principal en la creación.

En cuanto a la cristología, Agustín eludió todas las herejías. Sostiene que en Cristo hay dos naturalezas (*substantiae*), divina y humana, pero sólo una persona (*Sermo* 130, 3). Era hijo natural de Dios, no adoptivo. Considera que el abandono de su Padre en la cruz no fue real, sino de los hombres, porque tomó sus pecados sobre sí (*Enarr. in Ps.*, XLIX, 5). En todo caso, es el mediador; vino a reconciliarnos con Dios su padre. Y lo hizo humillándose y entregándose a la muerte por nosotros.

En mariología, nuestro santo resalta el alto lugar de la Virgen en la redención, por dar cuerpo humano al Verbo; así como por una mujer entró el pecado, por otra entró la salvación. Igualmente, enseña que María fue virgen aun en el parto. No queda muy claro si defiende la inmaculada concepción, porque habla de que fue librada de los pecados personales, no del original (*De nat. et grat.*, 36, 42).

LA CREACIÓN

Agustín explica la creación en el *Del Génesis a la letra*, interpretando alegóricamente lo de los seis días en que Dios trabajó, como imágenes sucesivas que presentó a los ángeles, y el séptimo fue descanso más bien de los ángeles en Dios. Por eso ellos fueron creados antes del mundo. La creación fue obra de toda la Trinidad, aunque principalmente del Verbo. En contra de los maniqueos, no acepta un dios malo que había creado el mundo material.

En esa Verdad, que es Dios, se encuentran las Ideas ejemplares de todo lo creado (*De Gen. ad litt.*, V, 36). Dios las plasma en la materia como formas inherentes a ella, creada también por Él simultáneamente a las formas. La materia es indeterminada, cercana a la nada, aunque Agustín durante un tiempo buscó erróneamente su ser. En cambio, la forma es lo que cualifica a la materia y siempre va con ella. Por tanto, aunque a veces Agustín hable de

emanación, se trata en realidad de una creación a partir de la nada (*ex nihilo*), con lo cual no hay ningún peligro de panteísmo, a pesar de la expresión neoplatónica que usa.

Respecto al mundo creado, Agustín lo ve como compuesto de materia y forma. La materia, en perspectiva platónica, es lo ínfimo y es casi nada; fue creada por Dios y en ella plasmó sus ideas (*De Gen. cont. manich.*, I, 5, 9), lo cual está muy inspirado en el *Timeo* de Platón. Manifiesta, además, una concepción que podríamos llamar evolucionista, pues habla de unas “razones seminales” —que toma de los estoicos—, es decir, ciertos principios de desarrollo activo sembrados por Dios en los seres corpóreos. El mundo creado por Él no fue dado ya desde el principio, sino que era un mundo primordial y se ha ido desarrollando, pues en la materia que creó Dios ha dejado esas fuerzas germinales, con las cuales se va formando, según ciertas leyes y en las circunstancias favorables (*De Gen. ad litt.*, V, 51 y VII, 28). Aun cuando la creación fuera eterna (*ab aeterno*), como quieren los neoplatónicos, el mundo es causado y tendría comienzo *de existencia*; pero como no fue creado desde la eternidad, mucho más exige el comienzo *de duración* en el tiempo. Además, Dios es providente con sus creaturas, lo cual da a San Agustín, frente al problema del mal (tanto físico, o sufrimiento, como moral, o pecado), un optimismo equilibrado, pues el mal contribuye a la perfección de la totalidad.

ANTROPOLOGÍA TEOLÓGICA

En cuanto al hombre, dice San Agustín que consta de alma y cuerpo. El alma es una sustancia inmaterial y, por lo tanto, inmortal. El argumento que aduce para probar esa inmaterialidad del alma es que podemos conocer los hechos de la conciencia, y eso nos lleva al conocimiento de la naturaleza del yo; el alma tiene certeza de sí misma

y, por tanto, debe tenerla también de su esencia; y si fuera una cosa corpórea lo sabría con certeza (*De Trin.*, X, 10, 15). Mas la prueba principal de la espiritualidad e inmortalidad del alma la obtiene de la misma actividad inmaterial de ésta. La verdad, que es objeto del conocimiento humano, es inmutable, imperecedera y eterna; y el espíritu puede unirse a ella estrechamente; luego tiene ese mismo carácter de inmortal. El hombre es una alma prisionera en un cuerpo, al que rige (*De quant. animae*, XIII, 22). Con ello resulta difícil explicar la unión de ambos, y se nota el dualismo tan peculiar a todos los platónicos. Al igual que Platón, Agustín sostiene que el cuerpo material entorpece al alma humana en su conocimiento. Pero, a diferencia de él, no admite su preexistencia (*De civ. Dei*, X, 31 y *Retract.*, I, 8). Hay una sola en todo el cuerpo. Tiene memoria, entendimiento y voluntad, a imagen de la Trinidad. La voluntad, ya que mueve a las demás facultades, tiene la prioridad.

Por no admitir la preexistencia del alma, Agustín se ve obligado a dar razón del conocimiento humano, y por ello sostiene que el hombre es ayudado por Dios en el conocer. Así, aunque acepta la colaboración del conocimiento sensible, da una marcada supremacía al conocimiento intelectual. Ciertamente no profesa el innatismo platónico, según el cual todo conocimiento es reminiscencia, pero incita al conocimiento de la realidad en el interior del hombre, en la verdad espiritual que participa de la Verdad divina, la cual lo ilumina de la manera más perfecta.

En efecto, Dios es la verdad suprema y nos da a conocer las verdades por iluminación. Él nos da a participar sus *ideas ejemplares* y sus *razones eternas*; lo cual parecería implicar que, en cuanto que las ha depositado en nuestra alma, serían innatas; pero, aunque al principio San

Agustín sostuvo cierto innatismo (en los *Soliloquios*), después lo rechazó (*Solil.*, II, 20, 35; *Retract.*, I, 4, 13). Más bien, Dios da su iluminación al entendimiento, por la participación de sus ideas que concede al hombre; de acuerdo con ello, las cosas sensibles despiertan la sensación, la cual es muy importante, pero sólo como una motivación remota del conocimiento. Los sentidos son necesarios, aunque limitados, porque nos dan el conocimiento del mundo corpóreo, en tanto que el intelecto nos da el del mundo espiritual. El primero nos entrega sólo opinión; la ciencia únicamente puede provenir del segundo: es el mundo ideal que nos proporciona la verdad. El hombre ve en su espíritu la plasmación de las ideas ejemplares y de las razones eternas, y así se conecta con Dios. Pero en él también intervienen el sentido interno, la imaginación y la memoria, sólo que de manera accidental; el conocimiento decisivo es el intelectual. Y ése lo da sólo Dios, por una iluminación en la que da a participar sus ideas al hombre (*Solil.*, I, 1, 3). Las ideas de las cosas sensibles las podemos sacar del conocimiento sensible; pero las ideas de las cosas necesarias y trascendentes no se alcanzan a obtener de él; tienen que proceder de lo alto. Las mismas razones eternas no pueden surgir de los sentidos, son algo *a priori*; están en nuestro espíritu, pero no son de él; tampoco son producto suyo; tienen que venir de Dios. La teoría agustiniana del conocimiento se sustenta en la doctrina neoplatónica de la iluminación: Dios ilumina al hombre para que conozca.

En cuanto a la libertad, San Agustín escribe su célebre tratado *Del libre albedrío*, donde argumenta a favor de ella. Dice que su existencia es atestiguada por la conciencia y por el consentimiento unánime de todos los pueblos, que responsabilizan y castigan las faltas, lo cual no tendría sentido si no hubiera libertad (*De grat. et lib. arb.*, IV). Parecería que la libertad entra en contradicción con la

presciencia y la moción de Dios con respecto al hombre; pero Dios ve las acciones del ser humano desde la eternidad, con lo cual no las determina, antes al contrario, les asegura su condición libre; y su moción, como es para el bien, no impide sino que fomenta la libertad. Si la acción proviniera sólo de nosotros iría a la delectación del mal; pero, como proviene de Dios, va a la delectación del bien. Él nos inclina al bien; y, como en el bien reside la libertad, es cuando somos más libres.

El alma espiritual es principio de la vida vegetativa, sensitiva y racional. Tiene como finalidad y destino la inmortalidad dichosa con Dios. Pero, en cuanto al origen del alma, Agustín duda de que haya sido creada directamente por Dios en el hombre, debido a la incompatibilidad que esto tiene con la idea del pecado original, pues no cree que Dios haga el alma ya manchada con tal pecado, y adopta el traducianismo, según el cual el alma de los hijos es originada por los padres. Pero no lo presenta como una opinión segura (*De Gen. ad litt.*, X, 21). En cuanto al fin del alma, es claro: es la vida eterna con Dios. En efecto, argumenta, como ya se dijo, que el alma es el sujeto de la verdad; pero la verdad es inmortal, luego el alma también. Además, el alma tiene un deseo insatisfecho de felicidad, pero sólo puede satisfacerse si esa felicidad es eterna, luego el alma es eterna. Porque tiene un alma inmortal, el hombre debe esforzarse por llegar a su último fin, a saber, Dios, que es la suma bondad y al cual tiende vehementemente el alma humana. San Agustín le decía: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón estará inquieto mientras no descance en ti” (*Conf.*, I, 1, 1).

GRACIA Y PREDESTINACIÓN

En cuanto al pecado original, Agustín se inclina al traducianismo (lo transmiten los padres a los hijos), pero

no se decide por él. Ya que considera el pecado original como concupiscencia, y ya que los niños son engendrados en ella, por eso vienen manchados. Los primeros padres podían no morir ni pecar, pero perdieron esos dones y los hombres somos *massa damnata* o de perdición (*Ench.*, 31). El hombre conserva el libre albedrío, pero no la libertad plena, que es la de los hijos de Dios (*De civ. Dei*, V, 10). Los niños que mueren sin bautismo recibirán una pena muy leve y los paganos una menos leve.

En cuanto a la gracia, primero pensó Agustín que el hombre podía tener fe sin necesidad de aquélla, y también la perseverancia; pero al final se retractó. En contra de los pelagianos, que pensaban que el pecado original sólo había afectado a Adán y no a los demás hombres, y que sostenían que el hombre podía adquirir la fe por sí mismo, nuestro santo subraya la necesidad de la gracia divina. Cuando dice que, sin la gracia de Cristo, el hombre no puede querer ni obrar el bien, se refiere al mérito para el cielo. Dividió la gracia actual en *praeveniens*, *cooperans* y *subsequens* (*De nat. et grat.*, 31, 35). A los predestinados Dios les da el poder y el querer, por eso no se pueden resistir. Pero, incluso así, son libres y ganan méritos. En cuanto a la predestinación, dice que Dios salvará a un número de hombres igual al de los ángeles caídos, y les dará las gracias para ello. Son los *electi*; en cambio, los *vocati* son los que, por no tener perseverancia, no alcanzarán el cielo. La predestinación no se debe a los méritos de los hombres, sino a la misericordia divina (*De correptione et gratia*, XIII).

TEOLOGÍA MORAL, TEOLOGÍA POLÍTICA Y DE LA HISTORIA

Para Agustín, la moral es esa neoplatónica vuelta del hombre desde las cosas sensibles hasta Dios, que es el máximo bien y fin último, única felicidad verdadera. Consiste en la reintegración a la unidad divina a partir de la dispersión de los seres materiales. Ese camino se recorre por la vir-

tud, tanto cognoscitiva como activa. Las razones eternas nos ayudan a captar la ley de Dios, su ley eterna, reflejo de sus ideas ejemplares y de su sabiduría (*Epist.* 157). Hay que ordenar la voluntad libre a ese bien que es Dios, el único amable completamente por sí mismo. Y, como Dios es amor, la vida moral es el ejercicio de la caridad, o amor a Dios y al prójimo, venciendo el amor propio y de las cosas terrenas (la *cupiditas*) hasta el desprecio de sí mismo (*De civ. Dei*, XIV, 28). Esa ley eterna es nuestra guía, contiene las verdades inmutables de la moral, y es grabada por Dios en nuestras conciencias como ley natural.

Así, pues, para llegar a la iluminación plena, hay que desear la unión con Dios, que, además de dar conocimiento, da santidad. Por tanto, el motor de la vida virtuosa es la voluntad, el amor ejercido en el horizonte de la libertad y la gracia. La misma libertad sólo es plena por la acción de la gracia; es decir, aunque el hombre tiene libre albedrío, necesita de la gracia para tener verdadera libertad, en la cual evite el mal al que está inclinado (*De spirit. et litt.*, XXXI y XXXIII). En este juego de la libertad y la gracia, San Agustín espera y anhela el triunfo de la caridad, que es el amor de Dios y del prójimo, y se opone al amor propio y al de las cosas mundanas. Tal es la ley de Dios, una ley eterna que Él ha dejado, como ley natural, grabada en el corazón del hombre.

La articulación de libertad y obligación estructura la moral de Agustín y se plasma en su teología social y política. Establece la sociedad como basada en el amor y el trabajo. Ambas cosas se buscan satisfacer en ella, y, primeramente en la familia, núcleo de la sociedad, al ser el centro de la generación y la educación. En torno a ella se establece la relación con el Estado y surge también la unión para la satisfacción de las necesidades, que requiere el trabajo como medio y la propiedad como finalidad. Agustín pon-

dera la nobleza del trabajo; admite la esclavitud, pero se le nota que en el fondo la rechaza: así, en *De la ciudad de Dios* (XIX, 15), dice que nadie es esclavo por naturaleza, sino por guerra o compraventa, y se dedica a llamar la atención hacia los derechos naturales del esclavo, que no es un animal, sino una persona, y habla del buen trato que el amo cristiano debe dar a quienes lo sirven.

Por otro lado, también se preocupa Agustín por la sociedad y el conocimiento del desenvolvimiento de su historicidad. Su teología social implica la orientación hacia el bien, hacia la justicia y hacia Dios (*De civ. Dei*, XII, 13 y 14); por eso pide que se proteja la religión y se promueva la educación en ese sentido. Su concepción de la temporalidad lo lleva a una notable teología de la historia. En su obra *De la ciudad de Dios*, expone la marcha de la sociedad hacia Dios, a pesar de la oposición que encuentra. Los que contrarían esta marcha por el amor propio constituyen lo que él llama la “ciudad terrena”, y los que, al contrario, se esfuerzan por fomentarla con la caridad, constituyen la “ciudad de Dios” (*De civ. Dei*, X, 14; XV y XVII, 4). Pero no debe confundirse esa ciudad terrena con el Estado, sino con el Estado pervertido, pues el Estado justo está llamado a proteger a la Iglesia y a tener buenas relaciones con ella.

Por lo demás, la obra *De la ciudad de Dios* contiene una teología de la historia, la primera. En ella se enfrenta a los paganos, que atribuían las desgracias de Roma (como las invasiones de los bárbaros) al cristianismo, que ya era oficial, por haber sustituido y derrocado a la religión romana. Agustín refuta esa acusación, ya que desgracias siempre las ha tenido el imperio, y hace una interpretación del curso de la historia como dependiente de la providencia divina.

SACRAMENTOS, ECLESIOLOGÍA Y ESCATOLOGÍA

Para nuestro santo, los sacramentos son semejanzas de las cosas que representan, esto es, signos simbólicos. El bautismo de deseo perdona también los pecados personales. En cuanto a la eucaristía, no es claro; a veces parece hablar de ella en sentido simbólico: Cristo dio a sus discípulos un signo de su cuerpo, y dice que la eucaristía es el cuerpo de Cristo según cierto modo (*secundum quemdam modum; Ep.* 108, 9). En cuanto a la penitencia, dice que ésta puede perdonar todos los pecados cometidos después del bautismo (*Ench.*, 83). Incluso el sacerdote en pecado puede absolver a los penitentes, con tal de que sea católico. En el trance de la muerte se debe dar la absolución a todos. A los relapsos se les debe negar, pero les queda la misericordia de Dios.

En eclesiología, Agustín sostiene que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica. Por eso los donatistas no pueden pertenecer a ella, pues se apartan de esas cuatro propiedades: rompen la unidad, al no aceptar a los caídos; y, además, dicen que los sacramentos sólo son válidos cuando el ministro es impecable. Y es que la soberbia es la causa de las herejías y los cismas. Nuestro santo distingue entre Iglesia visible e invisible: “Muchos que parecen estar fuera, están dentro, y otros que parecen estar dentro, están fuera” (*De bapt.*, V, 27, 38). No concede mucho peso a los milagros como prueba de la santidad de la Iglesia, pues se hacen entre los paganos, los judíos y los herejes. La Iglesia decide el valor de los evangelios. Y es la de Roma (*Sermo* 131, 10, 10). Hay también una Iglesia triunfante. Por eso acepta el culto a los santos, pero distinguiéndolo del de Dios, como menor que éste.

En cuanto a los novísimos, Agustín sostiene que, después de la muerte, las almas de los hombres irán a un lugar in-

termedio, una especie de Hades, que él llama *abdita receptacula* (receptáculo oculto). Allí esperarán la resurrección y el juicio universal, y mientras tanto los malos no serán atormentados con el fuego, y los justos estarán como en el seno de Abraham; pero, después del juicio, las penas del infierno serán eternas. Se refiere a algunos que no creían en eso, pero que se equivocaban (*Ench.*, 112); quizás eran seguidores de San Jerónimo, quien pensaba que ninguno de los cristianos caería en el infierno.

ESPIRITUALIDAD

Nuestro santo fue asimismo un maestro espiritual, de los más grandes. Centra todo en la gracia divina, pues el hombre no puede salir del pecado sin esa ayuda, y menos llevar una vida sobrenatural. Debe pedirla con devoción y confiar en la salvación que le viene de Cristo (*De la corrección y de la gracia*, 4-5). Sobre todo para alcanzar la perseverancia final (*Del don de la perseverancia*, 3). La perfección cristiana radica en la caridad, que hace pasar de una perfección relativa a una absoluta, y que se obtiene con la mortificación y el buen uso de las creaturas; asimismo, con la práctica de las virtudes, principalmente la fe, la esperanza y la caridad (*Sermo* 170, 8). Señala cuatro grados de perfección: caridad incipiente, caridad creciente, caridad robusta y caridad perfecta. En este último nivel se da la unión con Dios, que es como estar en el cielo (*Enarr. In psal.*, 35, n. 6). Allí se muestran evidentes las verdades de la fe, se capta la vanidad de las cosas terrenales y se vive un amor tan grande a Dios que hasta se desea la muerte, para ir a la gloria (*Confes.*, I, 5, n. 5). Y también se reciben gracias místicas. Es célebre su *Regla*, centrada en la caridad, que fue seguida no sólo por sus monjes, sino por muchas otras órdenes en la historia de la Iglesia. Se duda de que la haya redactado tal como está ahora, pero se sabe que está basada en su epístola 211 y

que pudo haber recibido añadiduras para ser la *Regula ad servos Dei*; pero, en todo caso, lleva su espíritu.

EL ANALOGISMO DE SAN AGUSTÍN

Nuestro santo fue un talento analógico. Ya su misma teoría de las ideas ejemplares de Dios como prototipos de las cosas creadas está en esa línea, pues supone la participación, por la que los seres creados llevan la impronta de Dios, su semejanza. Por eso de las perfecciones de ellas obtiene los atributos divinos. De todos modos, sabe que Dios está más allá de las creaturas, por lo que las categorías de lo creado sólo impropiamente se le aplican. Asimismo, las cosas participan de Dios el ser, según la proporción de su perfección. Su doctrina de la Trinidad se basa en la psicología humana, atendiendo a la memoria, el entendimiento y la voluntad, que corresponden al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Resalta el carácter icónico del hombre con respecto a Dios, por ser su imagen y semejanza. Por eso ve al hombre como microcosmos y al ver la vida como un libro en el que se escriben nuestras acciones. Las mismas creaturas son todas íconos del Creador, símbolos suyos que lo representan y nos hacen encontrarlo a través de ellas. Se ve en su uso moderado de la alegoría, el sentido espiritual, además del sentido literal.

INFLUENCIA AGUSTINIANA

El influjo que ejercerá San Agustín sobre sus contemporáneos y sobre la Edad Media es imponderable. Por supuesto que se da en lo que se ha llamado corriente platónico-agustiniana, esto es, los que han seguido el platonismo o neoplatonismo, que son la mayoría; pero también en los que profesaron el aristotelismo, como San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. San Agustín estará de alguna manera omnipresente en los filósofos

posteriores a lo largo de toda la época medieval y tiene vigencia hasta el presente.

SAN LEÓN MAGNO, PAPA (+461)

Este doctor de la Iglesia era probablemente natural de Toscana, de una familia noble que se trasladó a Roma. Entre 420 y 430 era diácono, muy estimado. Luchó contra maniqueos, arrianos y nestorianos (hizo que Juan Casiano escribiera un tratado contra Nestorio). Fue papa de 440 a 461, en tiempos muy difíciles. También le tocó la cuestión eutiquiana, que se resolvió en el concilio de Calcedonia (451), primero de los ecuménicos, pues estuvo presidido por él mismo. También, en 449 había sacado la *Epístola dogmática a Flaviano*, contra el monofisismo, que se leyó en el concilio de Calcedonia y guio la formulación de la fe católica. Los monofisitas se apoderaban del oriente, que era más influyente y poderoso que Roma, pero siempre los combatió. San León, como papa, detuvo a Atila en Mantua en 452, y conferenció con este jefe de los hunos, lo cual salvó a Italia. Además, en 455, detuvo a Genserico, rey de los vándalos, frente a las puertas de Roma. Después de defender los derechos de la Iglesia romana, murió en 461.

Escribió sermones y cartas. En Cristo reconoce las dos naturalezas (*naturae sive substantiae*) y una persona, con lo cual salvaguarda la *communicatio idiomatum* o comunicación de propiedades. Llegó a abrogar la confesión pública (por no encontrarle base apostólica), y prefirió la individual. También se opuso a los pelagianos.

Su mentalidad equilibrada lo ayudó a luchar contra los herejes de su tiempo. Se vio en su labor teológica, en la cual mantuvo la ortodoxia. Lo mismo ocurre en su teología moral, en la que prefirió la confesión individual y

quitó la pública, demasiado difícil. Igualmente, le confirió prudencia, la cual necesitó mucho para enfrentarse a los hunos, y lograr que los hunos y los vándalos se abstuvieran del saqueo, al ver la presencia tan santa de este papa.

Otros escritores latinos de este período

Hubo otros apologistas que escribieron en lengua latina, pero también semipelagianos y los que se les opusieron, y algunos más que dialogaron con la filosofía.

APOLOGISTAS LATINOS

Se piensa que es de **Julio Fírmico Materno** un *Del error de las religiones profanas*, que usando el Antiguo Testamento pide a los emperadores Constante (+350) y Constancio (+361) apagar los rescoldos del paganismo. Parece haber sido un neoplatónico oriundo de Sicilia, que escribió una obra pagana de astrología, *Máthesis*; pero se convirtió y se lanzó contra los paganos con celo de converso.

Paulo Orosio, sacerdote español, frecuentó a San Agustín y a San Jerónimo, y se opuso a la herejía de Pelagio. Dejó un *Libro apologético en contra de los pelagianos*, y en 417-418 una *Historia contra los paganos*, excelente continuación del *De civitate Dei* de Agustín. Va desde Adán hasta el 417 d. C.

SALVIANO (H.400-¿?)

Al parecer nació en Colonia o en Tréveris hacia el 400. Convirtió a su esposa y ambos vivieron en castidad. Se hizo sacerdote y monje en Lerins (426) y pasó a Marsella. En 467 Genadio lo menciona como de “buena senectud”, es decir, en sus sesentas. Escribió *Contra la avaricia* y *Del gobierno de Dios*, antes del 451, defendiendo al cristianismo de la acusación de que por su

culpa vinieron las invasiones de los bárbaros. Prueba la providencia divina. Señala los vicios de los católicos romanos y dispensa a los bárbaros porque, como paganos (godos y hunos), no conocieron la ley de Dios, o como herejes (godos y vándalos), la conocieron adulterada. Así, la ruina del imperio romano era castigo de Dios muy merecido y prueba de que gobierna el mundo con su providencia. Curiosamente, señala con demasiado énfasis la importancia de los germanos para la Iglesia.

Orosio heredó el analogismo de su amigo San Agustín, cuya obra *De civitate Dei* continuó. Y Salviano hizo algo parecido al defender a la Iglesia contra la acusación de que por culpa de ella habían venido las invasiones (cosa que había hecho el genio de Hipona en el libro aludido).

SEMIPELAGIANOS Y SUS CONTRARIOS

Hubo otros autores que, sin incurrir completamente en el pelagianismo, adoptaron una actitud cercana, es decir, semipelagiana, concediendo demasiado vigor a la voluntad humana, a despecho de la gracia. Y tuvieron también sus adversarios, que se ponían a favor de una mayor ortodoxia.

*JUAN CASIANO (360-POST 432)*³⁴

Nació en Escitia (Dobrudscha), el 360. Fue educado cristianamente en un convento de Belén. Con un amigo suyo, Germán, vivió diez años en el desierto egipcio. San Juan Crisóstomo lo ordenó diácono en Constantinopla, hacia el 392. Pasó a Roma y fue ordenado sacerdote (404). Diez

³⁴J.-C. Guy, *Jean Cassien. Vie et doctrine spirituelle*, Paris: P. Lethielleux, 1961.

años después se le ve cerca de Marsella, donde fundó dos conventos, uno para varones y otro para mujeres. Los dirigió durante 20 años. Con eso propagó el monacato en esos lugares de las Galias. Murió después del 432, hacia el 435.

Dejó una obra dogmática, *De la encarnación del Señor, contra Nestorio*. Y obras sobre el monacato, como las famosas *Instituciones*. Pone como vicios la tristeza y el *taedium*, junto con el orgullo y la vanagloria. También escribió las *Colaciones*, sobre los ejemplos de los anacoretas de Egipto. En la colación 13, *De la protección de Dios*, habla acerca de la gracia, y se le sienta con el semipelagianismo extendido por su región. Admite que la gracia y la libertad deben cooperar a la salvación, pero añade que la gracia sólo acompaña (no determina) la buena voluntad y la lleva al fin; en cambio, la buena voluntad y la inclinación a la fe pertenecen al hombre, y en contadas ocasiones Dios da el primer impulso (como a San Mateo y a San Pablo). La predestinación no es para la condenación, y la que va hacia la salvación depende de la presciencia divina.

Su espiritualidad fue típicamente monacal, en el retiro y la soledad del desierto, pero también en las actividades a favor de la Iglesia. Hay que llegar a la perfección en la caridad, venciendo los vicios y las tentaciones, por medio de la oración, el renunciamiento, la penitencia, el ayuno y la mortificación. Promueve la práctica de las virtudes, como la humildad, la paciencia y la pureza del alma. Insiste, sobre todo, en la práctica de la oración, que debe ser continua.

San Vicente de Lerins era sacerdote en el monasterio de ese lugar, cercano a Marsella. Con el pseudónimo de “Peregrino”, escribió en 434 dos *Commonitoriae* (memorias o relaciones), que fueron consideradas como el mejor

resumen de la doctrina de la Iglesia sobre la tradición. Sostiene que no basta la Escritura, por su profundidad, y se tiene que acudir a la tradición. Pero tiene elementos semipelagianos, posiblemente contra San Agustín.

A Casiano y a San Vicente les ganó el univocismo con respecto a la gracia divina, por dar más peso al esfuerzo humano, y no al auxilio de Dios. Es fruto de un rigorismo que posiblemente venía de las luchas que esos varones espirituales sostenían en contra del pecado.

SAN PRÓSPERO DE AQUITANIA (+463)

Tirón Próspero fue un seglar muy erudito en teología, que se opuso a San Juan Casiano y a San Vicente de Lerins, para defender a San Agustín. Le escribió avisándole de la oposición que había en esos conventos de las Galias contra su doctrina de la gracia y de la predestinación, por causa de lo cual Agustín escribió *Del don de la perseverancia* y *De la predestinación de los santos*. También publicó Próspero un poema intitulado *De los ingratos*, donde llama así a los que no valoran la gracia divina. Consiguió del papa Celestino una carta en la que se alababa a San Agustín y se insistía en la necesidad de la *gratia praeveniens*, contra los pelagianos. Además, dejó dos obras contra los semipelagianos Casiano (*De la gracia y el libre albedrío contra el que la combate*) y San Vicente de Lerins (*Respuestas a los capítulos de objeciones de los Vicentinianos*). Es más conocido por su *Crónica íntegra*, desde la creación del mundo hasta el 455 d.C. A partir del 440 trabajó en Roma, en la cancillería del papa León I. Murió en 463.

San Optato, obispo de Mileve en Numidia, siguió a San Agustín en su oposición al donatismo. Hacia 370 escribió *Del cisma de los donatistas* o *Contra Parmeniano*. Este último era el sucesor de Donato el Grande en la sede de

Cartago. Trata de la herejía donatista; demuestra que hay una sola Iglesia de Cristo; que es la Iglesia Católica solamente, y que los sacramentos, especialmente el bautismo, tienen eficacia *ex opere operato* (por la acción misma, no por el ministro). Defiende el que se ejerza el rigor contra los donatistas.

Tanto San Próspero como San Optato supieron recoger el espíritu analógico de San Agustín, al oponerse a los pelagianos y a los donatistas. Lo hicieron aprovechando los elementos teológicos que ese gran santo había desarrollado.

OTROS PADRES APOLOGISTAS

A estos padres apologistas pertenece también **Mario Victorino** (h.300-363), nacido en África, que enseñó retórica en Roma y se convirtió ya viejo, en 355. Escribió contra los arrianos y, en este sentido, se dedica a la apologética, aunque lo más notable es la extensa obra de traductor y comentarista que realizó. Tradujo y comentó a Platón, a Aristóteles (*Categorías, De la interpretación*) y a Plotino, así como la *Isagoge* de Porfirio, y además comentó a Cicerón (*Diálogos y Tópicos*). Fueron muy útiles esas obras. Por ejemplo, gracias a su traducción de Plotino, pudo leerlo San Agustín, y esto lo acercó al cristianismo.

Otro es **Nemesio de Emesa** (h. 400), quien fue obispo de Cesarea, y en su obra *De la naturaleza del hombre* continúa la tendencia platonizante de los alejandrinos: pone al hombre como un microcosmos, y, para él, las almas preexisten y luego son puestas en un cuerpo; sin embargo, no admite la transigración de las almas (*De nat. hom.*, 2).

Mario Victorino se muestra analógico en su utilización de la filosofía pagana en favor del cristianismo y en

contra de los herejes. Nemesio aplica la analogía al ver al ser humano como microcosmos, y con la misma se salva de sostener la metempsícosis, idea que algunos le han achacado, pero que supo eludir. Con todo, su tratado sobre el hombre contiene varias imprecisiones e incoherencias, y eso a pesar de ser una obra mejor que las producidas por la filosofía pagana.

SAN PEDRO CRISÓLOGO (405-450)

Este doctor de la Iglesia nació en Imola, en Emilia. Su padre fue obispo de esa ciudad. Fue consagrado obispo de Ravena, y arzobispo del mismo lugar. Tuvo una gran elocuencia, por lo que se le llamó “Crisólogo”, esto es, “palabra de oro”. Así, escribié numerosas homilías y cartas. De sus sermones, sólo algunos poseen contenido de teología dogmática, sobre la Encarnación, en los que refuta las herejías que había (sobre todo arrianismo, nestorianismo y eutiquismo). Otras comentan el credo; otras, el padrenuestro; otras, la Sagrada Escritura y otras son morales o espirituales.

BOECIO (H.480-524)³⁵

Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio nació en Roma, entre 475 y 480. Fue enviado a Atenas, donde estudió aristotelismo, estoicismo y neoplatonismo. Hacia el 504 comenzó su traducción de Platón y Aristóteles. En 510 entró como ministro al servicio del rey ostrogodo Teodorico,

³⁵H. Chadwick, *Boethius. The Consolations of Music, Logic, Theology and Philosophy*, Oxford: Clarendon Press, 1990 (repr.); M. Beuchot, “Retórica, dialéctica y filosofía en Boecio”, en *Investigación Humanística* (UAM), 3/2 (1986), pp. 73-85; J. Marenbon, *Boethius*, Oxford: Oxford University Press, 2003.

que profesaba la herejía arriana. Éste primero le encargó asuntos científicos y luego políticos, pues en 522 era *magister officiorum*, el cargo más alto en la corte. El senador Albino entró en tratos con Bizancio y Boecio lo apoyó, cosa que hizo sospechar de él a Teodorico. Éste lo mandó encarcelar en Pavía, y lo hizo decapitar, acusado de traicionarlo con el Imperio de Oriente (por mantener correspondencia secreta con el emperador Justino I). Seguramente fue una calumnia y, además, no se le dio derecho a defenderse. Como entonces lo político iba ligado a lo religioso, se lo ha considerado mártir, pero ahora se piensa que sólo fueron motivos políticos los que intervinieron en su muerte.

Boecio fue un gran traductor y comentarista de Aristóteles. También lo fue de Porfirio, con cuyo análisis inició la polémica de los universales. Introdujo al occidente latino muchos términos filosóficos griegos. Igualmente, comentó los *Tópicos* de Cicerón. No sólo contribuyó a construir la terminología técnica, sino que —con sus traducciones modélicas— fue el principal educador filosófico de los latinos.

Escribió, asimismo, algunas obras propias, como *De los silogismos hipotéticos*, *De la Trinidad*, *Libro de la persona y las dos naturalezas*, *De hebdomadibus* o de los principios y *De la consolación por la filosofía*, redactada en la prisión. En este último libro la dama Filosofía le hace entender que la felicidad se encuentra en la sabiduría y en la contemplación de Dios; le aclara que la providencia divina actúa, aunque parezca que triunfa el injusto; y le hace comprender que la omnipotencia de Dios no anula la libertad del hombre.

Boecio distingue bien entre la filosofía y la teología, y, cuando filosofa, lo hace desde la razón humana, aunque tenga siempre como iluminadora su fe cristiana. Dejó

muchas definiciones clásicas, como la de persona (substancia individual de naturaleza racional) y la de eternidad (posesión perfecta toda simultánea de la vida interminable). En la teoría del conocimiento y la antropología es aristotélico. En metafísica es menos claro, pero es fundador de problemas importantísimos, como el de los universales, ya mencionado, y el de la distinción entre la esencia y la existencia. Nunca quedó claro, sin embargo, si su distinción entre diferentes aspectos del ente —aquello por lo que es (el *quo est* o *esse*) y aquello que es (el *quod est*)— se quedan en el plano formal e interior de la esencia, comparándose la esencia abstracta (*quo*, como la humanidad) y la esencia concreta (*quod*, como el hombre); o si llegan verdaderamente al plano existencial, en el que sí se daría la comparación y distinción de la esencia y la existencia (*De Trin.*, 2). En lógica, desarrolló los silogismos hipotéticos, de ascendencia estoica, así como la tópica o argumentación a base de tópicos (o reglas o esquemas de inferencia), tanto en la dialéctica como en la retórica. En la antropología filosófica, dejó su célebre definición de la persona como substancia individual de naturaleza racional (*De pers. et de duab. nat.*, c. III). En cosmología, dejó la definición de eternidad, como la posesión perfecta y simultánea de la vida o del ser interminable (*De consol. phil.*, V, prosa 6).

Llama la atención el que su *Consolación por la filosofía* no contiene ningún elemento propiamente cristiano en sentido teológico, sino sólo argumentos profanos, y podría pasar por la obra de un pagano, o de una persona racionalista. La *dama filosofía* le da razones para soportar la cárcel en la que injustamente se encontraba, y para arrostrar el fracaso, y en el texto se combina la poesía con la prosa. En el primer libro la *Filosofía* le pide que le diga sus sufrimientos, y él le expone los motivos de su prisión. El libro segundo prueba que la felicidad está en el interior del hombre. El tercero, que Dios es el fin de todas las cosas y

la única felicidad. El cuarto hace ver que la providencia, como un médico, da la felicidad al alma según su capacidad. El quinto contesta las preguntas de Boecio sobre la causalidad y la relación que se da entre la libertad humana y la presciencia divina, terminando con una exhortación a evitar los vicios y vivir en presencia de Dios.

Boecio es uno de los enclaves del pensamiento analógico en teología. Por eso elaboró esas definiciones que fueron capitales para la teología posterior, sobre todo medieval. Asimismo, fue lo que lo acercó a la distinción entre esencia y existencia, aunque no la formuló claramente. Lo mismo se ve en su uso de metáforas y comparaciones atinadas.

§

A pesar de que la Iglesia occidental no fue tan brillante como la oriental, no le fue muy a la zaga. Como se ha visto, se dedicó a aprender de ella. De esta manera recogió su legado y lo llevó a considerables alturas. Hubo algunos teólogos muy connotados, como se ve, sobre todo, en el genio de San Agustín. Eso prepararía las nuevas síntesis, más allá de la patrística, como la excelente de Santo Tomás de Aquino. Él se beneficiará de lo principal de estas tradiciones, para su construcción teológica.

CUARTO PERÍODO. DECADENCIA Y FIN DE LA LITERATURA PATRÍSTICA (S. VI)

GENERALIDADES

Después de las invasiones de los bárbaros, la cultura occidental quedó en estado muy lamentable. Hubo considerables pérdidas de material científico de todo tipo. Se debe a los monjes y clérigos cristianos la conservación de los pocos restos que se libraron de la destrucción. Estos mismos personajes sostuvieron también el trabajo de recuperación, sobre todo a través de los contactos con filósofos musulmanes y con cristianos en dominios islámicos.

Por lo general, no añadieron nuevas teologías, sino que hicieron compendios de lo más autorizado, para instrucción segura y rápida de los interesados. Solamente hay algunos rasgos de aportación, como en el *corpus dionysiacum* (del Pseudo-Dionisio Areopagita) y en algún otro.

Escritores en lengua griega

Los padres de este idioma van perdiendo poco a poco su fuerza, la que tenían antes. Hay un escritor connotado, pero desconocido, que es el Pseudo-Dionisio Areopagita, de comienzos del siglo VI. Es notable otro padre, San Máximo el Confesor. Y, finalmente, San Juan Damasceno, que ya actúa en una cristianidad oriental que se encuentra bajo el poder de los musulmanes.

*EL PSEUDO-DIONISIO (H. 500)*³⁶

Este autor fue confundido con un discípulo de San Pablo, Dionisio el Areopagita, llamado así porque perteneció al areópago de Atenas. Se le atribuyen cuatro obras: *Sobre la jerarquía celeste*, *Sobre la jerarquía eclesiástica*, *De los nombres divinos* y *De la teología mística*. Pero se ha descartado el que hayan sido escritas por ese discípulo de San Pablo, ya que no son conocidas en los primeros cinco siglos del cristianismo. Sólo hasta el s. VI son citados expresamente. Además, Valla y Erasmo probaron que este autor depende del neoplatónico Siriano (primera mitad del siglo V) y de su discípulo Proclo (412-485). También del *Parménides* de Platón y del platonismo cristiano de San Gregorio de Nisa.

La doctrina que ahí se contiene comienza estableciendo que Dios supera todas las perfecciones de las creaturas; por eso, mejor que la teología positiva y por vía de causalidad, el modo para conocerlo es la teología negativa y por vía de eminencia respecto de todo lo creado (*Theol. myst.*, I, 3). La teología negativa se da cuando se dice que Dios es inefable, inaprehensible o irrazonable; la de eminencia se ejerce al decir que es super-ser, super-substancia, super-bondad. Considerado en sí mismo, Dios es Ser; pero considerado en relación con sus creaturas es Bien (*De divin. nom.*, 4, 14). Es el principio de los seres, que descienden de Él por creación. En ese sentido, se resalta la participación de todas las cosas respecto de Él, pues es su causa eficiente y ejemplar. En efecto, contiene las ideas ejemplares o arquetipos de todas las cosas (*De div. nom.*, V, 8). Asimismo, conoce y gobierna todas las creaturas.

³⁶A. Brontesi, *L'incontro misterioso con Dio. Saggio sulla teologia affermativa e negativa nello Pseudo-Dionigi*, Brescia: La Scuola, 1970; V. Muñiz Rodríguez, *Significado de los nombres de Dios en el Corpus Dionysiacum*, Salamanca: Universidad Pontificia, 1975.

Igualmente, Dios es el fin al que todas las cosas tienden. Es decir, también es su causa final. Se cumple aquí la visión neoplatónica de Dios como origen y término de los seres. Es el Bien-Belleza que atrae al universo (*Cael. hier.*, III, 2). Todas las cosas marchan a su reintegración en Dios; pero el hombre lo hace, en especial, por la inteligencia y la razón. De este modo no solamente se trata de un itinerario que el hombre recorre en el camino de la moral, sino que, asimismo, tiene un carácter ontológico; además, ambos aspectos se reúnen y se sobre elevan en la mística.

Mientras que muchos padres consideraban que los ángeles tenían cierta corporeidad etérea, Dionisio, en su obra sobre la jerarquía celeste sostiene que eran espíritus, esto es, inmateriales. También admite que, después de la muerte, las almas de los justos van directamente a gozar de Dios, sin pasar por un estado intermedio (como el Hades que otros padres postulaban).

En el campo de la espiritualidad, este autor fue uno de los más seguidos en la Edad Media (por ejemplo por San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino). Su doctrina mística se basa en la oración, que nos orienta hacia Dios, quien vive en una luz inaccesible, pero nos unimos a Él por el amor. El medio para hacerlo es la virtud. Se participa en Él por la purificación, la iluminación y la unión, que no son grados, sino maneras de recibir su participación. Porque hay que experimentarlo, vivirlo o “*padecerlo*” (*De divin. nom.*, 2, 9). Siempre en el ámbito de la caridad o amor místico.

El Pseudo Dionisio fue otro enclave del analogismo. Se le atribuye una actitud de teología negativa, pero está usando un procedimiento analógico, sumamente dialéctico, ya que comienza afirmando algo de Dios, luego lo niega y

después aplica la supereminencia que trasciende todo lo creado. La base de esto es la doctrina de la participación de los entes en Dios, por lo que establece una jerarquía de grados ontológicos.

San Leoncio de Bizancio vivió en la primera mitad del siglo VI. Posiblemente nació en esa ciudad. Se hizo monje en la Nueva Laura, cerca de Jerusalén. Iba mucho a Bizancio a las discusiones teológicas, como en 519 y en 533, adonde acudían los monofisitas. Fue campeón en la lucha contra ellos. Murió en 543 en Bizancio. Se basó mucho en la filosofía aristotélica. Adoptó en teología a San Cirilo de Alejandría. Dejó *Tres libros contra los nestorianos y los eutiquianos*. El primero mostraba que Nestorio y Eutiques, aunque tan contrarios, habían partido de las mismas premisas falsas. El segundo es la discusión de un ortodoxo y un aftartodoceta (de los que creían que el cuerpo de Cristo era incorruptible aun antes de la resurrección). El tercero iba dirigido al nestorianismo, sobre todo contra Teodoro de Mopsuestia. Los monofisitas decían que cada naturaleza tenía una hipóstasis, de modo que Cristo tenía dos personas. Leoncio usó a Aristóteles para establecer que una naturaleza puede estar en una hipóstasis diferente, sin necesidad de que esté en dos. Así, Cristo está enhipostizado en una sola persona.

San Sofronio nació en Damasco, fue monje en Jerusalén, y viajó a Egipto y Roma. Combatió a los monotelitas (quienes decían que Cristo sólo había tenido una sola voluntad, la divina). Fue patriarca de Jerusalén en 634 y publicó una carta sinodal contra esos herejes. Sobrevivió a la toma de Jerusalén por el califa Omar en 627, pero murió al año siguiente.

Leoncio y Sofronio usaron la analogía para combatir a todas esas herejías que le tocaron, adoptando los puntos de

partida ontológicos exactos. Fueron muchos los errores que combatieron, y hoy podríamos señalar que las herejías partían bien de la univocidad, bien de la equivocidad, ambas cosas indebidas.

*SAN MÁXIMO EL CONFESOR (H. 580-662)*³⁷

Otro de los padres griegos fue San Máximo, de Constantinopla. Nacido de noble familia, fue funcionario de la corte imperial de Heraclio (+641), pero luego, en 630, se hizo monje. Se opuso al patriarca Sergio, y se le llamó “el confesor” por todo lo que sufrió con los monotelitas. Por ejemplo, en 645 sostuvo en África (probablemente en Cartago) una polémica con el jefe de ellos, Pirro, a quien convenció de sus errores y éste regresó a la Iglesia. Estuvo en el gran Concilio de Letrán, en Roma, y luego fue llevado a Constantinopla, junto con el papa, encadenados por orden del emperador Constante II, quien los desterró. Máximo fue a Tracia y luego a Constantinopla, ante un sínodo; allí se les cortó la lengua y una mano, en 662, y fueron enviados a Lazica, en el Mar Negro, donde él murió ese mismo año, por los padecimientos.

Comentó a San Gregorio Nacianceno y al Pseudo-Dionisio. El propósito de la creación fue la humanización de Dios y la divinización del hombre. Por eso Cristo fue verdadero Dios y hombre. De esa dualidad de naturalezas se sigue la de las voluntades y de energías; pero en Cristo sólo hubo una voluntad física, no gnómica (o de elección), porque estaba determinada por el *Logos*, que con su voluntad divina moldeaba la humana. Máximo escribió,

³⁷H. U. von Balthasar, *Liturgie cosmique. Maxime le confesseur*, Paris: Aubier, 1947; V. Karayannis, *Maxime le Confesseur*, Paris: Beauchesne, 1993; L. Thunberg, *Microcosmos and Mediator. The Theological Anthropology of Maximus the Confessor*, Chicago: La Salle, 1995.

además, un tratado *Del alma*. En éste ve al alma como sustancia inmaterial, inteligente, que reside en un cuerpo, al que anima. Tiene tres partes: racional, concupiscible e irascible. Niega la preexistencia de las almas, y no ve la animación de modo tan platónico, pues dice que alma y cuerpo forman una unidad muy fuerte, teniendo relación esencial incluso después de la muerte. Así, el cuerpo es corruptible y el alma inmortal. El hombre es libre, pero tiene como único fin verdadero a Dios. En sus *Ambigua* rechaza las doctrinas origenianas de la preexistencia de las almas (aporías 7 y 15) y de la apocatástasis (42 y 62).

Su doctrina espiritual se ve en los *Capítulos sobre la caridad*, donde resalta el amor a Cristo, por cuya humanidad pasamos a la *divinización*. Él es nuestra *causa ejemplar*, por lo que hay que realizar la imitación de Cristo. En su *Libro ascético*, nuestro santo la expone, y señala el camino de la virtud para triunfar de los obstáculos y lograr la *apatheia* o paz interior. Señala tres tipos de fieles: principiantes, proficientes y perfectos, que se sitúan en la contemplación más alta.

Su mentalidad analogista lo hizo tener una adecuada teoría de la Trinidad y de la Encarnación. Su adecuada ontología de la persona lo lleva a una excelente concepción del ser humano, ya que ve al hombre como el microcosmos, según lo reporta Hans Urs von Balthasar (p. 125).

SAN JUAN CLÍMACO (+649)

Ha sido un autor espiritual de mucha relevancia. A los dieciséis años entró a un convento del Sinaí; a los veinte se hizo ermitaño en ese santo monte y cuarenta años después fue elegido abad de esa comunidad. Entonces escribió su *Scala Paradisi*, de acuerdo con su propio nombre, que en griego significa “escalera” (*klímax*). Es como

la escala de Jacob y como los treinta años de vida oculta de Jesús.

En ella, después de un prefacio, vienen tres primeros capítulos que son como una introducción general (sobre la renuncia al mundo, el desprendimiento interior y la entrada en la vida religiosa). Luego, hay veintitrés capítulos que son el cuerpo de la obra, acerca de los vicios y las virtudes que se les oponen, así como algunas tentaciones y ciertos medios para vencerlas. La obra culmina con algunos capítulos de mística, que tratan de la vida solitaria, la oración y la *apatheia*, y hay uno final sobre el coronamiento de las virtudes teologales.

*SAN JUAN DAMASCENO (675-749/750)*³⁸

Tiene relevancia este doctor de la Iglesia, que, como su nombre lo dice, nació en Damasco, de una familia cristiana árabe de nombre Mansur. En Damasco, donde se toleraba al cristianismo, su padre trabajaba para el califa, como cabeza política de los cristianos. Juan tuvo un profesor griego que lo educó en la cultura clásica. También ocupó ese cargo en el gobierno; pero, cuando Abdel Malek discriminó a los cristianos, se fue en 700 al monasterio de San Sabas, próximo al Mar Muerto, en el que fue sacerdote y pasó lo que quedaba de su larga vida.

Dejó tratados exegéticos, como comentarios a San Pablo y homilías. Escribió poemas e himnos. También textos ascético-morales, como *Los sagrados paralelos*, donde compara virtudes y vicios, y *Sobre los ocho espíritus de la iniquidad*. Igualmente, obras polémicas, contra los maniqueos, monofisitas y nestorianos. Pero, especialmente, una obra que fungió como suma teológica del Oriente y que se lla-

³⁸K. Rozemund, *La christologie de saint Jean Damascène*, Ettl. Buch-Kunstverlag, Studia Patristica et Byzantina, 1959.

mó *Fuente del conocimiento* (*Pege gnoseos*), dividida en una parte filosófica, la *Dialéctica*, otra parte histórica, *Sobre los herejes* (islámicos, iconoclastas y aiskitas) y otra teológica, *De la fe ortodoxa*, que es la más conocida. Ésta tenía cuatro libros, uno sobre Dios y la Trinidad; otro sobre la creación, los ángeles, el mundo, el hombre y la providencia; otro sobre la encarnación, y otro sobre la resurrección, la ascensión, los sacramentos, la mariología, los santos, las imágenes, el canon de la Escritura y la escatología. Es toda una suma teológica, muy amplia y de buena doctrina, aunque todavía incompleta.

Usa el argumento de la contingencia para probar la existencia de Dios, así como el orden del cosmos. Además, el nombre que mejor le cuadra es el de ser o “el que es” (*De fide orth.*, I, 9). En cuanto a la Trinidad, adopta la teoría de la *circumincisión*, de San Gregorio Nacianceno, para expresar las relaciones de las Divinas Personas. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Asimismo, con el fin de dar firmeza a su exposición de los dogmas cristianos, profundizó en muchos conceptos metafísicos, tales como el de persona, naturaleza, potencia y acto. En cristología sostuvo que el Salvador poseía la ciencia del *Logos*, por lo que no creció en ella, y Lc 2:52 debe entenderse como que esa sabiduría se manifestaba paulatinamente. Permitió el culto a las imágenes (sobre todo a la de Cristo), porque ayudan a los creyentes desde lo sensible.

Trata el problema de la permisión del mal y de la presciencia de los actos libres humanos por Dios, y establece que Él, con voluntad primaria y antecedente, sólo quiere el bien; pero, con voluntad consecuente, puede permitir el mal, por el libre albedrío del hombre (*De fide orth.*, 2, 29). Es decir, la presciencia divina no anula la libertad humana.

En su espiritualidad sobresale su devoción a la Santísima Virgen María, a la que rinde su elocuencia, como se ve en homilías suyas, por ejemplo la de la Anunciación y la de la Dormición. En esta última resalta su ascensión a los cielos (*Homil. I in Dormit. B. V. Mariae*, 9, 12).

Fue claramente analógico. Prefirió a Aristóteles más que a Platón. En el *De fide orthodoxa* argumenta a favor de la existencia de Dios basado en la armonía de la creación. Y define la providencia como “La voluntad divina por la cual todas las cosas son sabia y armoniosamente gobernadas”, lo cual muestra su sentido de la proporción y el orden. También se manifiesta analogista al defender el culto a las imágenes, con gran conciencia del poder de la iconicidad. Y lo mismo en su concepción del hombre como microcosmos o mundo en pequeño, compendio de todo lo creado.

Escritores en lengua latina.

Aun con lo poco que había quedado de la cultura clásica, se trabajó empeñosamente durante los siglos V a IX. Los escritores continuaron luchando contra las herejías y, en la línea de Boecio, haciendo compendios y obras enciclopédicas, con las que transmitían las doctrinas de la Iglesia, aprovechando la filosofía neoplatónica y la estoica.

Fausto de Reji (hoy Riez), del sur de Francia, nació hacia el 405. Fue abad en el convento de Lerins y obispo de Riez (452). Lo desterró el rey visigodo arriano Eurico. Volvió a la muerte de éste (485). No se conoce con precisión el año de su deceso, pero debió de situarse entre 485 y 490. Dejó un tratado *Contra la opinión que admite otros seres incorpóreos además de Dios*. Se enfrentó a los arrianos, macedonianos y predestinacionistas. Pero siguió a Casiano en su semipelagianismo, e incluso puede decirse que fue

pelagiano. La inclinación a la fe la da la voluntad humana, y no la gracia. Cuando habla de gracia precedente la entiende como exterior (revelación o predicación). Niega la gracia especial de San Agustín. Es traducianista en cuanto al alma. Pero acepta la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

San Fulgencio de Ruspe nació de familia africana, hacia el 467. Fue primero monje y después obispo de esa ciudad en África (508). Fue desterrado a Cerdeña, con otros obispos, por el rey arriano Trasamundo. Volvió a la muerte de éste (523). Murió en 532. Escribió contra los arrianos, como *A Trasamundo, rey de los vándalos*. Se opuso a Fausto de Riez y su pelagianismo, en *Contra Fausto*. También dejó un *De la verdad de la predestinación*. Se ciñe a San Agustín, con su teoría de la predestinación total. En lo del alma es traducianista (el pecado original se hereda de los padres, por vía de la concupiscencia). Y niega la inmaculada concepción de la Virgen.

Fausto cayó en el univocismo pelagiano, rigorismo extremado. Y San Fulgencio tuvo el analogismo suficiente como para oponerse al pelagianismo del anterior, utilizando a San Agustín.

CASIODORO (H.485-580)

Magno Aurelio Casiodoro nació en Squillace, Calabria. Su padre era ya funcionario del rey Teodorico, y Casiodoro lo sucedió en el servicio a este rey. Casiodoro fue discípulo de Boecio; pero, a diferencia de él, fue favorecido por su monarca, pues en 514 era cónsul. También sirvió al sucesor de éste. Hasta fue senador, en 538. Por eso, siendo ya sexagenario, en 540 se retiró a la vida privada, para fundar con el papa Agapito en Roma una academia como las de oriente. Pero, ya que no pudo hacerlo en la gran ciudad, lo hizo en el monte Castellum, donde orga-

Cuarto período. Decadencia y fin de la literatura patristica
(s. VI)

nizó una escuela monacal, la de Vivarium (Viviers), en sus posesiones de Squillace. Allí prosiguió con la dialéctica aristotélica; además, recogió los conocimientos de su época en forma de notas breves, en su obra *Instituciones*. Vivió más de 93 años, muriendo en 580.

Fue más bien enciclopedista, escribió una *Crónica universal*, que llegaba hasta el 519; también una *Historia de los godos*, que llega hasta la muerte de Teodorico. Sobre todo, escribió unas *Institutiones divinarum et humanarum lectionum* (o *litterarum*), para introducir en la teología (libro primero) y en las ciencias profanas (libro segundo). También tiene una *Historia tripartita*.

Fue equilibrado por su utilización de las artes liberales o letras humanas a favor de la teología, al modo como varios de los anteriores habían sabido aprovechar la filosofía pagana para la sabiduría cristiana.

SAN MARTÍN DE BRAGA (H.510-580)

Nacido en Panonia (la actual Hungría), predicó a los suevos en la península ibérica y fue obispo de la ciudad portuguesa que se añade a su nombre. Tuvo mucho aprecio por el estoicismo de Séneca, y escribió una *Fórmula de la vida honesta* o *Sobre la abundancia de palabras, de Séneca* (*Senecae de copia verborum*). Pero también combinó la moral estoica con la aristotélica, y todo lo conjuntó en un útil tratamiento de las virtudes que resultaba de todo ello. Aprovechó el concepto de analogía para elaborar una ética de virtudes, combinando el aristotelismo y el estoicismo en pro del cristianismo.

SAN GREGORIO MAGNO, PAPA (540-604)

Este doctor de la Iglesia nació en Roma, en 540, de padres nobles y acomodados. Estuvo en el servicio público y fue pretor antes de 571. Vendió su herencia, dio una parte a

los pobres, y lo demás lo usó para construir monasterios en Sicilia y en Roma. El papa Benito lo llamó para hacerlo cardenal-diácono y el papa Pelagio lo envió como nuncio ante el emperador Tiberio en Constantinopla. Volvió a su monasterio en 584. Pensó en ir como misionero a Inglaterra, pero fue elegido papa en 590. Fue un tiempo de peste y hambre en Italia, pues los longobardos estaban asolándola (sin embargo, él logró un pacto con la reina de éstos, Teodolinda). Milán estaba en cisma, y Gregorio arregló el asunto y se acabó la separación. Envío cuarenta monjes, al mando del abad Agustín, a predicar el evangelio a Inglaterra, y se alegró por la conversión de ésta, ya que el rey Etelberto de Kent recibió el bautismo con diez mil de sus súbditos en la Pascua de 597 y Agustín fue el primer arzobispo de Cantorbery. Reformó la liturgia, en la misa (el canon) y en el canto. Débil de salud, sufrió una enfermedad grave en sus últimos días. Murió en 604.

Escribió cartas como papa, en las que muestra su celo de pontífice. En una de ellas enriquece la cristología, destacando la ciencia de Cristo, contra los agnoetas (*Ep. X*, 35-39). Con San Agustín, decía que los ángeles habían sido creados al mismo tiempo que el mundo corpóreo. Tiene también *El Libro de la regla pastoral*, en el que explica su intento de huir del papado. Diálogos sobre los milagros de los padres italianos. Igualmente, *Exposiciones morales sobre Job*, donde expone ese libro bíblico en sentido histórico, alegórico y moral. Dejó homilias y tratados litúrgicos, sobre todo relacionados con el canto gregoriano, que se debe a él.

En el campo de la espiritualidad, abarca la ascética y la mística. Empieza con la lucha contra las pasiones y los vicios capitales, luego pasa a la petición de las virtudes morales, que preparan a la recepción de las teologales. Unas y otras alcanzan su perfección con los siete dones

del Espíritu Santo, que fortifican al alma contra la estulticia (don de sabiduría), la estupidez (el de entendimiento), la precipitación (el de consejo), el temor (el de fortaleza), la ignorancia (el de ciencia), la dureza (el de piedad) y la soberbia (el de temor). La mística consiste en esa vida que sigue la moción del Espíritu. Y todos estamos llamados a ella (*Morales*, 6, 57-59).

San Gregorio tiene, asimismo, un rasgo muy analógico e icónico, ya que habla del hombre como el microcosmos; y no sólo eso, sino que, además, en una de sus homilías sobre el Evangelio lo llama “toda creatura”, pues participa de todos los reinos del universo: “El hombre tiene algo de toda la creación: tiene ser como las piedras, vida como los vegetales, sentir como los animales e inteligencia como los ángeles” (*Hom.* 29).

*SAN ISIDORO DE SEVILLA (H.560-636)*³⁹

Este doctor de la Iglesia nació en Cartagena, de familia romana con ascendencia griega, que pasó su residencia a Hispalis o Sevilla. Estudió en la escuela episcopal y siguió la carrera eclesiástica, sucediendo a su hermano San Leandro en esa sede, entre 599 y 601. Antes le había tocado presenciar la conversión de los visigodos del arrianismo al catolicismo (587/589). Dirigió su obispado durante 35 años. Presidió el IV Concilio de Toledo (633). Murió en 636.

³⁹I. Quiles, *San Isidoro de Sevilla. Biografía, escritos, doctrina*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1945; J. Fontaine, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigotique*, Paris: Vrin, 1959, 2 vols.; J. Madoz, *San Isidoro de Sevilla. Semblanza de su personalidad literaria*, León: Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Centro de Estudios e Investigaciones San Isidoro, 1960; J. Fontaine, *Isidoro de Sevilla; génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempo de los visigodos*, Madrid: Encuentro, 2002.

No tuvo originalidad, pero fue un buen compilador; reunió enciclopédicamente los materiales que tenía a su alcance, inició una biblioteca y una escuela. Colectó datos de la tradición en forma de sentencias de los diversos autores, y aprovechó su magna obra *Etimologías*, para dar enseñanza no sólo lingüística, sino también doctrinal, sobre los asuntos que iba tratando. Es toda una enciclopedia. Igualmente, escribió unas *Sentencias*, que son una especie de suma teológica. En su doctrina espiritual sobresale la insistencia en que los monjes se dediquen mucho al trabajo intelectual. Tiene, asimismo, una *Pequeña defensa de la fe católica contra los judíos, fundamentada en las profecías del Antiguo Testamento y Nuevo Testamento*, que es una suma teológica muy breve pero también muy notable.

San Isidoro se muestra analogista al considerar al hombre como un microcosmos, como un mundo en pequeño o síntesis del universo: “Compuesto el hombre del conjunto de todas las cosas, es en él creado un mundo abreviado” (*Sententiae*, I, II).

Las historias eclesiásticas de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto fueron continuadas por **Teodoro el lector** y **Evagrio de Epifania**. El primero era lector en la Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla. Compendió esas tres historias y les añadió libros, hasta 527; pero sólo se conocen fragmentos. Evagrio era obispo de Antioquía, llamado “el escolástico”, dignatario del emperador Justino y murió a fines del siglo VI. Su *Historia ecclesiastica* va del año 431 al 594. El **Chronicon paschale** llega hasta el 629. **Moisés de Corena** dejó una *Historia de Armenia* hasta el 428, pero se cree que fue de alguien posterior, que usó ese nombre de alguien notable, para recomendar su obra.

También destacaron otros autores, como **San Gregorio de Tours**, quien era de cultura romana, pero fue obispo de francos y godos. Nació en Arvena (la actual Clermont-Ferrand) en 538 o 539. Fue diácono y en 573 obispo de San Martín de Tours, por más de 20 años. Defendió los derechos de la Iglesia. Murió en 594. Escribió una *Historia de los francos* y unos *Libros de los milagros*. Por su parte, **Aldhelmo** (h.639-709), que estudió primero en Malmesbury y luego en Canterbury, apreciaba los escritos filosóficos para la teología. **San Bonifacio** (Winifrid), oriundo de Germania y apóstol de la misma, martirizado en 758, estudió en Inglaterra y dejó escritos de gramática. Y **San Beda el Venerable** (672/3-735), doctor de la Iglesia, educado en el monasterio de Jarrow, dejó una obra enciclopédica: *De la naturaleza de las cosas*.

Continúa la actitud analogista en estos padres, que en sus historias, en su uso de las artes (como la gramática) y de la filosofía para la teología, supieron coleccionar todo lo aprovechable y ponerlo al servicio de la sabiduría cristiana.

En esta última etapa de la patristica hubo labor de recolección. Fueron realizadas buenas síntesis y enciclopedias. Se promovieron escuelas monacales, palatinas y catedralicias (que después se convertirían en universidades). En ellas se estudiaban las ciencias lingüísticas (*sermocinales*) o *trivium* (gramática, dialéctica y retórica) y reales o *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Estas disciplinas se orientaban a la teología, y sólo tocaban la filosofía en una parte mínima. La teología se servía de ellas y, de entre todas, prefirió a la dialéctica; a partir de esa utilización de la dialéctica se empezó a gestar la escolástica.

CONCLUSIÓN

Tal es la historia de los Santos Padres, que es como decir que es el proceso en el que se fueron formando los dogmas de la Iglesia, esto es, la teología cristiana. Ahí se ve que hubo una evolución de la dogmática, pues al principio no se tuvieron claras varias cosas, que fueron adquiriendo estabilidad al paso de las discusiones. Por eso se ve que los padres ejercieron la dialéctica de manera eminente. Todo eso lo deben a la utilización de la analogía, ese concepto que fueron percibiendo más claramente de manera paulatina y progresiva.

También es la historia de la conformación de los preceptos morales, así como de los ritos litúrgicos, con su teología de los sacramentos. Todo ello siguió un proceso. Así como hubo una evolución del dogma también la hubo de los demás apartados de la teología. Por eso es tan interesante esta historia, pues nos muestra lo que ha sido la Iglesia en su desarrollo tanto teórico como práctico. A pesar de que las herejías de ese tiempo han caído (dejando su lugar a otras) y a pesar de que ya los dogmas están suficientemente formulados, tiene sentido volver la vista atrás y contemplar cómo se fueron definiendo en la historia.

Así se fue formando la regla de la fe, que es la que va delineando la tradición viva de la Iglesia. Por eso fueron importantes los que ella designó como doctores, esto es, los que brindaban una teología conforme a la ortodoxia. Son los padres principales, los que fueron constituyendo la fe de la Iglesia católica.

Como se ve, la teología se fue gestando poco a poco, y con no pocos tropiezos. Los dogmas fueron evolucionando y ganando en claridad, pero también hubo algunos errores que paulatinamente se fueron evitando.

Los padres apostólicos atendieron más a lo disciplinar, a la moral más que a la dogmática, y hablaron de la estructura de la jerarquía eclesiástica, y exhortaron a obedecerla. Transmitieron valor para el martirio y orientaron en la incipiente liturgia.

La mayoría de los primeros apologistas entendieron la promesa del Señor, de que volvería pronto, en sentido milenarista o quiliasta. San Justino y algunos de su tiempo no comprendieron bien que Dios es inmaterial, y lo imaginaban con un cuerpo sutil; además, lo colocaba en el cielo, como una especie de Zeus en el Olimpo, puesto por encima de los demás dioses. Para San Teófilo y otros, el alma es inmortal, pero no de suyo, sino por una gracia de Dios. San Ireneo y otros creían que las almas, después de la muerte, iban a un Hades, hasta que llegara el juicio universal, cuando las penas del infierno ya serían eternas, así como el paraíso.

Clemente de Alejandría mostró un algo de docetismo, pues negaba que Cristo hubiera tenido pasiones en su alma. Orígenes fue subordinacionista, colocando al Hijo como inferior al Padre; también creyó en la preexistencia de las almas y en la apocatástasis. Tertuliano, además de caer en la secta montanista, creía que Dios era algún tipo de cuerpo, igual que el alma; fue subordinacionista y negaba la virginidad de María. Arnobio decía que debajo de Dios había dioses secundarios, uno de los cuales era Jesucristo. Lactancio no aceptaba al Espíritu Santo, sino sólo al Padre y al Hijo. Para San Hipólito, el Hijo no había sido engendrado inmediatamente por el Padre, sino hasta que Él lo quiso; además, fue quiliasta, como la mayoría de ese entonces. Eusebio decía que el Padre había creado al Espíritu Santo, negando así la igualdad entre ellos.

Conclusión

San Atanasio enderezó la doctrina de la Trinidad, con las tres personas como iguales en substancia, porque a Cristo le devolvió la divinidad que le quitaba Arrio. San Basilio lo complementó, aunque señalando que no podríamos comprender esa vida divina interna. San Gregorio Nacianceno insistió en la circumincisión de las tres divinas Personas y en que la Virgen es verdadera madre de Dios. San Gregorio Niseno recalcaba que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, e hizo un catecismo muy completo. San Juan Crisóstomo tuvo una idea muy clara de la transustanciación en la eucaristía. San Cirilo combatió a Nestorio, quien ponía dos personas en Cristo, una para la naturaleza divina y otra para la humana.

Los antioquenos (Diodoro, Apolinar y Teodoro) prepararon el nestorianismo y, ya surgido, lo defendieron. Sólo Teodoreto, igualmente antioqueno, condenó a Nestorio. San Hilario reunió la teología oriental con la occidental, pero consideró que el *homoiousios* (semejante en substancia) era expresión católica y no sólo el *homoousios* (idéntico en substancia), y decía que el cuerpo de Cristo era glorioso incluso aquí en la tierra; sin embargo, preparó las síntesis subsiguientes. En cambio, San Ambrosio decía que el de Cristo era un cuerpo normal. San Jerónimo, por luchar contra los pelagianos debilitó demasiado la voluntad del hombre, y llegó a decir que ninguno de los cristianos será condenado; además, sostuvo la apocatástasis, debido a su aprecio por Orígenes; con todo, revisó la Escritura, deparando lo que después se llamó Biblia Vulgata.

San Agustín fue el clímax de la patrística. No sólo sostuvo correctamente los principales dogmas católicos, sino que los explicó con gran claridad y profundidad. En él se encuentra la plena exposición de la Trinidad, con las tres personas consubstanciales, el Padre como origen, el Hijo

como Verbo del Padre y el Espíritu Santo como Amor, procedente del Padre y del Hijo. Defendió las dos naturalezas (divina y humana) en una misma persona en el caso de Cristo. Elaboró una doctrina adecuada de la gracia y de la Iglesia. Ciertamente tuvo algún desliz, como el traducianismo, y algo de rigorismo en su moral, pero es comprensible por el contexto histórico en el que se movió, de maniqueísmo y pelagianismo. Esto repercutió en San Juan Casiano, que fue semipelagiano; mas, a pesar de ello, sostuvo que no hay predestinación para la condenación, sino sólo para la bienaventuranza.

Ya en la disolución de la patrística, encontramos autores que hicieron buenos resúmenes de la doctrina ortodoxa y apologías contra algunas herejías. Aclararon conceptos, como lo hizo Boecio. Hubo algún destello de originalidad, como en el Pseudo-Dionisio y en San Máximo el Confesor, pero es con respecto a cosas de detalle, por ejemplo, el tema de los ángeles o el tema de la voluntad divinohumana de Cristo. Por su parte, San Juan Damasceno hizo toda una suma teológica.

Algunos siguieron cayendo en el pelagianismo o, por lo menos, en el semipelagianismo. Se luchó contra el arrianismo, que pervivía en algunas tribus bárbaras, como godos y vándalos. Otros hicieron obras enciclopédicas, como Casiodoro, San Isidoro y San Beda. Ya la doctrina estaba suficientemente formulada, al menos en lo fundamental. Por eso tan sólo se codificaba y comentaba.

En todo caso, tal es la historia de esta tradición, y la tradición ha cobrado una singular importancia en el ámbito de la teoría del conocimiento. Es el modo en el que aprendemos a conocer y a incorporar lo que otros han conocido, a recuperar lo que otros han desarrollado innovadoramente, y que a nosotros nos toca reflexionar.

Conclusión

Poco a poco se fue formando lo que ahora recitamos como nuestro símbolo de los apóstoles: “Creo en Dios, padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único Hijo, señor nuestro, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén”.⁴⁰ Éste es el que yo aprendí de pequeño.

⁴⁰J. de Ripalda, *Catecismo de la doctrina cristiana*, México: Ed. Tradición, 1974, pp. 11-12.

BIBLIOGRAFÍA

- Altaner, B., *Patrología*, Madrid: Espasa-Calpe, 1962.
- Arraras, F., *San Juan Crisóstomo*, Madrid: Eds. Atlas, 1943.
- Ayán Calvo, J. J., *Didaché*, Madrid: Ed. Ciudad Nueva, 1992.
- Ayán Calvo, J. J., *El pastor*, Madrid: Ed. Ciudad Nueva, 1995.
- Balthasar, H. U. von, *Liturgie cosmique. Maxime le confesseur*, Paris: Aubier, 1947.
- Barnard, L. W., *Athenagoras: A Study in second Century Christian Apologetic*, Paris: Beauchesne, 1972.
- Baylis, H. J., *Minutius Felix and his Place among the Early Fathers of the Latin Church*, London: Society for Promoting Christian Knowledge, Macmillan Co., 1928.
- Beuchot, M., “Retórica, dialéctica y filosofía en Boecio”, en *Investigación Humanística* (UAM), 3/2 (1986), pp. 73-85.
- Beuchot, M., “Algunos ejemplos de hermenéutica en la época patristica”, en *Anámnesis*, VI/1 (1996), pp. 91-100.
- Beuchot, M., *La filosofía de San Agustín. Verdad, orden y analogía*, México: Ediciones Paulinas, 2015.
- Brontesi, A., *L'incontro misterioso con Dio. Saggio sulla teologia affermativa e negativa nello Pseudo-Dionigi*, Brescia: La Scuola, 1970.
- Calloni Carretti, G., *Tertuliano. Vita – Opere – Pensiero*, Modena: Tip. Editrice Immacolata Concezione, 1957.
- Catalfamo, G., *Clemente Alessandrino*, Brescia: La Scuola Editrice, 1951.
- Cayré, F., *Patrologie et histoire de la théologie*, Paris – Tournai – Rome: Société de S. Jean l'Évangéliste – Desclée et cie., 1938 (3a. ed.), t. I.

- Chadwick, H., *Boethius. The Consolations of Music, Logic, Theology and Philosophy*, Oxford: Clarendon Press, 1990 (repr.).
- Cornelis, H. –Leonard, A., *La gnosis eterna*, Andorra: Casal i Val, 1961.
- Cozens, M. L., *Manual de herejías*, Barcelona: Herder, 1964.
- Crouzel, H., *Origène*, Roma: Borla, 1986.
- Daniélou, J., *Grégoire de Nysse et son milieu*, Paris: Institut Catholique de Paris, s. f.
- Daniélou, J., *Orígenes*, Buenos Aires: Sudamericana, 1958.
- Daniélou, J., *L'être et le temps chez Grégoire de Nysse*, Leiden: Brill, 1970.
- Denzinger, E., *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona: Herder, 1963.
- Devreesse, R., *Essai sur Théodore de Mopsueste*, Città del Vaticano: Testi e Studi, 1948.
- Dieten, H. M. – J. Daniélou, “Théodoret et le dogme d'Éphèse”, en *Revue des Sciences Religieuses*, 44 (1956), pp. 243-248.
- Drobner, H. R., *Manual de Patrología*, Barcelona: Herder, 1999.
- Fontaine, J., *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigotique*, Paris: Vrin, 1959, 2 vols.
- Fontaine, J., *Isidoro de Sevilla; génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempo de los visigodos*, Madrid: Encuentro, 2002.
- Forni, R., *Problemi della tradizione. Ireneo di Lione*, Milano: Vita e Pensiero, 1939.
- Fredouille, J. C., *Tertullien et la conversion de la culture*, Paris: Vrin, 1972.
- Gallay, P., *Grégoire de Nazianze*, Paris: Les Éditions Ouvrières, 1959.

Bibliografía

- Galtier, P., "Saint Cyrille et Apollinaire", en *Gregorianum*, 37 (1956), pp. 584-609.
- González Faus, J. L., *Carne de Dios. Significado salvador de la Encarnación en la teología de San Ireneo*, Barcelona: Herder, 1969.
- Goodenough, E. R., *The Theology of Justin Martyr: An Investigation into the Conceptions of Early Christian Literature and its Hellenic and Judaistic Influences*, Jena: Verlag Frommannsche Buchhandlung, 1923.
- Graef, H., *Historia de la mística*, Barcelona: Herder, 1970.
- Greer, R. A., *Theodore of Mopsuestia. Exegete and Theologian*, London: The Faith Press, 1961.
- Guy, J.-C., *Jean Cassien. Vie et doctrine spirituelle*, Paris: P. Lethielleux, 1961.
- Gwynn, D. M., *Athanasius of Alexandria*, Oxford: Oxford University Press, 2012.
- Hamell, P. J., *Handbook of Patrology*, New York: Alba House, 1968.
- Karayannis, V., *Maxime le Confesseur*, Paris: Beauchesne, 1993.
- Lagrange, M.-J., *Saint Justin. Philosophe, martyr*, Paris: Gabalda, 1914.
- Lilla, S., *Clement of Alexandria. A Study in Christian Platonism and Gnosticism*, Oxford: Oxford University Press, 1971.
- Lucks, A. A., *The Philosophy of Athenagoras*, Washington: The Catholic University of America, 1936.
- Madoz, J., *San Isidoro de Sevilla. Semblanza de su personalidad literaria*, León: Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Centro de Estudios e Investigaciones San Isidoro, 1960.
- Marenbon, J., *Boethius*, Oxford: Oxford University Press, 2003.
- Markschies, Ch., *La gnosis*, Barcelona: Herder, 2002.

- Marrou, H. I., *San Agustín y el agustinismo*, Madrid: Aguilar, 1960.
- Mateo-Seco, L. F., *Estudios sobre la cristología de San Gregorio de Nisa*, Pamplona: Eunsa, 1978.
- Melin, B., *Studies in Corpus Cyprianicum*, Uppsala: Commentatio Academica, 1946.
- Mondésert, Cl., “Pseudo-Barnabé, Lettre”, Fr. Louvel, “À Diognète”, en *Les écrits des pères apostoliques*, t. III, Foi Vivante, Paris: Cerf, 1979.
- Monserrat Torrens, J., *Los gnósticos*, Madrid: Gredos, 1983.
- Moulard, A., *Saint Jean Chrysostome. Sa vie, son oeuvre*, Paris: Procure Générale du Clergé, 1949.
- Muñiz Rodríguez, V., *Significado de los nombres de Dios en el Corpus Dionysiacum*, Salamanca: Universidad Pontificia, 1975.
- Orbe, A., *Antropología de San Ireneo*, Madrid: BAC, 1969.
- Osborn, E. F., *The Philosophy of Clement of Alexandria*, Cambridge: Cambridge University Press, 1957.
- Paredi, A., *Sant’Ambrogio*, Milano: Rizzoli, 1985.
- Paulin, A., *Saint Cyrille de Jérusalem catéchète*, Paris: Cerf, 1959.
- Penna, A., *San Jerónimo*, Barcelona: Luis Miracle, 1952.
- Plaigneux, J., *Saint Grégoire de Nazianze théologien*, Paris: Éditions Franciscaines, 1952.
- Przywara, E., *San Agustín. Perfil humano y religioso*, Madrid: Cristiandad, 1984 (2a. ed.).
- Quasten, J., *Patrología*, Madrid: BAC, 1961 ss., 3 vols.
- Quiles, I., *San Isidoro de Sevilla. Biografía, escritos, doctrina*, Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1945.
- Rauschen, G., *Compendio de patrología, con atención especial a la historia de los dogmas*, Friburgo de Brisgovia (Alemania): Herder, 1909.

Bibliografía

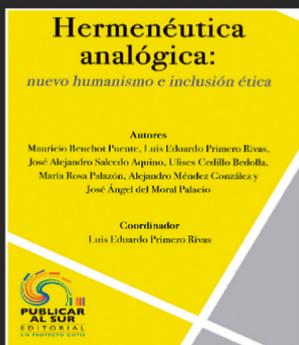
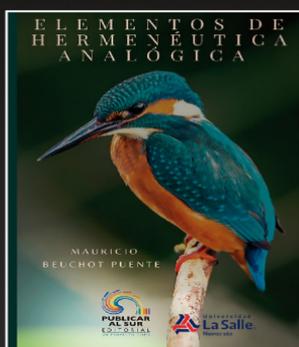
- Ripalda, J. de, *Catecismo de la doctrina cristiana*, México: Ed. Tradición, 1974.
- Rivière, J., *San Basilio*, Madrid: M. Aguilar, s.f.
- Rouët de Journal, M. J., *Enchiridion patristicum*, Friburgo de Brisgovia: Herder, 1920.
- Royo Marín, A., *Los grandes maestros de la vida espiritual. Historia de la espiritualidad cristiana*, Madrid: BAC, 1973.
- Saranyana, J.-I., *Grandes maestros de la teología, I. de Alejandría a México (siglos III al XVI)*, Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1994.
- Sineux, R., *Los doctores de la Iglesia*, México: Editorial Tradición, 1980.
- Spanneut, M., *Terțulien et les premiers moralistes africains*, Gomblox: Éditions J. Duculot, 1969.
- Steinmann, J., *Saint Jérôme*, Paris: Cerf, 1958.
- Thunberg, L., *Microcosmos and Mediator. The Theological Anthropology of Maximus the Confessor*, Chicago: La Salle, 1995.
- Trevijano, R., *Patrología*, Madrid: BAC, 1994.
- Valentin, P., *Clément d'Alexandrie*, Paris: Les Éditions Ouvrières, 1963.
- Vandenberghe, B. H., *Saint Jean Chrysostome et la parole de Dieu*, Paris: Cerf, 1961.
- Wallace-Hadrill, D. S., *Eusebius of Caesarea*, London: A. R. Mowbray, 1960.
- Zani, A., *La cristologia di Ippolito*, Brescia: Queriniana, 1984.

Apuntes de patología
de

Mauricio Beuchot, se terminó
de imprimir en febrero de 2022,
en Solar, Servicios Editoriales,
S.A. de C.V., calle 2 número
21, san pedro de los pinos,
03800, Ciudad de México.
En su composición de usaron
fuentes de la familia Garamond.
Tiraje: 500 ejemplares

El libro publicado con el nombre de **Apuntes de Patrología** inicia la colección de *Producciones Especiales*, en la cual **Publicar al Sur** reunirá volúmenes que ameriten esta categoría, por alguna especificidad particular. De esta manera, en esta colección se encontrarán diversos tipos de producciones especiales en los distintos tipos en las cuales se generen.

Otros títulos de **Publicar al Sur**



La erudición de **Mauricio Beuchot** abarca tanto la filosofía occidental como la historia de la iglesia católica, de ahí que este volumen nos ofrezca un detallado recuento de los padres de esta institución, distribuidos en cuatro períodos que abarcan desde los inicios, hasta la “Decadencia y fin de la literatura patrística (s. VI)”.

Además de presentar síntesis sobre el pensamiento y aportes de muchos de los creadores del cristianismo, los sitúa en el tipo de idioma que usaron, refiriendo a los escritores en lengua griega y latina, y, simultáneamente, recupera rastros de los orígenes históricos de la hermenéutica analógica, y en este sentido, ofrece sus antecedentes lejanos en la historia de Occidente, que podrán ser útiles para un mayor detalle en la escritura del devenir de la creación más conocida de Mauricio Beuchot: la **hermenéutica analógica**.

Colección *Producciones Especiales*, volumen 1.

Dirigida por Alejandro Méndez González.

Universidad La Salle del Noroeste



Producciones Especiales